EL DRAMA UNIVERSAL.

DON RAMON DE CAMPOAMOR y Campoosorio

EL

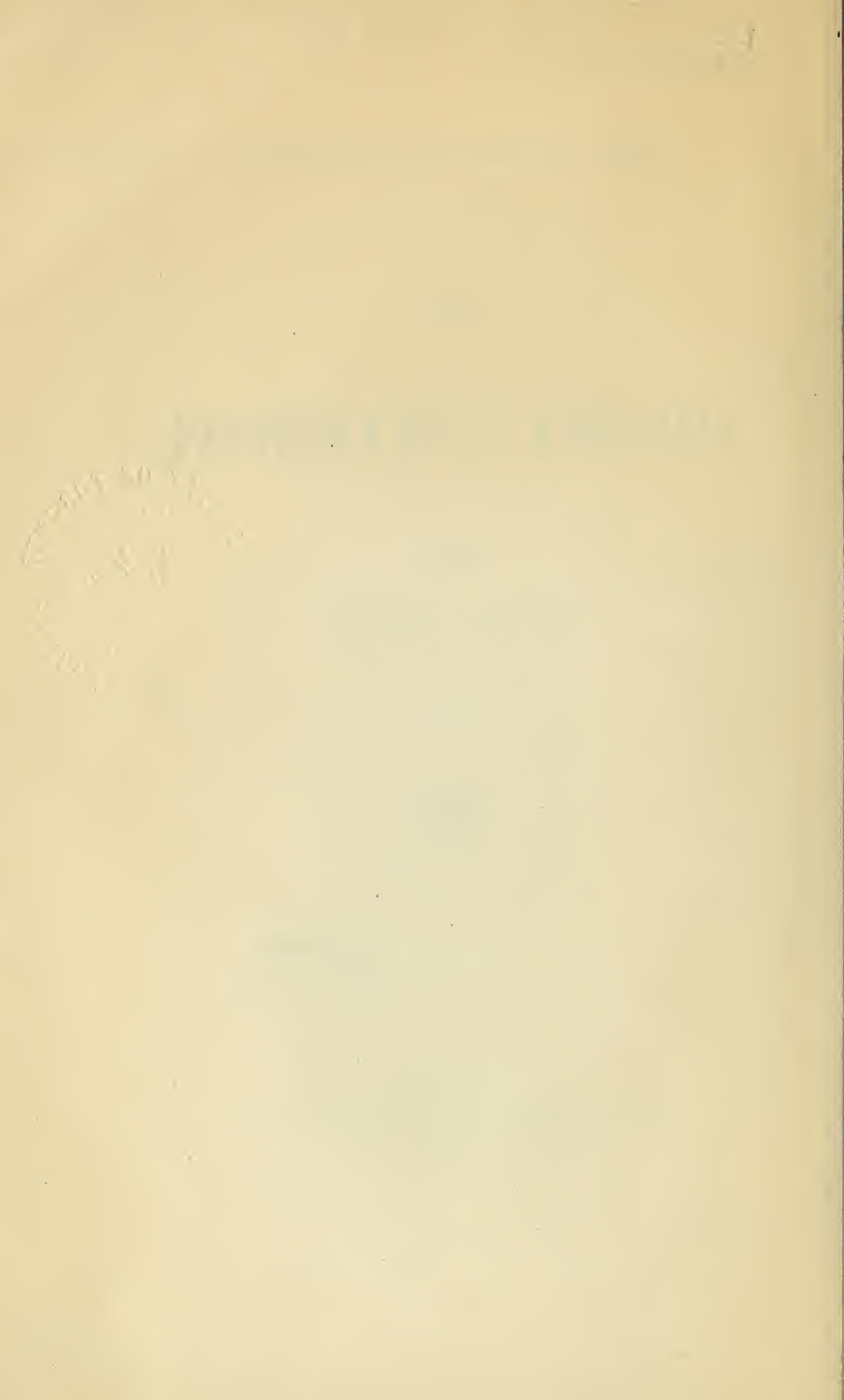
DRAMA UNIVERSAL

POEMA

EN OCHO JORNADAS



MADRID
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA
calle del Duque de Osuna, número 3
1869



ÍNDICE DEL DRAMA UNIVERSAL.

JORNADA PRIMERA.

JORNADA SEGUNDA.

JORNADA TERCERA.

JORNADA CUARTA.

JORNADA QUINTA.

JORNADA SEXTA.

JORNADA SÉPTIMA.

JORNADA OCTAVA.

PERSONAJES PRINCIPALES.

SOLEDAD.
JESUS EL MAGO.
PAZ, *madre de*
HONORIO *y de*
PALACIANO.

EL DRAMA UNIVERSAL.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

LA APARICION.

LUGAR DE LA ESCENA : *El jardin de un convento.*

PERSONAJES.

SOLEDAD.—HONORIO (*oculto*).—*La Sombra de* JESUS EL MAGO.

ARGUMENTO.

Soledad, vagando pensativa por el jardin de su convento, ve que sus sueños toman forma real en el vacío, miéntras Honorio, oculto entre unas ramas, contempla celoso la aparicion de Jesus el Mago.

Sentada en el jardin de su convento
La hermosa Soledad, soñando un dia,
Hasta el cielo elevaba el pensamiento,
Arraigado á la tierra todavía.

Y ardiendo Honorio en inextintas llamas,
Sus hechizos, con furia idolatrados,
Contemplaba escondido entre unas ramas,
Con ojos por las lágrimas quemados.

Ella, soñando en celestial pereza,
Cual toda mente de mujer sin dueño,
Busca ese tipo de ideal belleza
Que flota en sus entrañas como un sueño.

Y cuanto más Honorio la admiraba,
Más se aumentaban sus amantes penas,
Y su sangre á torrentes circulaba,
Como el fuego de un rayo, por sus venas.

Coros de almas errantes parecian
Los ruidos que los céfiros alzaban;
Las sombras que los árboles hacian,
Una vida fantástica imitaban.

Ansiosa de misterios, tiende el vuelo
Del empíreo hasta el fondo, y de repente,
Se destacó sobre la luz del cielo
El brillo de otra luz incandescente.

Así esperó la noche embelesada;
Cuando de pronto, sin fulgor ni ruido,
La presencia sintió, sin oir nada,
De un algo que llegó, desconocido.

Áun duda; mira más, y ve delante,
Al borde de una nube de colores,
Así como una mancha más brillante
En un fondo de vivos resplandores.

De entre las ramas en que Honorio espera,
Cuando ya la vision aparecia,
Salió, como una nota lastimera,
Un profundo suspiro de agonía.

¡Dichosa Soledad! El paraíso,
Curiosa, aspira á ver, y á verle alcanza;
Pide una imágen de él, y de improviso
Ve cuajarse en el viento su esperanza.

Y conforme soñando proseguia,
Su hermoso sueño le volvia el viento,
Y era el sueño que el viento le volvia,
Espejo de su mismo pensamiento.

¡Cómo el tipo ideal de su cariño
Inquieren en el cielo sus miradas!
Y ¡cómo es siempre la mujer un niño
Que le gusta pensar en cuentos de hadas!

En tanto, desde el próximo convento,
La música del órgano sagrado
Le recordaba el inefable acento
Del amante perdido y no olvidado.

Y sueña más, y al fin, aunque distante
Y envuelto entre vapores todavía,
Se dibujó en las nubes un semblante
Que sonreir á un ángel parecia.

De sus ojos la luz era inefable,
El contorno gentil, la frente pura,
Y su tez de un color incomparable,
Hecho de luz, de azul y de blancura.

Miéntras ve que la imágen vaporosa
Entre el sér y no sér vaga indecisa,
Sobre su boca de marfil y rosa,
Como un rayo de luz, salta su risa.

Y así pasan entrambos la velada,
Cual de la vida el erïal camino,
Soñando Soledad embelesada,
Honorio maldiciendo su destino.

Y ¿es placer ó pesar lo que la aqueja,
Cuando ve con verdad deslumbradora
Que en un vapor de luces se bosqueja
De su sueño la sombra encantadora?

¿Era cuerpo ó ilusion lo que veia?
¿Era aquello una luz, ó era un reflejo?
Más bien que el mismo cuerpo, parecia
La reflexion de un cuerpo, en un espejo.

Cuanto más la vision se aclara y crece,
Más la verdad con la ilusion se aúna,
Pues que forman su túnica, parece,
Gasas hechas con rayos de la luna.

Y cuanto más miraba, y más creia
Que fuese realidad ventura tanta,
Pulsaban sus artérias, y sentia
Latir el corazon en la garganta.

La forma, Honorio, al ver de un sér humano,
Mezcla de aire, de luz y de tiniebla,
Le asió celoso; mas pasó su mano
Como pasa una mano por la niebla.

Áun Soledad en el tropel confuso
De mil dudas se abisma; y dulcemente,
Para hacerla creer, la Sombra puso
Una mano de luz sobre su frente.

Pero, al creer su frente profanada,
El más bello y más casto de los seres,
—«¡Jesus!»,—gritó la jóven espantada;
Y contestó el fantasma:—«¿Qué me quieres?»—

ESCENA SEGUNDA.

LA REDENCION.

LUGAR DE LA ESCENA: *El Gólgotha.*

PERSONAJES.

JESUS EL MAGO.— SOLEDAD.— HONORIO.

ARGUMENTO.

Jesus el Mago cuenta á Soledad y á Honorio que él es aquel jóven vestido de una túnica que, como dice el Evangelio de San Márcos, siguió á Jesucristo, despues de haber sido preso y abandonado por sus discípulos. Refiere como testigo presencial la muerte de Jesucristo, y describe el puente que formaron los ángeles para que, despues de la muerte del Dios hombre, bajasen del cielo á la tierra la Penitencia y el Perdon.

Esa vision que á Soledad aterra,
Y llegar de tan léjos parecia,
¿Es tan sólo algun hijo de la tierra,
Ó de un planeta superior venía?

Vedle contar sus hechos y su nombre
Á Soledad y á Honorio de esta suerte:
—«Un discípulo soy de aquel que al hombre
Arrancó de las garras de la muerte.

»Aunque una vez, y con escasa gloria,
Ved ¡cuán lleno de fe se me presenta,
Cuando San Márcos en su santa historia
La religion del porvenir nos cuenta!

»—*Un jóven, de una túnica vestido,*
Que iba á Cristo de cerca contemplando,
Por los soldados con rigor asido,
De ellos huyó, la túnica dejando.—

»Y al mirar el Señor tan santo celo,
Así dijo al mancebo diligente:
—*Sígueme por la tierra y por el cielo,*
Invisible ó visible, eternamente.

»Yo me llamo Jesus, como el Ungido;
Soy el que huyó, la túnica dejando;
Y porque Dios piadoso lo ha querido,
Me sobrevivo á mí, no sé hasta cuándo.

»Todo el mundo sembré de mis consejos,
Y harta copia cogí de desengaños,
Porque son las naciones, cual los viejos
Que pierden la memoria á fuerza de años.

»El porqué y cómo, de mi Dios amigo,
Bajo mil formas la verdad difundo,
Ya lo sabréis cuando os halleis conmigo
Ya fuera de la vida de este mundo.

»Mi ubicuidad fantástica, de Mago
Me dió el renombre por el mundo entero,
Porque me encuentro donde quiera, y vago
Cual quiero, adonde quiero y como quiero.

»Más, dejando mi mágia y vuestros males,
Oid la ruina del vencido infierno:
¿Qué importan hoy amores terrenales,
Cuando se trata del amor eterno?

»Yo, que la escena del Calvario he visto,
Perdonad á mi celo si os diseña
La santa muerte de Jesus, el Cristo,
Que á padecer y á perdonar enseña.—»

Tras Soledad, Honorio arrodillado
Cayó, como adorando el santo leño,
Pensando en la Pasion, en ese estado,
Que no es vigilia, ni sopor, ni sueño.

Jesus siguió:—«Ya, de la cruz pendiente,
Sólo algun fiel de léjos le adoraba;
Y hasta el Gólgotha entónces tristemente
Con una fria luz el cielo helaba.

»Y es que al sol, el infierno tumultuario
De espíritus malignos echa un velo;
Nada se ve distinto en el Calvario,
Ni hay un rincon azul en todo el cielo.

»Los infiernos, que al hombre dominaban,
Porque ocultar su redencion querian,
Bocanadas de espíritus echaban,
Que entre nieblas los soles envolvian.

»Yo entónces diligente, en raudo vuelo,
Viendo á mi Dios sobre la cruz clavado,
Descendiendo á la tierra, abrí en el cielo
Una rendija de oro en el nublado.

»La luz filtrada, de la Vírgen pura
Tocó la melancólica belleza,
Que en ella se volvió luz de ternura,
De esperanza, de paz y de tristeza.

»Y al rededor, en círculo inefable,
Más bien que luz, junto á sus sienes bellas
Compusieron un blanco incomparable
La sombra, el sol, la luna y las estrellas.

»Brillaba así del tiempo en la gran hora,
De frente maternal fulgor querido,
Mezcla de luz de una naciente aurora,
Y reflejo de un sol desvanecido.

»Tal de la augusta redencion del mundo
Alumbró los misterios de aquel dia,
Un brillo extraño, virginal, profundo,
Que un ángel le llamó *luz de María.*

»Rodeado de esta luz inmaculada,
El *¡Consummatum est!* Cristo murmura,
Y ve ante sí, tendiendo una mirada,
La soledad, el ódio y la amargura.

»Bendice con su vista al mundo entero;
Le da un beso mental, suspira y muere.
El verdadero amor, si es verdadero,
Besa, al morir, la mano que le hiere.

»Caido Adan, la Muerte y el Pecado
Un puente hicieron con un cáos sin nombre,
Para pasar al mundo, condenado
Á ver la eterna esclavitud del hombre.

»La Muerte estéril y el Pecado inmundo
A la tierra infeliz por él pasaron,
Forjando las cadenas con que al mundo
Desde Adan hasta Cristo aprisionaron.

»Los ángeles, tambien, en dos hileras
Fabrican con las manos otro puente:
Por la espalda tocándose ligeras
Sus alas se acarician dulcemente.

»El Pecado y la Muerte en aquel dia
Ven el puente cruzar, desvanecidos,
Que desde el Padre al Hijo relucia
Como un rio caudal de astros fundidos.

»Los unos de los otros frente á frente,
En dos filas los ángeles formados,
Van por el éter fabricando el puente
Sobre nubes de luz arrodillados.

»Y por detras sus alas rutilantes
Irradian con variados arreboles
Un íris de riquísimos cambiantes,
Más bello que los íris de los soles.

»Del puente aquel que la region vacía
Desde el cielo á la tierra circunvala,
Forman al fin las manos de María
El último peldaño de la escala.

»Desde la cruz al alto firmamento
Brilla el puente de palmas celestiales
Con tal fulgor, que verlo ni un momento
Podrian, sin cegar, ojos mortales.

»La Penitencia y el Perdon bajaron
Esta escala de luz en aquel dia,
Y sus ojos á un tiempo se alumbraron
Con brillos de dolor y de alegría.

»Triste por él la Penitencia avanza;
Sigue el Perdon detras meditabundo:
En sus frentes brillaba una esperanza;
Mas no era una esperanza de este mundo.

»Y besan, al bajar, el pié sagrado,
El uno tras del otro, reverentes,
De aquel que trajo, de la cruz clavado,
El reinado de Dios entre las gentes.

»Y el mundo redimieron apacibles,
De Cristo al pié diciendo de este modo:
—*No hay culpas en el mundo irremisibles:*
Permite Dios que se redima todo.—

»—*¡El mundo es libre!*— de esperanza llenas,
Las legiones de arcángeles cantaban,
Miéntras se iban rompiendo las cadenas
Que al mundo desde Adan aprisionaban.

»Así murió, como vulgar culpable,
Del cielo y de la tierra el Soberano,
Por redimir este orbe miserable,
Del polvo sideral último grano.

»Y así yo del Señor la frente bella
Pude hacer ver, dejando de pasada
La espesa sombra de la tarde aquella
Por un rayo de luz atravesada.—»

Calló Jesus aquí; lanzó un gemido,
Contando el fin del Redentor del mundo,
Y despues se alejó, desvanecido
En cierto no sé qué, vago y profundo.

Y léjos ya, se disipó diciendo:
—«Llamadme, y me hallaréis á cualquier hora,
Miéntras ilusos camineis gimiendo
Por este astro feliz donde se llora.

»Y ya os diré de cómo embelesado
Hácia vosotros hoy tendí mi vuelo:
Poema que en la tierra comenzado,
Acabará cantándose en el cielo.»—

Y cuando Honorio y Soledad creian
Traslucir, entre dichas y pesares,
Que, cruzando los cielos, áun lucian
Los ángeles cual fugas estelares,

Vuelven de pronto en sí, tornan los ojos,
Y su ilusion deshecha en el ambiente,
Con las manos cruzadas, y de hinojos,
Se hallaron uno de otro frente á frente.

ESCENA TERCERA.

LA FUENTE DEL OLVIDO.

LUGAR DE LA ESCENA : *Un bosque.*

PERSONAJES.

JESUS EL MAGO. — HONORIO.

ARGUMENTO.

Celoso Honorio, refiere á Jesus el Mago, al borde de una fuente, llamada del Olvido, que para hacerse dueño del amor de Soledad, secuestró á su hermano Palaciano.

—« ¡ Sólo el amor es grande, él solo es bello ! »—
Dice Honorio contando sus amores ;
Y refiere á Jesus, hablando de ello,
La larga procesion de sus dolores.

Sentados junto al borde de una fuente,
Que brotaba de un bosque en la espesura,
Un espacio sin fin tienen enfrente,
De aire, de luz, de cielo y de verdura.

—«¡Sólo el amor es grande!»—proseguia,
Añadiendo un delirio á otro delirio:—
«Por Soledad dichoso correria
Al crímen, á la gloria y al martirio.

»Tengo ¡ay de mí! un hermano, á quien perjuro
Amándole sin fin, guardo encerrado.
Por otro amor más grande y ménos puro,
De su sagrado amor he renegado.

»Aunque era Soledad una belleza
Por su padre á mi hermano prometida,
Sentia yo al mirarla esa tristeza,
Que es la bruma del alba de la vida.

»Cuanto más la queria en el misterio,
Más crecia el ardor de mis quimeras;
Que el sentido halagado alza un imperio
Que, sin cesar, dilata sus fronteras.

»Despues que la adoré con desvarío,
Sólo atendí á mi amor y á mi despecho.
Yo era bueno, muy bueno..... mas ¡Dios mio!
¿Cómo arrancar el corazon del pecho?

»Por no estorbar la dicha de mi hermano,
Á la gloria aspiré: ¡vision mentida!
Corrí tras la ambicion: ¡empeño vano!
Amar y ser amado: hé aquí la vida.

»Fué mi hermano á viajar; y á su regreso,
Aquí, por gentes que compré, asaltado,
Sin saber cómo ni por quién, fué preso,
Escondido despues y secuestrado.

»Yo su amor usurpando, y él cautivo,
Ninguno de los dos su dicha alcanza:
Vive él sin libertad; pero yo vivo
Roido por un mal sin esperanza.

»Despues que muera yo, volverá ileso
A ser en este sitio abandonado;
Y sin saber por quién ni á qué fué preso,
El porvenir le endulzará el pasado.

»Por mi mal, me ha dotado la ventura
De inútiles riquezas, que abomino,
Y estirpe casi real; no hay criatura
Más ingrata que yo con el destino.

»Y es un tormento para mí espantoso,
Que habiendo delinquido tanto, tanto,
Sólo por ser con ellos generoso,
Cuantos pobres me ven, me llamen santo.

»Me juzgaban tan bien, cuando por ella,
Más que en Dios, en Pitágoras creia;
Yo, que por ser lo que su planta huella,
El cielo con delicia dejaria.

»Y he de pedir, cuando al dolor sucumba,
Que me convierta, por favor divino,
En el cipres ó el mármol de su tumba,
Compañero inmortal de su destino.

»De Palaciano Soledad prendada,
Le esperaba las horas y las horas,
Y nunca su alma de esperar cansada,
Á otras brisas se abrió restauradoras.

»Decia alguna vez cándidamente:
—«Palaciano no vuelve y me abandona:»—
Y empezaba á nublarse aquella frente,
Que parece que aguarda una corona.

—«Bebe en ella, y tal vez, la dije un dia,
Tu amor la fuente del olvido venza.»—
Y bebió; mas yo, al verlo, me sentia
Desfallecer de dicha y de vergüenza.

»Bebió por olvidar, con tal intento,
Que del ingrato se olvidó de véras,
Y en alas se lanzó del pensamiento
Al hermoso país de las quimeras.

»Y es santa desde entónces esta fuente;
Pues todo el mundo en la comarca sabe
Que curó á una mujer de limpia frente,
De celestial candor y aspecto grave.

»De la ausencia y los celos ayudados,
Vinieron á estas aguas atraidos
Mil náufragos del alma, allá estrellados
Contra escollos tal vez desconocidos.

»¡Ay! Despues de beber aguas tan claras,
Á sus casas volver, de dicha llenas,
Vi familias enteras, con las caras
Casi todas alegres y serenas.

»¡A cuántos vi llegar que, pesarosos,
Ni miraban las verdes enramadas,
Y que admiraban, al volver, gozosos,
Las praderas de flores esmaltadas!

»El agua del olvido de esta fuente
¿Es quien daba á sus almas el consuelo?
¡No! La ausencia y los celos solamente
Levantan entre dos, montes de hielo.

»Que á la ausencia añadidos, son los celos
El agua del olvido verdadera,
Pues pasan, como un fuego de los cielos,
Esparciendo el rencor por donde quiera.

»Ya sin fe Soledad, desde esta fuente
Fué á un convento á buscar la paz perdida;
Que el ídolo, al caer tan bruscamente,
Siempre inmola al creyente en su caida.

»Ya sabeis lo que pasa en un convento:
Un dia que da fin, y otro que empieza.
Si crea algun rival el pensamiento,
Son fantasmas que evoca la tristeza.

»Bajo un dosel de flores y verdura,
Quise ciego.....—¡perdon para un malvado!—
O gozar una vez de su hermosura,
O morir á sus piés desesperado.

»Oculto en el jardin, todos mis males
Curar, cual visteis, ó morir, queria,
Porque mi pecho en vívidos raudales
De entusiasmo y de amor se deshacia.

»Viendo por vos frustrado, aquella tarde,
Mi intento vil de amor y de despecho,
Mis rodillas flaquear sentí, cobarde,
Y el corazon desfalleció en mi pecho.

»Impidiendo mi crímen, aquel dia
Llegasteis vos para su bien y el mio,
Pues sin dejarse ver, Dios nos envia
La dicha, el sol, la lluvia y el rocío.

»Y desde entónces, de su pura frente
Respetando el candor y la hermosura,
Bebo el placer sin enturbiar la fuente
De donde emana mi inmortal ventura.

»Como he apurado, en mis furores, tanto
La copa del dolor hasta las heces,
Tan cerca de los ojos tengo el llanto,
Que sin querer, cual veis, lloro mil veces.»

Como al llegar aquí, nadie ni nada
Alivio le prestaba en su tormento,
Tendió Honorio una rápida mirada,
Y halló la soledad y el desaliento.

Y ve á Jesus, que por los aires sube,
Cual blanco grupo de vapor fulgente,
Como yendo á esperar de nube en nube
Al sol, que se elevaba lentamente.

Y sus oidos, de placer ajenos,
Ni las aves escuchan, ni se encantan
Con esos ruidos, de misterios llenos,
Que del campo áun dormido se levantan.

Nada ni nadie su dolor modera,
Ni las flores, ni el sol, ni la verdura;
Cuando están en el alma, hay donde quiera
Desolacion, tristeza y desventura.

Y, como siempre, en Soledad pensando,
Del aura en el murmullo oye su acento,
Cree ver las huellas de sus piés andando,
Y respira en los céfiros su aliento.

Y como, fiel Honorio, en cuanto hallaba
De su acerba pasion ponia el sello,
Andando á la ventura murmuraba:
—«¡Sólo el amor es grande, él solo es bello!»—

ESCENA CUARTA.

LA TRANSMIGRACION Á UN MÁRMOL.

LUGAR DE LA ESCENA : *Un cementerio.*

PERSONAJES.

HONORIO.—JESUS EL MAGO.—SOLEDAD.

ARGUMENTO.

Como el sentimiento tiende á la metempsicosis, despues de la muerte de Soledad, Honorio pide á Jesus el Mago que le conceda la gracia de transmigrar al mármol de la tumba de su amada.

¡Oh vida, mezcla de inquietud y calma,
Alternativa infiel de paz y guerra,
Rebelion de la carne contra el alma,
Lucha eterna del cielo y de la tierra!

Venciendo á Soledad el desaliento,
Despues de su aparente desengaño,
Entró como novicia en un convento,
Y novicia salió, muriendo al año.

Allí, tranquila, ni el rencor sentia,
Ni ménos del amor la ardiente llama;
Deseaba morir, porque creia
Que Dios lleva consigo á cuantos ama.

Y conforme cambiando iba en su mente
En santas oraciones sus delirios,
Su cútis fué tomando lentamente
El color de la cera de los cirios.

¿Os contaré su vida en el convento?
Sin pesares allí, sin alegrías,
Sucediendo un momento á otro momento,
Los dias sucedieron á los dias.

Y sólo, al fin, en su semblante puro
Las huellas se miraron de sus penas,
Cuando ya en una red de azul oscuro
Se dibujaban en su sien las venas.

¿Y su amante? ¿Qué importa? Aunque él, acaso,
La dejó por amor de otros amores,
Sólo le pide á Dios que abra á su paso,
En honor á sus piés, sendas de flores.

Pues ella triste, sin pasion, sin celos,
Al ódio y al amor indiferente,
Como una desterrada de los cielos
Sólo se acuerda de la patria ausente.

No perdonando ni horas ni minutos,
El rezo llegó á ser su afan diario,
Entre sus dedos, por la fiebre enjutos,
Deslizando las cuentas de un rosario.

¡Ay! un dia en su blanco dormitorio,
Teniendo en derredor á cuantos quiere,
Su mano de marfil tiende hácia Honorio,
Les dice «¡adios!», y sonriendo muere.

Con sed de sacrificios sobrehumanos,
Despues Honorio, en lágrimas deshecho,
Su sepulcro oprimiendo entre las manos,
Lo estrechó con furor contra su pecho.

Cual ráfaga hácia allí Jesus avanza,
Miéntras Honorio, con los ojos presos
De Soledad en el sepulcro, lanza
Miradas voluptuosas como besos.

Y dice así:—«Ya os lo conté: *por ella,*
Más que en Dios, en Pitágoras creia,
Yo, que por ser lo que su planta huella,
El cielo con delicia dejaria.

»Y he de pedir, cuando al dolor sucumba,
Que me convierta, por favor divino,
En el cipres ó el mármol de su tumba,
Compañero inmortal de su destino.

»Que en posesion de sus cenizas, pueda
Con ellas ver mi çorazon cubierto;
Que el hado la ventura me conceda
De hablarla de mi amor despues de muerto.

»Que me deje sufrir el cielo amigo
Junto á esta tumba mi dolor eterno,
Aunque por ella aquí sufra el castigo
De todos los horrores del infierno!»

Dijo Honorio; y en tanto que aguardaba
Lo que el mago Jesus le respondia,
En las sienes su sangre martilleaba,
Y hasta latir su corazon se oia.

Y contestó Jesus :—«¿Piensas que el cielo
Te dará, ni en la misma sepultura,
Un periodo de tregua y de consuelo,
Un oásis de paz y de ventura?

»Transmigra, pues; mas que eludir se intente
La pena de una culpa, es un delirio:
Si transmigras, Honorio, eternamente,
Sólo harás infinito tu martirio.

»No encontrarás la dicha en parte alguna;
Mudarás de dolor, mas no de duelo;
Hasta en la tumba es loca la fortuna,
Y no hay eterno amor sino en el cielo.»—

Dijo Jesus; y al éter, fugitivo,
Le vió Honorio volar á su presencia,
Despues que sus flaquezas, compasivo,
Con el manto cubrió de su indulgencia.

—«Vuelvo á tu lado, Soledad querida,
Honorio prorumpió, y el cielo quiera
Que, despues de llenar toda mi vida,
Llenes tambien mi muerte toda entera.»—

Con voluntad tan firme y tan constante
Quiere morir, que muere porque quiere:
Vivia con la vida de su amante,
Y fiel á su pasion, con ella muere.

Activo, enamorado, vïolento,
Náufrago ya, sin brújula ni estrella,
Con el vivo puñal del pensamiento
Se asesinó para morir con ella.

Y el mármol del sepulcro contemplando
Con alma y vida, de alegría loco,
La densidad del mármol penetrando,
Sintióse en él filtrar muy poco á poco.

El mármol con la carne confundiendo,
Parece que uno en otro se fundia;
La carne se iba en mármol convirtiendo,
Y algo de carne el mármol se volvia.

Su espíritu en los poros derramado,
Lento y escaso se sumió primero;
Mas luégo se recoge, y, concentrado,
En el mármol, por fin, se vierte entero.

Y un sordo ruido de absorcion se siente,
Como el que hace, al sorber, seca la tierra:
No hiere el corazon tan tristemente
Del ataud la tapa que se cierra.

Despues que hubo al sarcófago querido
Transmigrado de Honorio el pensamiento,
Sólo se oyó en el mármol un quejido,
Y un sollozo en la ráfaga del viento.

Así dió fin, tan triste y tan oscura,
Esta historia, de amor y de ansias llena,
Encerrando una misma sepultura
El criminal, el crímen y la pena.

Solo un guarda infeliz, de espanto yerto,
Se encontró, al despuntar del otro dia,
Un muerto, tan inmóvil como un muerto,
Sobre un mármol que vivo parecia.

ESCENA QUINTA.

LA PENITENCIA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio.*

PERSONAJES.

PALACIANO.—HONORIO.—CORO DE ALMAS CELOSAS.—JESUS EL MAGO.

ARGUMENTO.

Libre Palaciano del secuestro, va á visitar la tumba de Soledad. Al verle, levántase sobre el mármol la Sombra de Honorio, y empieza á sufrir la serie de padecimientos que le auguró Jesus el Mago.

No importa cuál, pero en la noche aquella
La luna destilaba, adormecida,
Como una grande y moribunda estrella,
Una especie de luz de la otra vida.

Honrando á Soledad, cuenta la gente
Que de su tumba al pié vela algun mago;
Y los guardas de allí creen firmemente
Que en el mármol aquel flota algo vago.

Y algun misterio habrá, pues nadie ignora
Que del fúnebre mármol se contaba
Que al tacto de la brisa y de la aurora,
Como la estatua de Memnon vibraba.

En noche tan tranquila, ni un acento
Del cementerio en derredor se oia;
La luna desde el alto firmamento
Como un disco de plomo descendia.

En calma tal, Honorio, de repente,
Se levantó del mármol vengativo,
Viendo llegar á un hombre de ancha frente,
De airoso porte y de mirar altivo.

Era su hermano ¡ay triste! el que veia,
Que, libre del secuestro, en su impaciencia,
La tumba ver de Soledad queria,
Con su amor, exaltado por la ausencia.

De celos de ultra-tumba Honorio herido,
Consternó con un ¡ay! el horizonte,
Que, de un sepulcro en otro repetido,
El eco lo llevó de monte en monte.

Se acerca Palaciano, y cual si hubiera
Turbado del sarcófago la calma,
Un suspiro se oyó, como si fuera
Un sollozo nacido de algun alma.

Y Honorio—«¡atras!»—entre sentido y fiero
Gritó con una voz que nadie oia;
—«Antes que á ella, á mí y al mundo entero,
Y á mi madre y á Dios renunciaria.

»Los que, muertos de amor, sabeis mi historia,
Venid el alma á ver más desdichada,
Aquí, donde el martirio es una gloria,
Mansion fatal de gente asesinada.»—

A su acento, por valles y por cumbres,
Una legion de espíritus alados
Chispearon, cual las rápidas vislumbres
De las tardes de estío en los sembrados.

Y nadando en suspiros, el ambiente
Inundan en su curso vagaroso
Los que llevan clavado eternamente
El aguijon del padecer dichoso.

Y al ver á Honorio de dolor transido,
Casi vuelan felices á su lado
Los que, al morir de celos, han sufrido
El ódio del amor desventurado.

En el aire, por fin, envuelto en ira,
El fantasma de Honorio reverbera;
Duda su hermano, retrocede, y mira
La sombra de su horrible calavera.

Era su misma imágen: Palaciano,
Al verla, fué á gritar—«¡hermano mio!»;—
Mas vió que aquella imágen de su hermano,
Más que sombra, era un hueco en el vacío.

Y—«¡un milagro!»—exclamó. Despues, su imperio
Perdiendo el infeliz sobre sí mismo,
Abandonó cobarde el cementerio,
Siendo un hombre avezado al heroismo.

Y Honorio prosiguió:—«¿Quién ver podria
Su sepulcro por otro profanado?
¡Atras! porque, si no, me vengaria,
Aun despues de mil años de enterrado.

»¿Nunca han de dar á un verdadero amante,
Ni el mundo bien, ni paz la sepultura?
Un consuelo, ¡un consuelo en este instante,
En que siento, en que toco la locura!»—

Y hasta consigo el desdichado en guerra,
Turbulento, iracundo, arrebatado,
Blasfemando del cielo y de la tierra,
El pecho se golpeó, desesperado.

—«¡Manda un ángel, buen Dios, en mi consuelo!»—
Exclamó Honorio; y cuando así exclamaba,
Jesus hácia su tumba, desde el cielo,
Cual la sombra de un sueño se inclinaba.

Y dijo con la plácida indulgencia,
Que la bondad con el rigor auna:
—«Penitencia, hijos mios, penitencia;
Contra el órden de Dios no hay fuerza alguna.»—

De almas celosas el doliente coro,
Gimiendo aquí y allí, los aires hiere,
Cual si Jesus tuviese el ramo de oro
Que manda á los fantasmas como quiere.

Y á su voz, cada espíritu tranquilo
Buscó con humildad su sepultura,
Volviendo á hallar en el sagrado asilo
El silencio, la paz y la frescura.

Y de nuevo Jesus dijo, apiadado:
—«Paciencia, Honorio, en el dolor, paciencia;
Sufriendo tu destino resignado,
Rescatará tu mal la penitencia.»—

Calla Jesus; en el recinto santo
Ni una sombra se ve, ni se oye un ruido;
Sólo Honorio de pié gime entre tanto,
En su prision de mármol retenido.

Todo sigue despues sin vida alguna;
El aire sordo, encapotado el cielo;
En el fondo del mar se hunde la luna,
Y una negruzca luz rastrea el suelo.

Y Honorio, sus dolores sobrehumanos
Aglomerando en su inmortal cariño,
Cubriéndose la cara con las manos,
Se quedó sollozando como un niño.

ESCENA SEXTA.

LA IDOLATRÍA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio.*

PERSONAJES.

PALACIANO.—HONORIO.—CORO DE ESPÍRITUS BUENOS.—CORO DE ESPÍRITUS MALOS.

ARGUMENTO.

En la ceguedad de la idolatría, la opinion popular, fascinada por la generosidad de Honorio, le tributa honores casi divinos. Avergonzado de esta honra inmerecida, rompe Honorio, por gracia de Jesus el Mago, su prision de mármol, y huye rodeado de espíritus.

—¡«Un milagro!»—repite al otro dia
Del cementerio en torno el pueblo unido.
¿Quién el torrente contener podria
De un vulgo en sus entrañas conmovido?

Exige el pueblo, de entusiasmo lleno,
Que se tributen entre gozo y llanto
Sufragios al mortal, honras al bueno,
Y un *Te-Deum*, por fin, al casi santo.

Ya á oir el panegírico, se junta,
De la virtud de Honorio, el pueblo entero,
Y en la capilla al cementerio adjunta
Canta el *Te-Deum*, en su honor, el clero.

Mas la sombra de Honorio, vengativa,
Los vió llegar, de tan ingrato modo,
Que lanzó una mirada tan activa,
Que ella sola abarcara el mundo todo.

Cuanto más sin razon se vió ensalzado,
Tanto más se vió Honorio despreciable,
Y el lúgubre fantasma del pasado
Se alzó delante de él inexorable.

Llega el momento, al fin, que en aquel dia
De Honorio el panegírico comienza;
Mas él, al escucharlo, no podia
El peso soportar de la vergüenza.

—«¡Bien haya Honorio!»—el sacerdote exclama;
«Su nombre ha de brillar entre los nombres
Que han venido á encender con pura llama
El santo amor de Dios entre los hombres.»—

Y al ver que el sacerdote continuaba
Poniéndole de ejemplo á los humanos,
Honorio, que, leal, se despreciaba,
Cubrióse la cabeza con las manos.

Y solo, y abismado en su paciencia,
En silencio despues sufre el castigo
De esa lucha infernal de la conciencia,
Que tiene á Dios tan sólo por testigo.

De Honorio el panegírico seguia;
El público escuchaba placentero:
Lo mismo que su voz, cuando vivia,
Su nombre hace vibrar á un pueblo entero.

Mas al llegar ¡oh escándalo! á su oido
Del *Te-Deum* la música sagrada,
El canto del honor no merecido
Pasó su corazon como una espada.

Miéntras los hombres, con ferviente celo,
—«Á Tí, Señor, cantamos»,—entonaban,
Los ángeles gozosos desde el cielo
Con sonrisa inefable se inclinaban.

Y en tanto que en su honor el canto oia,
—«¡Mísera humanidad, que imbécil honra»,—
El desdichado Honorio prorumpia,
«Á quien, cruel, la diezma y la deshonra!»

Y á coro con el místico concierto,
Gritó, torva la faz y alta la mano:
—«¿No ois la voz de Dios en el desierto?
¡Cain! ¡Cain! ¿qué has hecho de tu hermano?»—

¡Suerte fatal! El infeliz queria
Su acento hacer oir; mas, vano empeño:
Su voz sonaba cual sonar podria
Un suspiro lanzado en un ensueño.

Sólo arrullan á Honorio con sus quejas
Los que, al cumplir su terrenal destino,
Dejaron su virtud, cual las ovejas
La lana entre las zarzas del camino.

Los ámbitos llenando de la esfera,
Así seguia el religioso canto:
—«Á Tí toda la tierra te venera;
Á Tí todos te llaman Santo, Santo.»—

Correspondiendo á tan sagrado celo,
Admirados, alegres, rutilantes,
Los ángeles circulan por el cielo,
Cual formados de polvo de diamantes.

Los espíritus malos, de los buenos
Envidiaban gimiendo la victoria;
Y el canto continuaba:—«y están llenos
Los cielos y la tierra de tu gloria.»—

Con Honorio, entre tanto, se lamentan
Aquellos que, como él, han delinquido,
Que hasta en la vida eterna se alimentan
Del pasto de las lágrimas querido.

Le cercan los malditos por amores
Con su afliccion, más que la dicha, amada:
Esa afliccion tan dulce en sus dolores,
Que no quiere jamas ser consolada.

Y el himno continuaba de esta suerte:
—«Con tu sangre, Señor, nos redimiste,
Y el aguijon rompiendo de la muerte,
Las puertas de los cielos nos abriste.»—

Oyendo de su Dios las maravillas,
Miró Honorio hácia arriba fascinado,
Y vió á Jesus orando, de rodillas,
En un trozo de cielo iluminado.

—«Permitidme, exclamó, que dignamente
Sólo un pesar sin deshonor me venza;
Haced que un gran castigo me atormente,
Mas no que me atormente la vergüenza.

»Dejadme que transmigre, le decia,
Á otro dolor más grande y más eterno;
Permitidme que escoja, proseguia,
Algun rincon de dicha en el infierno.»—

Una mano de luz cruzó el ambiente,
De luz más clara que la luz febea,
Y al tenderla hácia Honorio dulcemente,
Benévolo Jesus le dijo: —«Sea.»—

Al *sea* de Jesus se oyó un chasquido,
Y á Honorio, que gimió; mas éste á poco
Se sintió, roto el mármol, desprendido,
Y el aire hendió con el terror de un loco.

Y entre el tropel de la infernal balumba,
De sus honores sin honor huia,
Como espectro que sale de la tumba,
Sin sacudir la tierra todavía.

Todos á poco el cementerio dejan;
Y en pos de Honorio, en tormentoso vuelo,
Los rebeldes espíritus se alejan,
Cual aves que se pierden en el cielo.

Completa soledad: se extingue el coro;
Los devotos al fin desaparecen;
Los ángeles tambien en nubes de oro,
Ya fundidos en luz se desvanecen.

Sólo una voz de espanto y de agonía,
Como en sueños, oia Palaciano,
Que allá léjos, muy léjos, repetia:
—«¡Cain! ¡Cain! ¿qué has hecho de tu hermano?»—

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

EL DRAMA UNIVERSAL.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA SÉPTIMA.

EL CUERPO Y EL ALMA.

LUGAR DE LA ESCENA : *Las cinco partes del mundo.*

PERSONAJES.

HONORIO. — EL CADÁVER DE CÁRLOS V. — LA INSURRECCION DE LOS MUERTOS.

ARGUMENTO.

En la eterna lucha de las dos naturalezas, física y moral, queriendo poseer el sepulcro de Soledad, piensa el espíritu de Honorio en volver de nuevo á la vida, animando el cuerpo de algun grande hombre, y se dirige á buscar los restos de Cárlos V. El esqueleto del Emperador se espanta á la vista de un alma, y llevando la alarma á todos los ámbitos de la tierra, una multitud de espectros dan la vuelta al mundo, huyendo del espíritu de Honorio.

Léjos Honorio de la tumba amada,
Ya del aire en las cóncavas regiones,
Confusa entre la niebla su mirada,
Las siluetas perdió de las visiones.

Duda, mira, se orienta, y de esta suerte
Murmura en su espantosa pesadilla :
—«¡Sí! quiero el ódio que me dé la muerte;
Mas no quiero el honor que así me humilla.»—

Luégo del sol á un rayo moribundo,
Ya del vacío en la region más baja,
Ve el negro tul que pesa sobre el mundo,
Cual manto que le sirve de mortaja.

Y piensa así, luchando con fiereza
Contra el rigor de su destino adverso :
—«¡Querer! ¡Tener! ¡Con gloria y con riqueza,
Tendria de su tumba el universo!»—

Y al penetrar en su memoria herida
El mundo de la tumba de su amante,
No se ha visto una pena parecida
A la pena pintada en su semblante.

Y continuó:—«¡Poder! ¡Cumplir el sueño
De conquistar el bien por que deliro!
¡Ser, sin rival, de su sepulcro dueño!
¡Comprendo la ambicion, la honro y la admiro!

»¡Sentir! ¡De dichas caminar sediento,
Con ódio ciego ó con amor profundo!
¡Saber! ¡O con un solo pensamiento
Quemar, mover ó iluminar el mundo!

»¡Dadme»,—añadia en su arrogante acceso,—
«Atila, tu querer; tu ciencia, Dante;
Mahoma, tu sentir; tus arcas, Creso;
Tu universal poder, Cárlos de Gante!»—

Y añadió:—«Tomaré de alguna huesa,
De estos hombres de siempre la envoltura.»—
Dijo, y voló hácia España, siendo presa
De una ardiente y terrible calentura.

De Cárlos de Austria ante la tumba, osado,
El cadáver llamó que reposaba,
Y el cadáver se alzó, como animado
Por la vista de Honorio, que abrasaba.

Al verlo el Rey, del panteon turbando
La no envidiada y envidiable calma,
—«¡Que viene un alma!»—dijo, y retumbando,
El eco respondió:—«¡Que viene un alma!»—

Cárlos con ira, Honorio con respeto,
Se contemplan y callan; mas al cabo,
Dijo, mirando á Honorio, el esqueleto
Con gesto superior de rey á esclavo:

—«Del rey don Cárlos, mi señor, ignoro
Si fuí vaso de honor ó sambenito;
Y el dia en que nací, que siempre lloro,
Fué para mí entre todos el maldito.

»Del cuerpo el alma se convierte en dueña,
Y es su ventura un insaciable anhelo :
Si ama, es con fiebre; si se duerme, sueña:
Para el cuerpo hay no ser, para ella hay cielo.

»Y el cuerpo, como el alma, á Dios alaba,
Y como ella, su nombre lleva escrito;
De la choza más pobre hasta una aldaba
La puerta puede abrir de lo infinito.

»Libre el alma en obrar, de su miseria
Ante Dios y los hombres nos acusa;
Y es siempre para el alma, la materia,
De su eterno pecar, eterna excusa.

»¿Y cómo el cuerpo, á quien así se humilla,
Le verá como amigo, cuando el hombre
No sabe respetarse ni en la arcilla
Que honró su alma y que llevó su nombre?

»¡El Saber! Ignorantes nuestros dueños,
Este cuerpo, que juzgan miserable,
Matan á fuerza de vigilia y sueños,
Tratando de explicar lo inexplicable.

»¡El Poder y el Tener! Si el oro es fuente
Del gusto de hoy y el duelo de mañana,
Con el poder el cuerpo es solamente
Un mártir sin honor del alma humana.

»¡El Sentir y el Querer! Su furia es tanta,
Cuando se juzgan de su fuerza ciertos,
Que en su honor el espíritu levanta
Pedestales de ejércitos de muertos.

»¡La ambicion de las almas! ¿Quién podria
Realizar vuestras locas esperanzas,
Y esa pasion tan llena de energía,
De delirios, de muertes y venganzas?

»Nunca, nunca los cuerpos fatigados
Podríamos calmar vuestros afanes,
Aunque fuésemos hechos y amasados
Con candentes sustancias de volcanes.

»Apártate de mí, que harto he sufrido:
Como alma humana, la pasion te ciega.
Busca, si quieres ser, lo que no ha sido;
El polvo que fué ya, del sér reniega.»—

Calla el espectro. Honorio, en su esperanza,
Áun el cuerpo del Rey vestirse intenta,
Y hácia el cadáver con ardor se lanza,
En la fiera ambicion que le atormenta.

Huyendo de su nueva servidumbre,
Con el terror que inspira el escarmiento,
Voló del Guadarrama hácia la cumbre,
Como polvo barrido por el viento.

Y el muerto, desde lo alto de la sierra,
Dejando el mundo de la paz sin calma,
Lanza, mirando en derredor la tierra,
Este grito de horror: —«¡Que viene un alma!»—

Como suele el ¡alerta! misterioso
Correr de centinela en centinela,
Aquel *¡que viene un alma!* pavoroso
De cementerio en cementerio vuela.

Con el terror que inspira el escarmiento,
Creyéndose de un alma frente á frente,
Surgiendo van cadáveres sin cuento
Al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente.

Dando alaridos, con furor levantan
Mil espectros su pálida osamenta,
Como las aves de la mar, que cantan
Hácia el lado en que ruge la tormenta.

De un pueblo al otro pueblo, no corria
La repetida voz, porque volaba,
Y aquel *¡que viene un alma!* parecia
La trompeta del juicio que sonaba.

Sonámbulo que corre sin conciencia,
Cuanto más huyen de él, él más se irrita,
Y ante abismo tan hondo de demencia,
Honorio con furor se precipita.

La madre tierra sacudió el regazo;
Y entre esqueletos mil que echó esparcidos,
Medios cuerpos se ven de un pié y un brazo,
De arriba abajo por mitad partidos.

Se ven cruzar de séres incompletos,
Por aquí y por allí, las várias piezas;
Fragmentos de fragmentos de esqueletos,
Piés sin troncos, y troncos sin cabezas.

Y hay brazos que se ignoran lo que abrazan,
Cual pegados á un sér que va invisible;
Y manos cercenadas que amenazan,
Y dedos que señalan algo horrible.

Y algunos vueltos, por los piés colgados
De las nubes, pendientes se columbran;
Y hay cráneos que, de fósforo impregnados,
Cual linternas diabólicas alumbran.

Y en zigs-zags pavorosos y sutiles,
Huesos sueltos, de formas desiguales,
Trazan líneas sin fin, como reptiles,
Ya derechas, ya curvas, ya espirales.

Lleno ya el aire hasta los cuatro vientos
De esqueletos de muertos espantados,
Furioso resonó con los acentos
De todos los lugares desolados.

Conforme los cadáveres huian
Salvando pueblos y cruzando esferas,
Circular por los aires parecian
Alaridos de hiena, ayes de fieras.

Volando sin cesar, ya ven lejanas
Las playas de esa tierra que está llena
De rocas y de plantas africanas,
Bosques de palmas y tostada arena.

De un hondo terremoto al traqueteo
Se oye el suelo crujir, y en lo más alto,
El ruido que se oiria en el saqueo
De mil Romas tomadas por asalto.

El polvo que hombre fué surge abundante
De los fúnebres campos de batalla;
Materia en frenesí, muy semejante
A la lava del cráter cuando estalla.

Cruzan la parte en que el escita mora,
Y ven, pasando á la derecha mano,
Los países del sol, donde se adora
La cruel trinidad del culto indiano.

Del Asia la region, de Honorio el alma
Ve trasponer la caravana horrible,
Miéntras reina en el mar profunda calma,
Mucho más que la cólera terrible.

Por la nueva region, que es de oro el suelo,
Y es más que la ilusion encantadora,
Cruzaron embriagados en su vuelo
Por bosques de frescura abrasadora.

Y vuelven, trasponiendo el Oceáno,
A la region de Europa, ardiente y fria,
Helada en el invierno, y en verano
Quemada por el sol del Mediodía.

Y al ver de Soledad la tumba amada,
Lanza Honorio, gimiendo, un ¡ay! agudo;
Va á seguir, ¡imposible!; insiste, y ¡nada!
Mil veces fué á pasar, pero no pudo.

Y al fin, consigo de luchar cansado,
Se paró, más amante que rendido;
Pues si al mundo dió vuelta el desgraciado,
No dió ni un solo paso hácia el olvido.

Ve una vez y otra vez la sepultura,
Y desciende, atraido hácia la tierra,
Dejándose caer desde su altura,
Como cae el alud desde la sierra.

Y allí vuelve á rodearle, fascinado,
De todas sus quimeras el cortejo;
Pues tiene el hombre del amor cegado
Sueños de niño en corazon de viejo.

Borra al fin con sus rayos esplendentes
Polvo, nieblas, fantasmas y rumores,
El sol, para quien son indiferentes
Los placeres del hombre y los dolores.

Y de nuevo otra vez, quietos ó activos,
El campo y la ciudad se ven cubiertos
De muertos que dudaban si eran vivos,
De vivos que no dudan que están muertos.

Y como es tan comun en nuestra estrella
No ser constante el mal, ni el ruido eterno,
El dia puso fin á toda aquella
Babilónica noche del infierno.

ESCENA OCTAVA.

LA TRANSMIGRACION Á UN ÁRBOL.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio.*

PERSONAJE.

Honorio.

ARGUMENTO.

De vuelta al lugar de la tumba de su amada, Honorio se detiene, y ascendiendo en la escala de la naturaleza física, transmigra al cipres que da sombra al sepulcro de Soledad, y vuelve á creer en la posibilidad de su dicha.

Quiso Honorio seguir, pero ¡imposible!
De nuevo lo intentó, mas ¡nada! ¡nada!
Una atraccion inmensa, irresistible,
Le arrastró hácia la tumba de su amada.

Que huir de aquel sepulcro lamentable
El pobre no podia, ó no queria,
Cegado por el fuego incomparable,
Que hasta los mismos soles fundiria.

Y así como al iman sigue el acero,
Volvió á mirar la tumba, y al mirarla,
—«¡Si no puedo»,—decia,—«si no quiero,
Si tengo tantas cosas que contarla!»—

Y el cipres de la tumba contemplando,
Fué Honorio, sus deseos más queridos
Celoso entre sus ramas ocultando,
Como ocultan los pájaros sus nidos.

Corria el viento, y el cipres ondeaba,
Y al mirarlos, dudaba el pensamiento
Si es que el viento al cipres acariciaba,
O era el cipres el que movia al viento.

—«Desde ese árbol»,—seguia,—«ángel divino,
Tus cenizas guardando encantadoras,
Cual un genio invisible del destino,
Por tí podré velar á todas horas.

»Los dias, las semanas y los meses
Veré pasar en tiernas confianzas,
Y entre tumbas y adelfas y cipreses,
En vez de olvido, encontraré esperanzas.

»Te prestará el cipres, la noche andando,
Paz, calor y silencio; y por el dia,
En las ramas los pájaros cantando,
Todo en él será amor, luz y armonía.

»Propicia ya una vez la buena suerte,
Despues de tanto amor y pena tanta,
Mi union, acrisolada por la muerte,
Será más que hasta ahora augusta y santa.

»Allí»,—seguia Honorio,—«allí, bien mio,
Desde ese oculto y ondulante asiento,
Te mandaré, estampado en el vacío,
Mi último beso en mi postrer aliento.

»Coronando la hermosa sepultura,
Ese árbol que ondulando baja y sube,
Con mi amor y su sombra y su verdura,
Parecerá un eden sobre una nube.»—

Y ante la tumba, de esperanza llenos,
Las verdes ramas del cipres veian
Aquellos ojos de leon, serenos,
Que rara vez los párpados cubrian.

Y transmigrando á una segunda vida,
Volando hácia el cipres, los aires hiende,
Y su sombra, ya á plomo suspendida,
Cual nevada de luz, sobre él se tiende.

Llega el alma cual brisa que se queda,
Y despues de quedarse no se mueve;
Luégo en el centro del cipres se hospeda,
Y fluyendo sutil, en él se embebe.

El rostro, que primero va filtrando
Por dentro del cipres, se eleva al cielo:
Son sus brazos dos ramas, y es, bajando,
Cada pié una raíz que horada el suelo.

Y ya en savia su sangre convertida,
En torno circulando, sube y baja,
Y Honorio en fácil curso, así se anida,
De su dolor cambiando la mortaja.

Y fluye, y fluye, y tras de mil congojas
Realiza en el cipres su amante objeto,
Pues su cuerpo de tronco, y dedos de hojas,
Forman ya un hombre vegetal completo.

Despues de ser un mármol que vivia,
Un árbol llega á ser, que vive y siente;
Así en cipres se convirtió aquel dia,
Cual Dafne y Bíblis en laurel y en fuente.

Y cuando Honorio vió, sintiendo frio,
Que en carne del cipres se fué volviendo,
En su pecho esperó que cual rocío,
El silencio y la paz fuesen cayendo.

Mas todo era ilusion, porque su estrella
Le hace, aumentando su inmortal cuidado,
Hasta en la tumba, y hasta al lado de ella,
Y hasta amando sin fin, desventurado.

¡Pobre Honorio! En sus locos desvaríos,
Soñando en ser feliz, piensa, inocente,
Que ya de Soledad los restos frios
Quemándole estarán eternamente.

ESCENA NOVENA.

LO QUE DICEN LOS ÁRBOLES.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio.*

PERSONAJE.

HONORIO, CONVERTIDO EN CIPRES.

ARGUMENTO.

Como tal vez todo lo que vive siente, Honorio, convertido en ciprés, habla de su amor á Soledad. Se evocan todos los espíritus que, como Honorio, parecen gemir transmigrados en árboles.

Lo que dice en el árbol embebido,
Amante Honorio, de la tumba al hueco,
Lo devuelve la tumba repetido
Con la marcada exactitud de un eco.

—«¡Ya de tí estoy»,—á Soledad decia,
«Hasta el dia del juicio, frente á frente,
Y esperándote así me aguardaria
Mil años, y otros mil, y eternamente!

—»Oye»,—seguia, revelando el duelo
De sus tiernos combates interiores,
«Por verte vine aquí, cual van al cielo
Volando los aromas de las flores.»—

Ya es Honorio, cual veis, árbol que siente,
Despues que ha sido ya mármol sensible:
¿Será este mundo real tan solamente
El velo de otro sér que esté invisible?

¡Ay, sí! ¿Quién sabe si, de angustia locas,
Las almas que echa Dios al purgatorio,
Convertidas en árboles ó en rocas,
Nos hablarán tambien, como habla Honorio?

Estos ecos, que turban mi conciencia,
Salvando de ambos mundos el abismo,
¿Ejercen sobre mi alma una influencia
Ignorada del mundo y de mí mismo?

¿Será cierto el placer ó el desencanto
De nuestros sueños tristes ó risueños?
¡Quién me diria á mí, que sueño tanto,
Que acaso son verdad mis largos sueños!

—«¿Tal vez porque estás sola y enterrada
Sientes dolor?»—Honorio proseguia.
«Si yo pudiera consolarte, nada
A las dichas del cielo envidiaria.»—

Calla Honorio, y en lánguido abandono,
Remedando el cipres su triste acento,
Resuena como el arpa, cuando el tono
En que templada está, susurra el viento.

¡Santos recuerdos de mi amor difuntos;
Ya sé por el cipres que esa alma anida,
Que sois, uno por uno, ó todos juntos,
Invisibles testigos de mi vida!

Ya, á costa de mi dicha, he presentido
Que, al traves de este mundo tenebroso,
En torno de lo claro y definido,
Vuela algo indefinible y misterioso.

Sin duda no ve el mundo aletargado,
Más bien que al alma, á su sentido atento,
Ese otro mundo de ideal soñado,
Por fatiga, indolencia ó desaliento.

¡Oh inspiracion del alma candorosa!
¡Cuántas veces á mí, quiera ó no quiera,
Divina una atraccion, siempre imperiosa,
De la terrestre accion me empuja fuera!

La tumba contemplando embebecido,
Honorio continuaba:—«No te alejes;
Temo, al verte dormida en ese nido,
Que un soplo te despierte y que me dejes.

»Eternamente gemiré á tu lado,
Para tí vivo, y para el mundo muerto;
Estaré en el cipres siempre encantado,
Dormido á todo, y para tí despierto.»—

Y esclavo satisfecho del ambiente,
Despues que esto el espíritu decia,
Al impulso del aire mansamente,
Moviéndose el cipres, iba y venia.

Y miéntras tanto que el cipres, sombrío,
Gemidos esparcia solitarios,
Arrebatado Honorio, en el vacío
Sus besos estampaba imaginarios.

Y si de hablar, para gemir, cesaba,
El cipres parecia que, ondulando,
En un mental monólogo quedaba,
En silencio las hojas agitando.

¿Si quejas, como Honorio, le darian
A mi alma jóven, de ventura escasa,
Cuando á impulsos del aire se movian
Los árboles del huerto de mi casa?

Al gozar de la sombra encantadora
De este árbol que mi padre plantó un dia,
¡Cuántas cosas, Dios mio, entiendo ahora,
Que entónces, pobre niño, no entendia!

¿Será un eco el cipres de mi ventana
Del acento del padre idolatrado,
Del triste adios de la difunta hermana,
Del ¡ay! del sér de pena asesinado?

Sin duda á todo amante que padece,
En nombre de los muertos y los idos,
De algun Honorio el alma les ofrece
Grato festin de encantadores ruidos.

¡Vosotras sois, visiones gemidoras,
Las que en forma de céfiros alados,
Pasando, despertais á todas horas
Estos ojos al sueño no cerrados!

Vosotras al perdido caminante
Le anunciais, susurrando, su destino,
Con la voz de la madre ó de la amante,
Desde el árbol del borde del camino.

¡No mi pena aumenteis, sombras queridas,
Pues por no hallar olvido en mi quebranto,
Desgarro con mis manos mis heridas,
De sangre apacentándome, y de llanto!

¡Espíritus de Honorios, tentadores,
Dejadme por piedad, dejadme un poco;
Que al ver almas gimiendo hasta en las flores,
Más bien que alucinado, estoy ya loco!

¡Recoge, oh noche, el manto en que se anida
Tanto rumor, que soportar no puedo!
¡Sol, que alumbras las sendas de mi vida,
Dame luz, dame luz; que tengo miedo!

ESCENA DÉCIMA.

EL ALMA DESTERRADA.

LUGAR DE LA ESCENA: *El Cielo.*

PERSONAJE.

SOLEDAD.

ARGUMENTO.

Ve Soledad desde la gloria el amor de Honorio, y en castigo de pensar en redimirle bajando al mundo, es desterrada del cielo, á cuya puerta queda de rodillas pidiendo luz para poder ver la tierra.

Con sobrehumana intüicion presiente
Soledad, desde el cielo donde mora,
Que la ama Palaciano dulcemente,
Minétras que Honorio con furor la adora.

Y sabe que uno loco, y otro amante,
Un amor la profesan verdadero:
Palaciano tranquilo y vacilante,
Sensual Honorio, arrebatado y fiero.

Leal y agradecida, allá en su mente
Piensa en los dos, y por entrambos ora;
Mas ella en cuanto á afectos, sólo siente
El placer de hacer bien, que la enamora.

Son ellos y ella, en el amor humano,
Ella, lo que hay en el amor de eterno;
Las pasiones del mundo, Palaciano,
Y Honorio, los ardores del infierno.

La amaba el uno, el otro la adoraba;
Pero ella, sin pasion, era tan buena,
Que en otra vida de dolor soñaba,
De abnegacion y sacrificios llena.

Piensa de Honorio en el suplicio horrendo,
Y á sí misma, pensando, se decia:
—«¿Debo yo redimir su alma sufriendo,
Pues sufre el infeliz por causa mia?»—

Por lástima y (¡quién sabe!) por ternura
Se enciende su bondad en vivo celo:
¿Podrá ser que, á pesar de su ventura,
Tenga tambien sus vértigos el cielo?

Goza el supremo bien; mas de manera,
Que unas veces sintiendo, otras pensando,
Su ventura, en la gloria, es tan austera,
Que recuerda el dolor de cuando en cuando.

—«¿Por qué seré de Honorio tan querida?»—
Pregunta á su razon su ánimo inquieto:
¡Casta flor en los bosques escondida,
Que no está de su encanto en el secreto!

¡Cuantos incienso á la virtud quemamos,
La pureza ensalcemos de su llama;
Mas noble que penar por el que amamos,
Es sufrir por el pobre que nos ama!

¡Oh! ¡Si dichosa redimir pudiera
Al infeliz que por su amor sufria,
A ganar con mil vidas que tuviera
Otro cielo, y mil cielos, volveria!

De Soledad el pecho, ni en la gloria
De afectos de piedad se encuentra lleno,
Pues sólo la consuela la memoria
Del santo alivio del dolor ajeno.

Pero una vez, más que otras, que al amante
Bajó, soñando, á redimirlo al suelo,
Los ojos Soledad cerró un instante.....,
Y al abrirlos se halló fuera del cielo.

¿Qué falta cometió?—Llamó, atrevida,
Un amor de la tierra á su memoria :
¡Quién lleva al centro de la eterna vida
Pensamientos indignos de la gloria!

Transmigrando por ella, y de amor muerto,
De Honorio, el infeliz, pensó en el nombre :
Pensó tan sólo en redimirle, es cierto;
Pero al fin Soledad pensó en un hombre.

Al verse de los cielos desterrada,
Rezó con santa devocion el Credo;
Despues miró hácia el mundo, y, espantada,
No viendo luz, se santiguó de miedo.

Hallando el cielo en derredor sombrío,
La creacion miró desde su altura;
Mas sólo halló su vista en el vacío
La noche de una inmensa sepultura.

Y al cielo, en cruz, por el amor de Cristo,
Le pide un rayo de su luz brillante :
¿Cómo ha de ver el sol la que ya ha visto
La verdadera luz un sólo instante?

Miéntras, ciega, en sus horas solitarias,
En vano los espacios escudriña,
Repite fervorosa las plegarias
Que la enseñó su madre siendo niña.

Sondeando los abismos tenebrosos,
Pensó, miró, volvió á pensar, y luégo
Vió con ojos tan grandes como hermosos
Que, del cielo al salir, todo está ciego.

Miéntras los ojos Soledad tenia
En la profunda oscuridad clavados,
A la puerta del cielo parecia
Una estatua con ojos animados.

Ni el sitio ve donde la planta asienta;
Y hasta el sol, allá bajo suspendido,
Con luz, como la tierra, cenicienta,
Parecia tambien casi extinguido.

La pobre Soledad de cuando en cuando
Áun se vuelve hácia el sol; mas no ve nada,
Y parece decir, como soñando:
—«¿Por qué siempre seré desventurada?»—

Por culpas de otro á padecer comienza,
Y llora el mal de la primera herida
La que no tiene que sentir vergüenza
Ni de un sólo momento de su vida.

Y ciega y aterrada y sin consuelo,
En aquel limbo, sin dolor, sombrío,
Sin frio ni calor, fuera del cielo,
Siente ya ideas de calor y frio.

Aguarda y tiene fe; mas nada alcanza.
Y á Dios, que sordo está, ¿qué le pedia?
Ni entereza le pide, ni esperanza;
Un rayo solo de la luz del dia.

De léjos mira atravesar, dolientes,
Las sombras de los coros celestiales,
Pues cerraban el cielo, transparentes,
Así como unas nieblas ideales.

Y un grave són de música sagrada
Pasar dejaba á su avariento oido
La puerta, por un ángel mal cerrada,
De aquello que nos es desconocido.

Y sus ensueños de piedad febriles
Encomiando con frases de ventura,
La arrulla un coro de almas juveniles,
Himnos de amor cantando, y de ternura.

Su destierro lamentan, aterradas,
Las vírgenes de paz que no han sufrido;
Mas la admiran las almas desoladas,
Que han amado, llorado y padecido.

Y unas y otras, en santas melodías,
Enviándola palabras de consuelo,
El Trisagio cantaban, que Isaías,
Feliz desde la tierra, oyó en el cielo.

Y el canto que se eleva al Dios augusto,
De este modo alentaba su paciencia :
—«Y sabio y poderoso y bueno y justo,
Nuestra maldad perdona tu clemencia.»—

Oyendo el canto con ferviente celo,
Miéntras llega la luz, que tanto tarda,
Sola, á la puerta del perdon del cielo,
Como una pobre de pedir aguarda.

Y seguia la noche; y miéntras puras
Dos lágrimas surcaban sus mejillas,
Se quedó Soledad sola y á oscuras,
A la puerta del cielo, de rodillas.

ESCENA UNDÉCIMA.

CASTIGO DE DIOS.

LUGAR DE LA ESCENA : *Entre el Cielo y la Tierra.*

PERSONAJES.

SOLEDAD.—JESUS EL MAGO.— HONORIO.

ARGUMENTO.

Desterrada Soledad á la puerta del cielo, invoca el nombre de Jesus el Mago. La reverberacion que produce la presencia de éste, le permite ver el mundo, á tiempo en que caia sobre él una tempestad. Soledad baja envuelta en un rayo, y destruye sus propias cenizas. Honorio la maldice. Cae otro rayo, que incendia el cipres. Honorio sale de entre el árbol incendiado, y huye de aquel sitio.

Falto de luz, ajeno de reposo,
De Soledad el corazon sumiso,
Ya empezaba á sentir cuánto es costoso
El ganar para otro un paraíso.

Jamás, despues de Dios, de afectos lleno,
Pudo un celeste amor llegar á tanto:
Purgar la propia falta es noble y bueno;
Mas pagar culpas de otro es bueno y santo.

A oscuras, sola, y de dolor transida,
Se acuerda de Jesus, y en su amargura,
Se siente á este recuerdo estremecida
De esperanza, de gozo y de ternura.

Y «ampárame», pensó. Jesus, llegando,
Puso término al fin á sus clamores;
Pues, su frente de luz reverberando,
De él un foco salió de resplandores.

Curar á Honorio de su amor queria;
Y al ver su propia tumba, ella pensaba
Que extinguiendo su cuerpo, extinguiria
La causa del amor que le abrasaba.

Sobre la tierra su furor pasean
En sorda tempestad los elementos,
Y desde el Norte al Sur chisporrotean,
Como un árbol de pólvora, los vientos.

Mira al mundo, que á trechos parecia,
En partes encendido, en partes ciego,
Porque sobre él á la sazon caia
Una tromba infinita de agua y fuego.

Ve una chispa á sus piés que nace y crece;
Suena un trueno, la envuelve una centella,
Se mete entre su luz, y resplandece
El rayo, como nunca, al entrar ella.

Y Soledad, en rayo transformada,
De sus restos mortales en acecho,
A la tierra bajó, como sentada
En un trono de sol, pedazos hecho.

Y al caer, su sepulcro calcinando,
Ni en él dejó de sus cenizas huella,
Y luégo hácia el cipres su vuelo alzando,
Ángel subió la que bajó centella.

Por más que Honorio á Soledad veia,
No estaba aún de la verdad seguro,
Porque aquella mirada parecia,
Más bien que de mujer, de un ángel puro.

La frente, aquella frente recordaba
De Soledad; mas sus pupilas bellas,
Húmedas otro tiempo, hoy las hallaba
Sosegadas, y enjutas como estrellas.

Aunque era Soledad, no parecia
La misma Soledad que él tanto llora:
Él amó más que á un ángel todavía,
Pues amó á una mujer encantadora.

Al estrago fatal de la centella,
Honorio, eternamente altivo y tierno,
Extintas viendo las cenizas de ella,
Dió un grito que era un eco del infierno.

Y al bárbaro fragor perdió, aturdido,
De su razon la varonil firmeza,
Cual si le hubiese horrísono partido,
El retumbar de un trueno, la cabeza.

Sus ojos como llamas relucian
De la noche á los lúgubres destellos;
Y crespos por la ira, parecian
Manojos de serpientes, sus cabellos.

Miéntras, causando universal espanto,
Le envuelve de volcanes una nube,
El corazon de Honorio es, entre tanto,
Llama voraz, que del infierno sube.

Y como Honorio, en su furor, vertia
De injurias y denuestos un torrente,
Estaba Soledad como estaria
La tórtola mirando á una serpiente.

Y tanto mal á Soledad desea,
Forjando de venganza atroces planes,
Que Dios, por castigarle, le rodea
De una explosion completa de volcanes.

Y arde el cipres, y con mortal desmayo
Ella lo mira, miéntras que él, paciente,
Un rayo ve caer tras otro rayo,
Con la altivez de un rey, sobre su frente.

Como estatua de mármol derribada,
De hinojos, Soledad llora sus duelos,
Llamando sobre Honorio, resignada,
Las bendiciones todas de los cielos.

Y al salir de las llamas abrasado,
Ella le mira consternada y tierna,
Y él la dice, de cólera cegado:
—«¡Que caiga en tí la maldicion eterna!»—

Y escapa Honorio, entre espantado y fiero,
Del seno de las llamas desprendido,
Como hombre que ha ofendido al mundo entero,
Y que aborrece al mundo que ha ofendido.

ESCENA DUODÉCIMA.

LA LLUVIA DE ESPERANZAS.

LUGAR DE LA ESCENA : *Delante del Sol.*

PERSONAJES.

JESUS EL MAGO. — HONORIO.

ARGUMENTO.

Honorio pide consejo á Jesus el Mago, el cual le dice que obre con arreglo á su conciencia. Jesus el Mago sube al trono del sol, desde donde vierte, al amanecer, una lluvia de esperanzas. Descripcion del amanecer. Invocacion á Jesus el Mago, como dispensador de las esperanzas.

Viendo siempre la extumba de soslayo,
Prosigue Honorio su aturdido vuelo,
Y encima ya de la region del rayo,
Se encuentra cara á cara con el cielo.

Y avanza inquieto, y cuanto más avanza,
La causa mira más de sus pesares,
Como el pobre proscrito cuando lanza
La postrera mirada á sus hogares.

Y viendo Honorio que Jesus atento
Le contemplaba triste y apacible,
—«¿Qué haré?»,—le dijo con amargo acento,
«¿Hoy, que el bien para mí ya es imposible?»—

—«Ten fe»—, dijo Jesus;—«en Dios confia,
Y no será tu desventura tanta,
Pues al bien puede unirte todavía
Alguna mano cariñosa y santa.

»Tu gusto, áun transmigrando, será el mio;
Sea el juez de tí mismo tu conciencia:
Obre primero, Honorio, tu albedrío;
Que despues ya obrará la Providencia.»—

Dice Jesus, y por los aires sube,
Cual blanco grupo de vapor fulgente,
Como yendo á esperar de nube en nube
Al sol, que se elevaba lentamente.

Y vió Honorio despues que, al sol llegando,
Iba del alba entre la luz primera,
Semillas de esperanzas arrojando
En su marcha triunfante por la esfera.

Y es que Jesus las esperanzas vierte
Ante el trono del sol, de Cristo en nombre,
Desde el gran dia en que rompió su muerte
La servidumbre universal del hombre.

Por eso ya á granel, ya de una en una,
Vierte, hechas luz, en nombre del Ungido,
Esperanzas de gloria y de fortuna,
De fe, de amor, de libertad y olvido.

Era la hora en que del alba el velo
De una noche de horror borra las huellas,
Y ya el sol, ascendiendo por el cielo,
Recogia á su paso las estrellas.

Honorio, en esperar siempre remiso,
De su vida de amor desesperado,
Se oculta en el crepúsculo indeciso,
Entre el sol y la sombra colocado.

Y conforme la lumbre los colora,
Despojándose van los horizontes
De esos velos de gasa que á la aurora
Se arrollan á las faldas de los montes.

Alegre el mirlo, al alba saludando,
Ya á la cima del árbol se encarama,
Y tras de una cancion otra entonando,
Canta y salta á la vez de rama en rama.

Del lecho de sus únicos amores
Las zagalas en paz se alzan tranquilas,
Pues la luz anunciando á los pastores,
Mueven las vacas su collar de esquilas.

Y empieza el humo á circular ligero
Desde el hogar de la feliz cabaña,
Y ya una vez el canto del jilguero
El eco repitió de la montaña.

Y en tanto que Jesus cruza la esfera
Entre la sombra y el confin del dia,
Se oculta Honorio, sin mirar siquiera
La lluvia de esperanzas que caia.

Y murmuró por fin: —«Se acabó todo;
Perdiendo á Soledad, todo lo pierdo:
Pensaré siempre en ella, y de este modo
Viviré, aunque infeliz, con su recuerdo.»—

Y por última vez mira á la tierra,
Y el negro rumbo de la noche toma,
Y por no ver ni áun esperanzas, cierra
Sus ojos de leon y de paloma.

Y entre tanto Jesus vierte, cernidas,
Semillas de esperanza y de contento
Por entre nubes, que, del alba heridas,
Cual copos de algodon esparce el viento.

¡Feliz mil veces tú, Jesus bendito,
Que el santo honor por Jesucristo alcanzas
De cruzar ante el sol el infinito,
Derramando semillas de esperanzas!

Sembrando el aire, cual tu Dios fecundo,
De ensueños, esperanzas y consuelos,
Urbem et orbem, la ciudad y el mundo,
Bendices desde lo alto de los cielos.

Tú de la aurora la naciente risa,
Trayendo dicha, á nuestra puerta llamas
Con voz como el susurro de la brisa
Cuando besa las puntas de las ramas.

De nacion en nacion, de gente en gente,
Derrama tu piedad tanto consuelo,
Que al que se cree maldito eternamente
Echas sobre él la bendicion del cielo.

Tú das valor al que á vivir empieza;
Fé á los que sufren, ilusion al que ama;
Al pobre la esperanza de riqueza;
Al débil, de poder; al vil, de fama.

Yo tambien, porque alivies mis desvelos,
De Cristo en nombre, mi oracion te envio;
Acuérdate, al sembrar tantos consuelos,
De este rincon del mundo, Jesus mio.

Por tí al que pierde su esperanza, y llora,
Y reza al comenzar de la velada,
La perdida esperanza, con la aurora,
Se encuentra, al despertar, sobre la almohada.

¡Yo no aguardo esperanzas ni alegrías;
Mas por la sangre pura del Ungido,
Manda á esa bendicion que tú me envias
Que me traiga la dicha del olvido!

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

EL DRAMA UNIVERSAL.

JORNADA TERCERA.

ESCENA DÉCIMATERCERA.

LA TRANSMIGRACION Á UN ÁGUILA.

LUGAR DE LA ESCENA : *En las nubes.*

PERSONAJES.

HONORIO. — UN ÁGUILA.

ARGUMENTO.

Cansado Honorio de la dicha del reposo, subiendo más en la escala de los seres, transmigra á un águila.

El verdadero amor nunca sosiega,
Y así el bien como el mal á todo alcanza;
Como el castigo á toda falta llega,
Le llega á cada pena su esperanza.

Honorio, en aquel cáos sepultado,
Principio de la noche y fin del dia,
En vano, en sus memorias abismado,
Cara á cara al fastidio desafia.

Sobrexcitando su inmortal quimera,
Su eterna aspiracion á ser dichoso,
En transmigrar pensó por vez tercera,
Cansado de la dicha del reposo.

Buscando un sér para su nueva historia,
Puso Honorio, por fin, sus asechanzas
Sobre un águila, símbolo de gloria
De los pueblos que viven de matanzas.

Y aguarda un dia y otro á que altanera
El águila caudal cruce á su lado,
Como el que vuelto hácia la mar espera
El regreso del barco deseado.

De transmigrar de nuevo ya anhelante,
La ve como el que afila su mirada,
Cuando, atrevida, el cielo cruza errante
Con sus aires de reina destronada.

Viendo una vez su brillo de topacio,
Cual desciende el halcon sobre su presa,
Honorio, tras del águila, el espacio,
Como descarga eléctrica, atraviesa.

Sigue al pájaro el alma diligente,
Y al verse, gime Honorio y grita el ave,
Ella con voz aguda y estridente,
Y él con la voz ya lúgubre, ya grave.

Al águila en sus giros caprichosos
Persigue Honorio, y persiguiendo aterra
Al ave á quien los pueblos belicosos
Escogen por enseña de la guerra.

El fantasma y el águila luchando,
Se persiguen, se acosan y se acechan,
Y haciendo inmensos círculos, volando,
Poco á poco sus órbitas estrechan.

El ruido extraño que luchando hacian,
Lúgubre Honorio, el águila estridente,
Confundidos, un grito producian
Parecido á la risa de un demente.

Con el fantasma el pájaro revuelto,
Si avanza el uno, el otro se retira,
Y ve éste al fin que, por el alma envuelto,
Hecha nube, la aspira y la respira.

Hasta el pulmon el pájaro acosado
Por un vapor que respirar no quiere,
Con el pico torcido y acerado,
Al fantasma picando, el viento hiere.

Sintiendo el doble afan que sentiria
El que aspirase un alma en un aliento,
Vió el ave que por grados adquiria
Vida, instinto, pasion, casi talento.

Y Honorio, al transmigrar, ve con encanto
Más aire y luz, más infinito el cielo,
Miéntras se siente el águila, entre tanto,
Superior á sí misma por el vuelo.

Rey uno de otro, y á la vez vasallo,
Juntos los dos en transfusion suave,
Cual se encarna el centauro en el caballo,
De Honorio el alma se encarnó en el ave.

Y de un alma ya el águila animada,
Lanza de gozo y de victoria un grito,
Atravesando audaz con la mirada,
Y casi en un momento, lo infinito.

Como pájaro humano, á todo excede
En pensar y en volar, pues nadie sabe
Lo que puede pensar, y volar puede,
Un espíritu de hombre en cuerpo de ave.

Dueño ya Honorio del leon alado,
Despues de tanto esfuerzo y pena tanta,
Con cierta especie de chirrido hablado,
Del amor imposible el himno canta.

ESCENA DÉCIMACUARTA.

LO QUE CANTAN LAS AVES.

LUGAR DE LA ESCENA : *En todas partes.*

PERSONAJE.

Honorio, convertido en águila.

ARGUMENTO.

Canta una golondrina, como Honorio, el himno del amor imposible. — Honorio, convertido en águila, vierte flores sobre el lugar donde estuvo la tumba de Soledad. — Descripcion del crepúsculo de la tarde. —Cesa con la venida de la noche el canto de las aves.

Ya entre enjambres de espíritus camina,
Hecho un águila, Honorio, y entre tanto
Una gárrula y mansa golondrina
Me aturde con la jerga de su canto.

Si este pájaro hablase, ¿qué diria?
Nos diria que al alba se levanta,
Y que, gimiendo hasta acabarse el dia,
Del amor imposible el himno canta.

Diria que es un alma que, á otra amando,
Ni dió en la vida paz, ni halló contento,
Y que, áun febril, volando y más volando,
Descansa en el eterno movimiento.

Diria que, por culpas que ella sabe,
La hizo Dios un espíritu sin nombre,
Y que en su idioma rítmico, aunque es ave,
Charla, grita y dialoga como el hombre.

Diria, en fin, que su desdicha es tanta,
Que, despues de morir, vive gimiendo;
Que tambien, como Honorio, el himno canta
Del amor imposible, así diciendo :

—«¡Bendita sea el alma que no sabe
Sobrevivir á una ilusion perdida,
Y luégo muerta, y transmigrada en ave,
Canta el amor de su primera vida!

»¡Bien haya la pasion del sér bendito
Que sueña que algun dia, sin cuidados,
Allá entre el esplendor de lo infinito
Sus votos colmará nunca saciados!

»¡Bendita el alma, á la que, siempre pura,
La tentacion de lo ideal acosa;
Que embebida en sus sueños de ventura,
Nada encuentra feliz, y así es dichosa!

»¡Bien haya el que, en su dicha desdichado,
Quiere á su ingrato amor porque le quiere,
Y que acaba la vida resignado,
Bendiciendo al ingrato por quien muere!

»¡Dichoso el que por sueños de mañana
No halla hoy placeres ni ventura cierta,
Pues sólo hay dicha para el alma humana
Miéntras soñando está que está despierta!»—

El imposible amor así cantando,
Golondrina locuaz, caerás rendida,
Como en su cuerno de marfil Rolando
Gastó su fuerza hasta acabar la vida.

No importa: canta así, pues tus amores
Escucho con tal fe, que no me extraña
Que sólo por las aves y las flores
Tenga el palacio envidia á la cabaña.

A tus abuelos, como á tí, volando,
Vi en torno de mi cuna siendo niño:
¡Cuánto recuerdas á mi amor, charlando,
De mi madre los brazos y el cariño!

¿Serás la misma tú que á mi ventana
Escuché tantas veces extasiado,
Cuando al compas de tu cancion, mi hermana
Se columpiaba á un lado y á otro lado?

Tu fuente inagotable de ternura
Derrama en torno mio, ¡oh golondrina!
Canta más, melodiosa criatura,
Azul reflejo de la luz divina.

Cuando vea en otoño tristemente
Que tu nidada hácia el Egipto pasa,
Te diré que no olvides en Oriente
El nido del alero de mi casa.

Di á tus hijos que vengan algun dia
A proseguir tu interrumpido canto
A este albergue, en que reina la alegría
Del contínuo festin del libro santo.

Y diles que tu pena aquí en mi pecho,
Como en el tuyo, siempre halló morada;
Que jamas desoida fué en mi techo
Tu redicha cancion, nunca imitada.

Porque causa tu voz tan tierno encanto,
Que escucha Honorio tu cancion divina,
Miéntras, rendido con mortal quebranto,
Entre enjambres de espíritus camina.

Paseando con olímpico denuedo
Su amor eterno y su inmortal constancia,
Vuela y vuela, cual pájaro, sin miedo,
El tiempo suprimiendo y la distancia.

Él, que, obcecado por la vez tercera,
De piedra en árbol transmigrando, lucha,
Ya águila al fin, del ritmo de la esfera
El eco, cual Pitágoras, escucha.

De Soledad, volando, presentia
En dónde el sitio de la tumba estaba,
Y sin duda el lugar reconocia
Por el santo perfume que exhalaba.

Y círculos y círculos describe,
Y circulando así, jamas se ausenta
De un cierto punto azul, donde se vive
En paz miéntras que ruge la tormenta.

Como alma que su hermana anda buscando,
Va una vez y otra vez, cual de pasada,
Sobre la ex-tumba una mirada echando,
Jamas por el dolor escarmentada.

Y excepto de su voz algun gemido,
Pensando ver el alma que no olvida,
Son sus ojos el único sentido
En que voraz reconcentró su vida.

A veces, al mirar, tras corta ausencia,
De Soledad la ex-tumba, un ¡ay! exhala,
Y derrama jazmines de Valencia
Y rosas de los huertos de Bengala.

Y en tanto que entre espíritus camina
Honorio, y sin llorar, se ahoga en llanto,
La gárrula y flotante golondrina,
Para llorar tambien, cesó en su canto.

Y es que llega la noche, y no gorjean
Las aves su cancion en torno mio,
Porque ya las estrellas centellean
Del alto cielo en el azul sombrío.

Por la luz del crepúsculo asaltados,
Ya bajando los pájaros el vuelo,
Descienden á los bosques y á los prados,
Como flores caidas desde el cielo.

La noche avanza, y á esparcir empieza
Los coros de las pobres avecillas,
Como al traer otoño su tristeza,
Sus brumas y sus hojas amarillas.

Ya al aura de la tarde, que fluyendo
Se perfuma por bosques de rosales,
Los árboles se inclinan, como oyendo
Misteriosos conciertos celestiales.

Y al tiempo en que se ocultan los pardillos,
Monótonos los buhos se levantan,
Y ya comienzan á entonar los grillos
Unas canciones de adormir que encantan.

Y al fin un himno á resonar empieza,
Misterioso, confuso, palpitante,
Que sin duda alza á Dios naturaleza,
Perpétua madre y eternal amante.

Himno de amor, que cantan los ambientes
Y las ondas del aire y las del rio,
Los árboles, las aves y las fuentes,
En las noches serenas del estío.

Queda Honorio en las nubes, y entre tanto
Un solo ruiseñor, muerto de pena,
Velando como yo, con triste canto
El gran silencio de la noche llena.

Ven, noche, ven, y hácia la pena mia,
De olvido y sueño enriquecida, avanza;
Ven, miéntras suenan, al rayar el dia,
Los himnos de la alondra á la esperanza.

ESCENA DÉCIMAQUINTA.

LA VERDAD DE LO QUE SE DICE.

LUGAR DE LA ESCENA: *Encima y no léjos del mundo.*

PERSONAJES.

HONORIO.—LA CAVA.—EL CONDE DON JULIAN.

ARGUMENTO.

Vagando Honorio, llega á una region de la atmósfera donde se oye la verdad de todo lo que se dice.—Oye despues que Florinda hace á su padre el Conde D. Julian la confesion de cómo fué engañada por el Rey D. Rodrigo.—Luégo Honorio escucha las maldiciones que en algun tiempo lanzó sobre su raptor su hermano Palaciano, secuestrado entónces y preso por él. Horrorizado Honorio al oir las quejas de su hermano, huye de la esfera en donde se oye la verdad de todo lo que se dice.

Vagando Honorio por el aire un dia,
Halla una esfera, de sonidos llena,
Que un eco de este mundo parecia,
Pues cuanto se habla en él, allí resuena.

Se sabe del lugar de donde vienen
Y adonde van, cuando se van, los ruidos,
Y en aquella region siempre se tienen
Cargados de rumores los oidos.

Por hechos mil, á la razon extraños,
Suena allí todo ruido en un momento,
Y si unos tardan dias, y otros años,
Alguno tarda un siglo, y otros ciento.

Oia tanto Honorio, que hasta oia
El recuerdo del són que muerto estaba,
Y hasta el silencio mismo parecia
Que, cuanto era mayor, más se escuchaba.

Se oye el más leve murmurar del viento,
Lo que el que duerme en sus ensueños dice,
El ¡ay! del triste, el grito del contento,
El ódio que entre dientes nos maldice;

La tierna voz del que á vivir empieza,
El eco del que rie y del que llora,
La madre fiel que por el hijo reza,
Y el jóven que requiere á la que adora;

El vil que se desliza cual serpiente,
El héroe que galopa á toda brida,
La campana que anuncia, indiferente
Tocando, nuestra muerte y nuestra vida;

El que duerme tranquilo en las cabañas,
Los que casi en silencio hablan de amores,
Y esas cosas monótonas y extrañas
Que el céfiro, al pasar, cuenta á las flores.

Honorio á oir con ansiedad se puso
Una voz de mujer, que gime hablando,
Y se empeña en saber, todo confuso,
Si aquello es cierto, ó si estará soñando.

Y entre un gemido oyó, y otro gemido,
Que así la Cava sus amores cuenta;
Y Honorio, que la escucha enternecido,
Para oirla mejor, casi no alienta.

LA CONFESION DE FLORINDA.

Del Tajo en la ribera, así la Cava
Triste le hablaba, á Don Julian sombrío,
Ocultos en un soto que formaba,
Entre dos orlas de álamos, el rio.

Florinda, echada de su padre al cuello,
Así su pena á referir comienza:
—«¡Cómo empezar, Señor! ¡Cómo hablar de ello!
¿Quién me esconde de mí? ¡Tengo vergüenza!

»Aunque perdon por mi desdicha imploro,
Por vuestra vida os juro, que es la mia,
Que, en mi infantil candor, del mal que lloro
El cómo fué no sé; yo no queria.

»Ántes de hacer, más que galan, cobarde,
A mi inocencia y á su honor agravios,
Siempre al decirme el Rey *El cielo os guarde*,
Me cerraba los ojos con sus labios.

»Yo, ajena del amor que le inspiraba,
Dejándome querer, pensé, inocente,
Que Rodrigo en los ojos me besaba
Como besan los padres en la frente.

»Una noche ¡ay de mí! sentí durmiendo
El beso de los ojos en la boca.....» —
Calló un instante, y prosiguió diciendo :
—«¡De pensar lo demas, me vuelvo loca!» —

Tras nueva pausa continuó, llorando:
—«¡Cuánta afrenta y dolor, Vírgen María,
Hallé en mi corazon, la luz mirando,
Que brilló como siempre al otro dia!

»Luégo, ni amante, ni siquiera amigo,
Si al verme, *El cielo os guarde* murmuraba,
No volvió á darme el infeliz Rodrigo
Aquel beso en los ojos que me daba.

»Tanto á los dos nuestro recuerdo humilla,
Que, él pensando en su honor, yo en mi pureza,
Con cierta palidez, casi amarilla,
Bajamos al mirarnos, la cabeza.»—

Y ahogada en llanto, y sin mirar al padre,
Una vez y otra vez le repetia :
—«Mas por la sombra, os juro, de mi madre
Que el cómo fué no sé; yo no queria!»—

Con lágrimas de amor y de despecho
Ve el llanto de Florinda el pobre Conde,
Y con noble pudor, contra su pecho,
Como ocultando el de ella, el suyo esconde.

Y haciendo al cielo, al que miró con saña,
Testigo del furor de sus querellas,
Un ¡ay! lanzó, que consternando á España,
Por encima rugió de las estrellas.

Las quejas que algun dia alzó su hermano,
Oye Honorio despues, todo aturdido,
Y es para él la voz de Palaciano,
Más que audicion, remordimiento oido.

De la verdad en la celeste esfera,
Oyendo aquella voz que resonaba,
Sin pestañear, la oia de manera,
Que casi con los ojos la escuchaba.

Miéntras que Honorio de su hermano oia
Maldiciones y gritos de venganza,
De aquellos ojos de águila vertia
Destellos de un dolor sin esperanza.

Maldice Palaciano, secuestrado,
Al que fué su raptor, desde un abismo;
Y Honorio oye su voz desencajado,
Cual si fuese el fantasma de sí mismo.

Y triste, y ciego, y de furor beodo,
Sube, y baja, y suspira, y de repente,
De aquella esfera en que se oia todo,
Desconcertado, huyó como un demente.

Y vuela con histérica agonía,
Y suelta Honorio, al emprender su vuelo,
La risa que el demonio inventó el dia
En que lanzado fué del alto cielo.

ESCENA DÉCIMASEXTA.

LA VERDAD DE LO QUE SE HACE.

LUGAR DE LA ESCENA: *El mundo á vista de pájaro.*

PERSONAJES.

HONORIO. — CÉSAR. — PALACIANO. — UN BUHO.

ARGUMENTO.

Como no hay nada grande ni nada pequeño, al huir Honorio de la esfera en la cual se oye todo cuanto se dice, llega á otra region donde se ve todo cuanto se hace. — Ve á César á la orilla del Rubicon, límite de su gobierno, que las leyes le prohibian traspasar, consultando el augurio del vuelo de las aves. — Oye cantar á un buho, le arroja una piedra para ver hácia dónde vuela, y espantado el buho, pasa el rio y se dirige hácia Roma. — César, suponiendo que el vuelo del pájaro es la voluntad de los Dioses, pasa el Rubicon. — Ve despues Honorio el acto en que gentes enviadas por él aprisionan y secuestran á Palaciano. — Avergonzado de su accion, huye Honorio, alejándose de la region en la cual se ve todo cuanto se hace.

De vuelo en vuelo, al fin, de pausa en pausa,
Se queda Honorio á contemplar atento
Ese espejismo mágico que causa
La desigual rarefaccion del viento;

Y un alta esfera de la luz querida
Ve Honorio, donde, en óptico escenario,
Contempla cada drama de la vida,
Cual si fuese algun drama imaginario.

Cuando, al final de su veloz carrera,
De la audicion la atmósfera traspasa,
Ascendiendo, ascendiendo, halla la esfera
Donde se ve cuanto en el mundo pasa.

Mira Honorio las ánsias y el desvelo,
La fe sangrienta, la inquietud horrible
Del hombre de ambicion, en quien el cielo
Grabó la tentacion de lo imposible.

Trasluce las visiones transparentes
Que áun guarda en el no ser lo no venido,
Y mira los espectros refulgentes
De los imperios que en la tierra han sido.

Se miran con horror santificados
El deshonor, el vicio y la ignorancia,
Cuando se ven los hombres despojados
Del prestigio del tiempo y la distancia.

Ve Honorio con tristeza que aminoran
Las glorias del mortal, ruines misterios,
Que Dios, aunque los césares lo ignoran,
Destruye por nonadas los imperios.

Y mira, en prueba de ello, una mañana,
Que á César hácia Roma un ave guia,
Pese al orgullo de la historia humana,
Engañosa ó engañada hasta aquel dia.

Mira al héroe mayor, que, batallando
Con no usado valor é inútil brío,
El mundo se le escapa, conquistando,
A fuerza de batallas, el vacío.

Y meditar le mira el gran perjurio,
Que áun duda cometer su alma traidora,
Hasta que así, de un buho ante el augurio,
Conquista la nacion conquistadora.

EL BUHO DE CÉSAR.

Junto á un rio, una noche, piensa un hombre
Delgado, calvo, pálido y pequeño,
Que es cosa vil para su ilustre nombre
Ser siempre vencedor y nunca dueño.

Vacilante en la sombra, al fin se inflama,
Ya del alba á los pálidos destellos,
Y—«El mundo y Roma, ó yo»,—resuelto exclama.
«Si no paso, ¡ay de mí!; si paso, ¡ay de ellos!»—

Y el tardo vuelo á consultar se humilla,
Como augurio feliz de cosa santa,
De un buho que en un árbol de la orilla
Con monótono són pausado canta.

Aquel César audaz, tan orgulloso,
Que el orbe entero avasallar queria,
Como romano, al fin, supersticioso,
Del buho en la presciencia encuentra un guía.

—«Si va hácia Roma, dice, paso el rio»;—
Y añade, abandonándose al acaso:
—«El rumbo de su vuelo será el mio.
Si pasa, paso; y si no pasa, ¿paso?.....»—

Se acerca al árbol silencioso y grave;
Cauto, una piedra de entre el césped toma;
Se alza, la tira, y espantada el ave,
Pasando el Rubicon, voló hácia Roma.

Siguió César detras, y luégo á duo,
A la primera luz de la alborada,
En tanto que pausado canta el buho,
—«¡Ya está, César gritó, la suerte echada!»—

Del Rubicon sobre la opuesta loma
César gritando:—«¡A Roma!»—al mundo espanta;
Y contestando la legion, —«¡A Roma!»—
Con monótono són el buho canta.

—«Y nos mintió despues que oyó trompetas»—
Murmura Honorio, —«y cantos de victoria,
Y sueños, y visiones, y cometas,
La necia intemperancia de la historia.

»Y es que al besarle cual señor, más tarde,
Servil el pié, se avergonzó la tierra
De que á un pájaro fe diese cobarde
Este genio del vicio y de la guerra.

»¡Suerte fatal, que con augurios ande
La vida de los Césares mezclada!
Cuando un buho es un buho, es César grande;
Cuando un buho es su dios, César no es nada.»—

Honorio, despues de esto, el tiempo andando,
A César contempló del mundo dueño,
Y el Rubicon y el buho recordando,
—«Nada hay grande, exclamó, nada hay pequeño.»

Y ve despues que á Palaciano, un dia,
Gente enviada por él aprisionaba,
Y dudando de aquello que veia,
Queria persuadirse que soñaba.

Con la mágia cruel del espejismo,
De su antiguo baldon la infamia crece,
Y viendo la deshonra de sí mismo,
De vergüenza su pecho desfallece.

Y la extension cruzando del vacío,
Se aleja hasta de sí con loca prisa,
Sintiendo de la fiebre el calofrio,
Que acaba siempre en convulsion de risa.

Y llevando de nuevo hácia otra esfera
La triste historia de su amor eterno,
Huia con terror, como si huyera
Rozando con los bordes del infierno.

ESCENA DÉCIMASÉPTIMA.

LA VERDAD DE LO QUE SE PIENSA.

LUGAR DE LA ESCENA : *Debajo y cerca del cielo.*

PERSONAJES.

HONORIO. — EL DANTE. — PALACIANO.

ARGUMENTO.

Subiendo Honorio de la region donde se ve todo lo que se hace, se encuentra en otra region donde se penetra todo lo que se piensa. — Allí, entre otras cosas, ve el siguiente último sueño del Dante :

El Dante, poco ántes de morir, sueña que vive Beatriz, y que sus enemigos, los Güelfos, le encierran en la torre del hambre de Ugolino, para que desde ella vea cómo ejecutan á Beatriz, haciéndola morir en un cadalso. — Al ver el tormento y muerte de Beatriz, el Dante sigue soñando que se estrella la frente contra el suelo, y del dolor que le causa la caida, muere despertando en el otro mundo. Encuentra, al entrar en el cielo, á Beatriz.

Despues Honorio sorprende el pensamiento de Palaciano, fijo en el semblante de Soledad, y desde la region del lugar donde se penetra todo lo que se piensa, vuelve á bajar á la esfera donde se ve todo lo que

se hace.—En esta region ve la imágen de Soledad en un altar, y clavada en ella la mirada de Palaciano; y por no verlo, baja Honorio á la esfera donde se oye todo lo que se dice.—En esta última region oye la oracion que Palaciano eleva á Dios rogando por Soledad, y Honorio vuela hácia donde suena la voz de su hermano.

Y vuela Honorio más, y á cada paso
Sus ojos con valor rápidos miden
Las etéreas regiones, donde acaso
Las suertes de las almas se deciden.

Y llega, de dolor calenturiento,
A otra region más alta y ménos densa,
Donde abarcando el mundo el pensamiento,
Penetra desde allí cuanto se piensa.

Y tanta alma conoce disfrazada,
Que el globo desde allí le parecia
Una mina de crímenes cargada
Que á un rayo de verdad reventaria.

Viendo Honorio á la luz de la evidencia
La secreta intencion de las acciones,
Que es en el mundo, advierte, la existencia
Un ojeo de tigres y leones.

Si Dios las cosas separase un dia,
De las que falsas son, las verdaderas,
El hombre hácia los bosques correria
A disputar sus antros á las fieras.

Mira Honorio que, en lucha desastrosa,
No va el hombre á su hermano destrozando,
Porque en pos la mentira va, piadosa,
Las garras de los tigres afelpando.

Y un dia Honorio con dolor repara
El gran remordimiento y la agonía
Que revelan los pliegues de la cara
Del padre de la ardiente poesía.

EL ÚLTIMO SUEÑO DEL DANTE.

En su lecho, al morir, Dante reposa,
Y en vez de descansar, sueña el poeta :
Una vision terrible y espantosa
Con bárbaro furor su sueño inquieta.

Viva y hermosa á Beatriz soñaba,
Y que, puesto en prision por Gibelino,
Para verla, á la reja se asomaba
De la *Torre del Hambre* de Ugolino.

¡Atroz remordimiento! Sueña el Dante
Que en la Torre del Hambre se le encierra
Para hacerle sufrir la más punzante
De todas las angustias de la tierra.

Entre unos Güelfos, de furor beodos,
Mira á Beatriz llorando tristemente,
Y sufre en uno los tormentos todos
Que hizo él sufrir en la *ciudad doliente*.

Y cuando esto soñaba, iba cayendo
Un llanto de sus párpados, que ardia,
Mirando á un pregonero que, leyendo
La sentencia fatal, así decia :

—«Aunque es tan sólo el gibelino Dante
Un loco que escribió lo que soñaba,
Hoy vengarán los Güelfos en su amante
Cuanto hizo padecer á los que odiaba.

»Cual vampiro, las tumbas escarbando,
Fué exhumando cadáveres, y luégo
Las frentes de los Güelfos señalando
Con luz de infamia y rótulos de fuego.

»Que sufra el Dante en el dolor de aquella
Que sus cantos de furia le inspiraba:
Muera en su nombre ahorcada la doncella
Que, áun niña y sin amor, ya le adoraba.

»Él al infierno condenó inclemente
Cualquiera papa ó rey, siendo enemigo;
Quien hizo padecer injustamente,
Que sufra justamente igual castigo.

»Vea el Dante espirar, desesperado,
El solo aliento de su vida entera;
Y siendo en Beatriz ajusticiado,
Ya que á hierro mató, que á hierro muera.»—

Viendo el Dante el patíbulo afrentoso,
De la tarde á los últimos reflejos,
—«¡Malditos Güelfos!»,—murmuró furioso,
Pensando en alta voz como los viejos.

Y al ruido de los Güelfos, que aplaudian,
De su sueño juguete desdichado,
Vió que al cadalso á Beatriz subian,
Sudando el Dante, y á la vez helado.

Armados ya con el dogal, rompieron
Las gasas de aquel cuello, á cuyo broche
Sólo á tocar ocultas se atrevieron
Las alas de las brisas de la noche.

Y al cuello de Beatriz á echar se atreve
Un sayon el dogal con insolencia,
Sin el santo respeto que se debe,
Más bien que á la virtud, á la inocencia.

Dante su cárcel con furor recorre,
Y—«¡Oh Ugolino! ¡Ugolino!», repetia;
«Fué un idilio de paz, en esta torre,
Tu muerte, comparada con la mia.»—

Mirándola otra vez, sacude airado
Los hierros de la reja en que se asoma,
Viendo ya negro el círculo azulado
Que rodeaba sus ojos de paloma.

La turba de los Güelfos aplaudia,
Viendo al Dante rugir como una fiera;
Y en tanto el pregonero repetia:
—«El que á hierro mató, que á hierro muera.»—

De venganza tan vil, á Dios clamaba,
La maldicion mezclando con el ruego,
El hierro de la reja en que miraba
Escaldando con lágrimas de fuego.

Y un no sé qué mirando de hito en hito,
—«¡Dame ahora,» gritaba, «patria mia,
Más llanto que verter, ya que proscrito
Te he dado cuantas lágrimas tenía!»—

Beatriz rompiendo de la vida el yugo,
La vista alzaba de la misma suerte
Que quien pide perdon para el verdugo
En la hora prostrera de la muerte.

Y despues que ella espira, él ve espantado,
Yendo y viniendo en tenebrosos giros,
De espectros el patíbulo erizado,
De perros vagabundos y vampiros.

Y al verlos repartirse en són de guerra,
De Beatriz los miembros destrozados,
Cayó rendido quien infierno y tierra,
De venganza y terror dejó agotados.

Vuelto ya en sí, su sangre cual torrente
Por sus arterias rápida corria,
Y contra el suelo se estrelló la frente
Cuando vió, sin morir, que ella moria.

Y soportar el Dante no pudiendo
El golpe atroz de su mortal caida,
A un tiempo despertándose y muriendo,
Despertó, despertando en la otra vida.

Y ya en la vida eterna, al fin vió Dante
Que su alma soñó lo que temia,
Y encontró á Beatriz, cuyo semblante
Hacer palidecer al sol podria.

Por caminos de luz va de la que ama
El Dante en pos, con el anhelo mismo
Con que asimos en sueños una rama,
Creyéndonos lanzados á un abismo.

Y—«¡He sufrido, al morir, la dijo, tanto!.....»
Y contestó Beatriz, de gracia llena:
—«Ya vi que á punto de morir de espanto,
Al fin tu sueño te mató de pena.

»Tú, al castigarte en sueños, iracundo,
El ódio que has sembrado recogias.
Para aquel que obra mal en ese mundo
No hay bellas noches ni serenos dias.

»Hoy conmigo vendrás al paraíso,
Pues sentiste al morir remordimientos:
Así purificar el cielo quiso
Tu alma de culpables pensamientos.»—

Dijo al Dante Beatriz, y lo guiaba
Por la region de las celestes brisas,
Y el horror de su sueño disipaba
Vertiendo en derredor santas sonrisas.

La mística ciudad, por fin, tocando,
Con la actitud de un Dios sin resplandores
Entró en el cielo el que vivió soñando
En la eterna *ciudad de los dolores*.

Desde aquel sitio Honorio, en su presciencia
Los hombres y las cosas penetraba,
É intranquila al mirar tanta conciencia,
—«¡Cuánto sueño del Dante!.....», murmuraba,

Y descorrido al ver el denso velo
Que cubre el corazon, pensó aquel dia
Que es la mentira vil un don del cielo,
Y una inicua virtud la hipocresía.

Mas luégo, desdichado y siempre amante,
Tornando, al fin, á su inmortal tormento,
De Soledad clavado en el semblante,
Penetra de su hermano el pensamiento.

Y á desandar volviendo su carrera,
Con sentimiento aquí, y allí con ira,
De la vision bajando hácia la esfera,
Ve de color de sangre cuanto mira.

Y en un altar la imágen adorada
De Soledad columbra, y que profano
Tiene en su rostro fija la mirada
De sus ojos amantes, Palaciano.

Y huye más, y huye más, y cuando el vuelo
Hácia el lugar de la audicion tendia,
Oye Honorio que mística hácia el cielo,
De Palaciano una oracion subia.

Nombrando á Soledad, oye que de ella
La eterna salvacion, enamorado,
Le pide á Dios, por el amor de aquella
Que ha sido concebida sin pecado.

En boca de un rival le da aquel dia
La oracion por la que ama, tal martirio,
Que era el furor con que á su hermano oia,
El rencor en el colmo del delirio.

Y vuela oyendo y el lugar buscando
En que la voz de Palaciano suena;
Y parece, más que águila volando,
Un leon que sacude la melena.

Por los celos cegado, el aire hiende
Con fiero amor é insólita arrogancia,
Y hácia la tierra con furor desciende,
Del sitio de la eterna resonancia.

Y ¿adónde vuela Honorio? ¡Adónde piensa
Saciar la inextinguible idolatría
De una pasion feroz, á la que inmensa
La misma eternidad no saciaria!

ESCENA DÉCIMAOCTAVA.

JUSTICIA POPULAR.

LUGAR DE LA ESCENA : *Una catedral.*

PERSONAJES.

Honorio. — Palaciano. — Soledad. —Pueblo.

ARGUMENTO.

Honorio celoso, despues de mirar al centro de la catedral, y ver la imágen de Soledad colocada en un altar, entra por el roseton de la fachada, y empujando el águila de bronce que contenia el fuego sagrado, se repite la misma escena que ocurrió en la catedral de Valencia el 21 de Mayo de 1469, pues al bajar, como entónces se acostumbraba, desde el cimborio, un águila echando fuego, saltó una chispa que hizo arder el altar, fundiéndose la plata que contenia, la cual corrió hasta la reja del presbiterio. — El águila en que se halla

transmigrado Honorio es maltratada, presa y condenada á morir en una hoguera.—Despues de quemada el águila, huye el alma de Honorio, y bajando Soledad, se mete en la hoguera, en expiacion de los pecados de Honorio, y sufre por él los tormentos á que estaba condenado.

Rápido, altivo, enamorado, ardiente,
Sigue Honorio su vuelo infatigable.
Estar loco de amor es tan frecuente
Como es lo natural inevitable.

Furioso, de la cima de los cielos
Bajó, como el que baja un precipicio,
Llevado de la rabia de los celos,
Que roe el corazon y turba el juicio.

De la gran catedral ya frente á frente,
Al bajar de las zonas superiores,
Ve que de luz vomitan un torrente
Las ventanas de vidrios de colores.

La voz de Palaciano en lontananza
Solemne desde el púlpito retumba,
Y Honorio, para oirle, el rostro avanza,
Cual máscara exhumada de una tumba.

Hácia el altar, que brilla esplendoroso
Y es el blanco de ardientes oraciones,
Honorio un no sé qué de misterioso
Ve, ahogado por sus mismas pulsaciones.

Entre la luz inmensa que fulgura,
A los ojos de Honorio se presenta,
Igual á Soledad, una escultura,
Que como el sol sobre el altar se ostenta.

De ella esculpir las púdicas facciones
Palaciano mandó, devoto y tierno,
Y él con ojos lo ve cual los tizones
Que enciende Satanas en el infierno.

Y clavando en la imágen su mirada,
Tanto ó más que celoso, sanguinario,
Por el gran roseton de la fachada
Hasta el fondo voló del santuario.

Dejan á Honorio, al penetrar, á oscuras
De unas luces sin fin los resplandores;
Mas ve en torno despues las mil figuras
De ángeles, cristos, santos y doctores.

Y unas formas que en otras se perdian
Vió, no sé si en quietud ó en movimiento,
Que del suelo á la bóveda subian,
Bajando de la ojiva al pavimento.

Y vió que por las naves se enlazaban,
Corriendo en variedad inagotable,
Dibujos y calados que imitaban
Tejidos de un vapor imponderable.

Todo el genio del arte, en savia ardiente,
Por ramos y molduras se extendia,
Y la masa de piedra, transparente,
Bajo el cincel su pesadez perdia.

Y cual grita al salir, exorcizado,
Del cuerpo, Satanas, de algun maldito,
Oyó el pueblo en la iglesia congregado
Un graznido feroz, casi inaudito.

Cuando Honorio irascible así gritaba,
El vulgo, embelesado y de fe ciego,
Bajando del cimborio contemplaba
Otra águila de bronce echando fuego.

Por Honorio empujada, se desploma
Sobre el altar esta águila humeante,
Y lanzado ya el rayo, Honorio toma
Un aspecto de Júpiter tonante.

Prende el fuego al altar, y de manera
Va de un ángulo á otro ángulo corriendo,
Que al calcinar la llama la madera,
Funde la imágen la madera ardiendo.

Acude el pueblo, y el altar socorre;
Mas pronto, derretido el gran tesoro,
Del presbiterio hasta la reja corre
De un sol fundido una cascada de oro.

El águila, aletazos sacudiendo,
Tanto la imágen deshacer queria,
Que hasta el oro en fusion que iba corriendo,
Quemándose las alas, esparcia.

Cuando ya en humo el águila altanera
Vió convertida del altar la gloria,
El rico timbre de su voz guerrera
La alegría expresó de la victoria.

Entre la rabia y el terror que pasma,
No sabe el pueblo, en su opinion incierto,
Si es aquel monstruo un águila, un fantasma,
O un demonio tal vez que lleva á un muerto.

Le ve, le acosa, y destrozarle quiere,
Y rindiendo á aquel Hércules alado,
Por más que grita y que amenaza y hiere,
Queda á golpes muy pronto acogotado.

El pueblo, de su rabia en el delirio,
Le arrastra sin piedad, y ántes que muera,
Le impone, al fin, por último martirio
La pena de morir en una hoguera.

Le arrojan á la llama, y los sayones,
Celebrando el tormento merecido,
Lanzan gritos de horror y maldiciones
En torno del suplicio del vencido.

Se va el águila, al fin, carbonizando
Entre la hoguera en que cayó jadeante,
Miéntras se iba entre el humo levantando,
De Honorio el cadavérico semblante.

Y huye despues, y en tanto que divisa
La hoguera y los sayones, sobre el mundo
Va arrojando una histérica sonrisa,
Que revela el desprecio más profundo.

Y como suele á veces de la esfera
Bajar desconocido un meteoro,
Desciende Soledad, y entra en la hoguera
Con tez de nieve y con cabellos de oro.

Y en el incendio de que Honorio huia,
Cual mártir voluntario se atormenta,
Y al cielo el rostro con dolor volvia,
Como diciendo á Dios: —«Ténselo en cuenta.»—

Tranquilo el corazon, el alma pura,
Santa redime al obcecado amante;
Y brilla más al fuego su figura,
Como al darle la luz brilla el diamante.

Vuelta hácia el cielo la gentil cabeza,
Triste y alegre Soledad tenía
Los ojos impregnados de tristeza
Y la frente radiante de alegría.

Despues de tanto afan y penas tantas,
Cuanto sufre por él, tanto ella goza,
Obrando generosa, cual las plantas,
Que perfuman el pié que las destroza.

Y, en vez de un diablo, el público no mira
Que abrasa á un ángel de hermosura extrema,
Pues sucede á menudo que la ira,
Por quemar á un demonio, á un ángel quema.

FIN DE LA JORNADA TERCERA.

EL DRAMA UNIVERSAL.

JORNADA CUARTA.

ESCENA DÉCIMANOVENA.

LA TRANSMIGRACION Á UN HOMBRE.

LUGAR DE LA ESCENA: *Diócesis del òbispo Palaciano.*

PERSONAJES.

Los dos Honorios.

ARGUMENTO.

El alma de Honorio, completando la escala de los séres, vuelve á transmigrar al cuerpo de un jóven profeso, á quien, al confirmarle el obispo Palaciano, le puso el nombre de Honorio, en memoria de su difunto hermano.

Y cuando esto sucede, en un convento
Vive feliz un jóven en clausura,
Alma de fe, de paz y de contento,
De inocencia impregnada y de dulzura.

Con el nombre de Honorio, siendo niño,
Le confirmó el obispo Palaciano;
Recuerdo inolvidable del cariño
Que profesaba á su difunto hermano.

Sin historias presentes ni pasadas,
Sólo en las ciencias su pasion encierra,
Como una de esas almas resignadas,
Que jamas se confian á la tierra.

Grande es su fe, severa su alegría,
Sus mejillas y labios sonrosados;
Limpia y blanca, su frente parecia
La frente de una niña sin cuidados.

Un dia cierto espíritu que vuela,
De niebla el brillo de sus ojos cubre,
Como la escarcha los retoños hiela
De los últimos soles del Octubre.

Algo en su pecho abrasador se embebe,
Pues, de pronto, esta noble criatura
Presiente que á su espíritu de nieve
Un bautismo de fuego transfigura.

Y lo mismo que un alma que no ha amado
Se encuentra, sin saberlo, á otra alma unida,
Sobre la vida, el jóven, que ha gozado,
¡Fatal resurreccion! siente otra vida.

Y es que, uno resignado, otro altanero,
Con la duda amargando la inocencia,
En el humilde Honorio, Honorio el fiero
Transubstancia su vida en su existencia.

Al jóven con dolor, como el que siente
Su juventud á una vejez unida,
Ya empieza á parecerle vagamente
Sueño de fecha inmemorial su vida.

Tranquilo sin razon, ó turbulento,
Ve á veces con terror, y otras con calma,
Que un vapor tan sutil como su aliento
Turba sus ojos ó ilumina su alma.

Parece que le envuelve, y no le toca,
Algun sér escapado de la tumba,
Que, impalpable, al pasar, besa su boca,
Late en sus venas, y en sus sienes zumba.

En los sueños sin fin que le extravian,
Más que el cuerpo, su espíritu embarazan
Manos de luz que á su pesar le guian,
Y brazos aeriformes que le abrazan.

Al ver que sobre su alma se desploma
La invisible presion de alguna mano,
Se agita con pavor, cual la paloma
Se agita bajo el vuelo del milano.

Se vuelve en torno, mira y no ve nada;
Mas siente que tenaz, fria, invisible,
En el fluido eléctrico mezclada,
Le acosa una influencia indefinible.

Turbado, entre tristeza y alegría,
Con noble abnegacion y hondo egoismo,
Con dos almas se encuentra cierto dia,
Prisionero de guerra de sí mismo.

Luchan con ira ó con mortal desmayo,
Con sus gustos pasados los presentes,
Cual si hubiese su espíritu algun rayo
Partido en dos mitades diferentes.

En un alma que rie, otra que llora,
Como el mal en el bien, al fin se anida.
¡Oh Dios! y ¡cuántas veces, como ahora,
Se anidará otra vida en nuestra vida!

Así en lucha tenaz, en el pequeño,
Honorio el grande se embebió implacable,
Encadenando á un porvenir risueño
Un pasado del todo irreparable.

Y el jóven, sollozando, se decia:
—«¿Habrá cual mi dolor, dolor alguno?
¿Me guio yo á mí mismo, ó quién me guia?
¿Vengo á ser uno en dos, ó dos en uno?

»Si la que ayer pensaba era mi mente,
Esta conciencia de hoy no es mi conciencia:
O yo soy otro, ó misteriosamente
Repercute en mi sér otra existencia.

»Tendré fe en Dios, pues con su santa ayuda
Toda la luz de la verdad se alcanza.»—
Y calla, y al callar, cae en la duda
Desde el cielo feliz de su esperanza.

Así, una vez creyendo, otras dudando,
Queda el alma del jóven confundida,
Temerosa de sí, como buscando
Por qué puerta escaparse de la vida.

ESCENA VIGÉSIMA.

EL BIEN Y EL MAL.

LUGAR DE LA ESCENA: *El cuerpo humano.*

PERSONAJES.

DOS ALMAS EN UN CUERPO.

ARGUMENTO.

Existencia antitética del bien y el mal. El espíritu del jóven, viéndose contrariado por las inclinaciones del alma transmigrada, huye, y deja en su cuerpo, alojada y sola, el alma de Honorio.

Al profeso infeliz, desde aquel dia
A nueva vida el corazon abierto,
Su morada claustral le parecia
Un sepulcro perdido en un desierto.

Llevando Honorio al jóven sus dolores,
Juntos así vivieron y penaron:
Cual en el tallo de una flor, dos flores,
Dos almas en un cuerpo se ingertaron.

De pesar abrumado, y siempre en vela,
Con dos almas cargado, el cuerpo gime,
Y lucha, y forcejea, y se rebela
Bajo el peso de hierro que le oprime.

Confuso el jóven, distraido, inquieto,
Si se asoma al jardin, mira embebido
En el árbol de enfrente algun objeto
Que nunca ha estado allí, pues no ha existido.

De hastío y de dolor el jóven muere,
Pensando que es un alma desolada,
Que segura no está de lo que quiere,
Mas que no quiere del presente nada.

¡Tormento universal! ¿Cuál sér oscuro
Hace inútil la accion de su albedrío?
Porque el jóven Honorio está seguro
Que entre su cuerpo y él corre algo frio.

¿Podrá ser que á nuestra alma, otra alma infusa,
Sus recuerdos le añada y sus flaquezas,
Cuando, al sentirse dominada, acusa
A la carne infeliz de sus torpezas?

¡Cuántas veces herido de pasada,
En esta vida de inquietud que llevo,
Por causa de un pesar, de una mirada,
Transformado mi sér, nací de nuevo!

Del alma de aquel jóven frente á frente
Queda el alma del hombre transmigrado,
Como al lado de un sér bueno y creyente
Vive otro sér rebelde y sublevado.

Las dos almas en lucha fratricida
Se ahogan en un cuerpo, y de esta suerte,
Mezclada á los deseos de la vida,
Siente el jóven las ánsias de la muerte.

Vagando por sus miembros agitados,
Circula el alma de él como una loca,
Al ver por otro espíritu animados
Sus turbios ojos y su inquieta boca.

Aquel cuerpo sin paz sirve de asilo,
Ademas de la propia, á un alma ajena,
Y esclavo de las dos, sufre intranquilo,
Tras noches de pesar, dias de pena;

Pues viviendo azorado noche y dia,
Pensando si creia ó si dudaba,
Aunque una parte de su sér creia,
En medio de su fe se despreciaba.

Luchando entrambas en batalla ruda
Dentro de un cuerpo en desigual manera,
El alma transmigrada siente y duda,
El alma del profeso cree y espera.

Y en el cuerpo infeliz, de ambas juguete,
Un alma candorosa, y otra impía,
Ésta le dice á la esperanza: —«¡Véte!»—
Y aquella: —«¡No te vayas todavía!»—

Y en terrible y perpétua discordancia,
Rechazan ó acarician la ventura,
La del uno jovial como la infancia,
La otra triste cual la edad madura.

Lo que hace un alma, la otra lo deshace.
¡Oh fiel imágen de las ánsias mias!
¡Tener una cabeza que renace,
Y sentirla cortar todos los dias!

Aunque va de pesar y horror cubriendo
Al alma buena el alma sin ventura,
El jóven, por bondad, vive creyendo
La mitad de sí mismo en la ventura.

¡Oh! Dejad á la mente confundida
Sus recuerdos confusos y adorados;
Si iluminais los dias de la vida,
No serán lo que son, iluminados.

Tenaz Honorio, en fin, ahogó iracundo
Al alma jóven, que murió de pena;
Y cómo el mal al bien suele en el mundo,
Derrotó el alma grande al alma buena.

Y muerta esta alma ya, sin lucha alguna,
En el cuerpo gentil, de gracia espejo,
Sólo quedó de las dos almas una,
Muriendo el jóven, y naciendo el viejo.

Juntando Honorio á la altivez la gracia
En el cuerpo hoy altivo, ántes sencillo,
Con tal facilidad lleva su audacia
Como el tallo la flor y el sol su brillo.

Aunque Honorio llevaba, transmigrando,
Su memoria, razon y sentimiento,
El cuerpo de hombre, en que se entró volando,
La esencia le ofuscó del pensamiento.

¡Oh humana confusion! Solo Dios sabe
Por cuál secreto fin, y extraño modo,
Al mismo que vió claro siendo un ave,
Hombre despues, se le oscurece todo!

Sola en el cuerpo el alma trasmigrada,
Quedando cual la flor que, sin rocío,
Repliega su corola, condenada
A eterna soledad, á hondo vacío,

Tan sólo al cielo en admirar se emplea :
Que el alma que su orígen adivina,
Siempre hácia Dios, aunque rebelde sea,
Como las flores hácia el sol, se inclina.

ESCENA VIGÉSIMAPRIMERA.

VIVIR ES RECORDAR.

LUGAR DE LA ESCENA: *Dentro del alma.*

PERSONAJES.

Honorio. — Soledad. — Una Mujer desconocida.

ARGUMENTO.

La vida es una reminiscencia. Se confiesa con Honorio una mujer desconocida y buena. Abismado en las reminiscencias de sus recuerdos, ni siquiera oye la santidad de la doctrina de la desconocida; y Soledad, para fijar la atencion de Honorio, encarna su espíritu en el rostro de aquella mujer. Honorio se exalta al ver la imágen de Soledad reverberando en los ojos de la desconocida. Vuelve á desaparecer Soledad, y Honorio vuelve á no escuchar la doctrina de la mujer que se confiesa. Nueva aparicion de Soledad, y nueva exaltacion de Honorio. Despues Soledad desaparece del todo; la mujer se aleja, y Honorio queda sumido en el dolor de sus recuerdos.

Buscando un privilegio de inocencia,
Que darle Honorio el confesor podia,
Se acercó de la santa penitencia
Al tribunal una mujer un dia.

Y aunque Honorio, sin fe, no la escuchaba,
Decia la mujer tan santas cosas,
Que un ángel parecia que acababa
De abandonar las zonas luminosas.

Al trabajo, al dolor y hasta á la muerte,
Altivo Honorio cual Zenon, resiste;
Mas sin saber por qué, varon tan fuerte,
Cuando oye hablar de amor, se siente triste.

De traje honesto, de esperanzas puras,
Le hablaba la mujer con tanto celo
Como una de esas nobles criaturas
Que á hacer pensar en Dios bajan del cielo.

Mas, sin oirla, Honorio se abandona
Al sueño vil de una ilusion impía,
Pues más que en la verdad del que perdona,
En la fe de Pitágoras creia.

A la mujer de singular belleza
Oye Honorio con aire soñoliento,
Aunque habla como un ángel de pureza,
De gracia, de virtud y de talento.

Y de ella, áun no escuchada, proseguia
Hablando dulce, el murmurar sonoro,
Que un arroyo de perlas parecia,
Sonando al paso sobre guijas de oro.

Al hablar de virtud con tanto celo,
Parece que es su natural destino
El de un ángel enviado por el cielo
Para enseñar á Honorio el buen camino.

De pronto Soledad pasa é ilumina
De la mujer la sin igual belleza,
Para que oyese Honorio la doctrina
Que vertian sus labios de cereza.

Y fulgura en su faz, como si fuese
La imágen de un visible pensamiento,
O un velo azul y blanco que estuviese
Tejido con la luz y con el viento.

De la santa mujer, al rostro hermoso
Añadió Soledad, pasando pura,
El no sé qué divino y misterioso
Con que alumbra el amor á la hermosura.

Mas ¡ay! cuando de Honorio impenitente
En conseguir la conversion se empeña,
Las aguas Soledad mueve, imprudente,
Que duermen en el hueco de la peña.

Honorio sin placer ni simpatía
De Soledad el alma contemplaba;
Pero un alma que nada le decia,
Unida ya á la carne, le abrasaba.

Por eso, al ver su brillo soberano,
Sintió el dolor de su olvidada historia,
Cual si hubiera llegado alguna mano
Que le hubiese traido una memoria.

¿Qué son esos fugaces resplandores,
Que renovando una cerrada herida,
Despiertan en el alma los ardores
De la alegre mañana de otra vida?

¡Oh! ¡Cuántas veces, como á Honorio ahora,
Al vago són de nuestra voz responde
La voz de una persona que se adora,
Mas sin saber quién es, cómo ni dónde!

Para traer á Honorio al buen camino,
Que la escuchase Soledad queria;
Mas de la hermosa al resplandor divino
Honorio, por mirar, casi no oia.

De aquel fulgor fantástico tocada,
Brillaba tanto la mujer hermosa,
Que, por la luz de Soledad bañada,
Más bien que una mujer, era una diosa.

Mirando á la mujer, Honorio, ardiente,
Halló en ella el recuerdo de otra vida,
Y una mirada echó sobre su frente;
Mirada en mil ojeadas dividida.

Miéntras él la veia, ella buscaba,
Hincada al pié del confesor, consuelo,
Y más bien que pecados, confesaba
Mil dichas aprobadas por el cielo.

Viéndola Honorio, de su antigua historia
Fué sintiendo unas hondas simpatías,
Cual si encontrar quisiese en su memoria
Algun vago recuerdo de otros dias.

¡Ay! ¿Qué serán esas visiones bellas,
Que, los tiempos venciendo y la distancia,
Con vaguedad nos acordamos de ellas,
Cual de un libro leido en nuestra infancia?

Al contar la mujer tan santas cosas,
Mira de frente á Honorio, hermosa y pura,
Como una de esas niñas candorosas
Que no saben qué hacer de su hermosura.

Y como él, decidido, ciego, ardiente,
Miraba á la mujer, á toda prisa
Robando aquel encanto de su frente,
Se alejó Soledad como una brisa.

Cuando del rostro de la dama bella
La luz de Soledad huyó del todo,
No miró Honorio, pues la dama aquella
Era hermosa tambien, mas de otro modo.

Conforme de ella Soledad huia,
Con más tristeza Honorio que despecho,
No encontrando el recuerdo que queria,
Inclinó la cabeza sobre el pecho.

Cuenta en tanto la dama lo que siente,
Noble en creer, en pensamientos vasta,
Pasando al porvenir desde el presente,
Encantada, feliz, ingenua y casta.

De la mujer desconocida y bella
No mira Honorio el rostro peregrino;
Mas Soledad, reverberando en ella,
De nuevo aumenta su esplendor divino.

Y Honorio, al ver que á la mujer inflama
Aquella sombra, al parecer, venida
A revelar á la persona que ama
Los profundos misterios de otra vida,

Con grandes ojos, de pureza ajenos,
Todo el amor vertiendo de la tierra,
Mira en los de ella, de inocencia llenos,
Un reflejo del cielo que le aterra.

Aquella luz de una ilusion pasada
Le parece una mágica caricia,
O el canto de una música, escuchada
Por él en otro tiempo con delicia.

Viendo de Honorio la infernal ternura,
Se espanta Soledad, emprende el vuelo,
Ciñe un rayo de sol á la cintura,
Y elevada por él, se sube al cielo.

Despojada otra vez de lo ilusorio,
A ser real, de ideal, volvió la hermosa,
Y volvió entónces á mirarla Honorio
Con ojos que miraban otra cosa.

No viendo ya á la dama, poco á poco
Sus sentimientos sofocó livianos,
Echó de sí su pensamiento loco,
Y el rostro se cubrió con ambas manos.

Y una esperanza aquí, y allí una queja,
Exhala, medio vivo y medio muerto,
Y aquel fatal confesonario deja,
De una espantosa palidez cubierto.

Absuelta la mujer encantadora,
Se alejó, satisfecha, de su lado,
Como se aleja el alma pecadora
Ya aliviada del peso del pecado;

Y Honorio, recordando embebecido
Sus labios de coral, sus ojos bellos,
El fuego de un volcan desconocido
En su raíz quemaba sus cabellos.

—«¿De quién es, de quién es?»—grita soñando,
«La voz del eco que en mis sienes zumba?
¿Qué imágen era aquella que pasando
Me habló del otro lado de la tumba?

»¿Por qué sombra mi indómito deseo,
De todo vencedor, es hoy vencido?
¿De mi vida que haré, si no la veo?
¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde se ha ido?»—

Y en lucha tan fatal su alma vencida,
Honorio el confesor queda de suerte,
Que, en su austero pesar, su triste vida
No tiene más objeto que la muerte.

ESCENA VIGÉSIMASEGUNDA.

RECORDAR ES VIVIR.

LUGAR DE LA ESCENA : *El corazon del Hombre.*

PERSONAJES.

HONORIO. — PALACIANO.

ARGUMENTO.

Panteismo del corazon. El obispo Palaciano, consolando á Honorio en su tristeza y dudando de su fe, registra sus papeles, y halla entre ellos unos versos titulados *El Rosal del Paracleto.* El Prelado echa en cara á Honorio su impiedad, y éste escandaliza á Palaciano con sus sentimientos panteísticos hasta un punto que el Obispo se aleja, decidido á entregarlo al rigor del Santo Oficio.

Consuela á Honorio Palaciano un dia,
Prelado lleno de bondad y celo,
Alma débil y honrada, que vivia
A una distancia igual de tierra y cielo.

Triste Honorio, en fugaz reminiscencia,
No sé por qué, mirando á Palaciano,
Se dibuja al fulgor de su conciencia
La prision y el secuestro de su hermano.

Con amor paternal, casi importuno,
Va el Obispo á animar su fe perdida,
Y registra eficaz uno por uno
Los libros compañeros de su vida.

Y «este hombre es un impío, este hombre es loco»,
Dice al ver los fantásticos amores
De Honorio, á quien acaban poco á poco
Por consuncion la fiebre y los dolores.

Y ve que en su inmortal melancolía
Vuelve sólo á su espíritu la calma
El ritmo de la noble poesía,
Esa divina música del alma.

Y que exhala su amor y sus congojas
En cantos, ora locos, ora cuerdos,
Como este eco arrancado de las hojas
Del libro de sus íntimos recuerdos:

EL ROSAL DEL PARACLETO.

—«La muerte nos transforma, y no morimos»,—
Leia estremecido Palaciano.
—«Es la tierra en que amamos y sufrimos,
De un infinito amor el oceáno.

»Sobre la tumba de Abelardo fria,
Cual símbolo de amor y de respeto,
Un rosal Eloisa plantó un dia
En su amado jardin del Paracleto.

»Primero su raíz, despues sus flores,
La suerte uniendo fué, compadecida,
Como el gérmen vital de los amores
Junta ó dispersa el viento de la vida.

»Y humilde la raíz, y alto el ramaje,
Despues que aquella los mezcló en el suelo,
Envueltas en perfume alzó el follaje
Las almas de los dos juntas al cielo.

»El rosal de ella y de él la savia toma,
Y mece, confundiéndolos, la brisa,
En una misma flor, y un mismo aroma,
Las almas de Abelardo y de Eloisa.

»Para ejemplo y envidia de las gentes,
La suerte los unió de esta manera.
¡Oh sér que crees, que esperas y que sientes,
Siente mucho, cree más, y en Dios espera.

»Con variedad, en la apariencia, loca,
Camina un mismo sér, mudando el nombre,
Bajo la forma de árbol ó de roca,
De niebla, de aire, de animal ó de hombre.

»Si va á un fin cada sér, luégo aparece
Que uno en otro mezclándose, se abisma,
Y en variedad perpétua resplandece
La eternidad sobre la muerte misma.

»Fué símbolo el rosal del mundo entero;
Nuestra vida es la vida de las rosas;
Todo es un accidente pasajero
De ese fondo invariable de las cosas.»—

¡Ay! así Honorio el confesor pensaba;
Y al leer con horror tal desvarío,
Por lo bajo el Obispo murmuraba:
—«No es un loco; es peor, es un impío.»—

Ve Honorio el rostro de su antiguo hermano;
Y en forma vaga, su confusa historia,
Unida á Soledad y á Palaciano,
En lo más hondo halló de su memoria.

Y exaltado exclamó: —«Todo cuanto ama
Se torna en lo que amó; pues nadie sabe
Por qué la tierra se convierte en grama,
La grama en ruiseñor, y en hombre el ave.

»¿Sabe lo que es vuestra razon, acaso,
Esa fuerza vital, alma sin nombre,
Que lleva á la materia, paso á paso,
De roca en flor, y de animal en hombre?

»Yo soy un sér de los que en sí batallan,
Esclavos de un delirio, y nunca dueños,
Que, á cualquier lado que se vuelven, hallan
Lo infinito en el fondo de sus sueños.

»Siempre agitó mi corazon amante
El vago són de una olvidada historia,
Una niebla sin forma, un eco errante,
Perdido á la ventura en la memoria.

»Si veo un placer real, sigo, lo cojo;
Su dicha toda á devorar me apresto;
Lo gusto con ardor, luégo lo arrojo;
Gimo y exclamo con dolor: —«¡No es esto!»—

»¡Sí! ¿quién sabe» — prosigue, — «si habré sido
Vuestro deudo algun dia, Palaciano?
¿No amasteis algun sér que hayais perdido,
Vuestro padre, algun hijo, algun hermano?

»Fruto tal vez de una ilusion funesta,
Yo sé que hay algo que con ánsia adoro.
¡Oh! ¿qué fatal reminiscencia es ésta?
¿Dónde he amado? No sé. Y ¿á quién? Lo ignoro.

»La vaga tradicion voy renovando
De una antigua existencia que he perdido,
En tenebrosa confusion mezclando
Lo que será, lo que es y lo que ha sido.» —

De Honorio al ver que es la febril cabeza
De todo sueño y desventura foco,
Palaciano, con ira y extrañeza,
— «No es un impío, dice; es que está loco.» —

— «¿Para qué vivo yo? Por más que avanzo», —
Absorto Honorio, continuó diciendo;
— «Un cierto no sé qué, que nunca alcanzo,
Caminando hácia Dios, voy persiguiendo.

»¿Qué será esta emocion, que se deshace
Como el fulgor de una ilusion perdida?
Ó ¿es un futuro amor esto, que me hace
La muerte apetecer toda la vida?

»Yo he sido algo otra vez, y condenado
Por mi maldad ó por mi mala suerte,
Al traves de la vida, disfrazado,
Purgando no sé qué, voy con la muerte.

»¿Dónde he gozado esta divina esencia,
Amada en otro tiempo y hoy perdida?
¿Es sólo una fugaz reminiscencia,
Como dice Pitágoras, la vida?

»Aunque todo perece, todo dura;
Lo que muere, no muere, y se trasforma.
Cree el hombre de esta vida en la futura;
Pero ¿cómo? ¿á que luz? ¿bajo qué forma?

»¡Tras de una cosa, ó muerta, ó no nacida,
Marcho sin guía, y sin iman navego;
Emigrado perpétuo de la vida,
Navegante eternal, que nunca llego!»—

Y cara á cara de su antiguo hermano,
Mira al Prelado, alza la vista, gime,
Y—«¡Ay! ¿que será, pregunta á Palaciano,
Este raudal de vida que me oprime?»—

De nuevo Honorio con dolor suspira;
Murmura, sin querer, imprecaciones,
Y se pone á alentar como el que aspira
Todo el aire del cielo en sus pulmones.

Y Palaciano murmuró: —«¡Que muera!
Para este infiel la excomunion es poco.
Que purgue su maldad en una hoguera.
Es un impío, y ademas un loco!»—

Y de su fe dudando, y de su juicio,
Palaciano partió, lleno de celo,
A entregarle al furor del Santo Oficio
Con el ardor de un justo que ama el cielo.

ESCENA VIGÉSIMATERCERA.

FIN DE RECUERDOS Y VIDAS.

LUGAR DE LA ESCENA: *En una Catedral, ante el sepulcro de Palaciano.*

PERSONAJES.

SOLEDAD.—HONORIO.— PALACIANO.— JESUS EL MAGO.

ARGUMENTO.

Muere Honorio de pena, y Palaciano de remordimientos. Se encuentran junto al sepulcro del Obispo Palaciano, y los dos hermanos se echan en cara sus faltas. Aparece en un púlpito de la catedral la sombra de Jesus el Mago, y encarga á Palaciano que, en castigo de haber sido causa de la muerte de su hermano, vaya á convertir á otros culpables. Dirigiéndose á Honorio, le manda ir al astro donde purgan sus culpas los perezosos, y en el cual su madre se halla padeciendo por su ne-

gligencia en cuidar de su fe, y le dice que ella le conducirá á otros planetas, á presenciar el resultado que traen los pecados capitales. — Miéntras Soledad se queda orando por ellos, los dos hermanos parten á cumplir la penitencia que les fué impuesta, y Honorio sube á la region de los astros, siguiendo el camino de la via láctea.

Es, por la duda y el escaso juicio
Que el monje Honorio en escribir emplea,
Entregado al poder del Santo Oficio,
Cual loco aventurero de una idea.

Cree que todo está en todo, y así muere
En una cárcel á la luz cerrada,
Como un sér sin consuelo, que no quiere
Ni ver, ni oir, ni respirar, ni nada.

Aunque era siempre de su encono objeto,
Fué al morir, para el débil Palaciano,
La historia del rosal del Paracleto,
La historia fiel del corazon humano.

Si muere Honorio triste y en clausura,
Muere el Prelado con la fe perdida.
Lleva un premio en sí misma la amargura,
Porque abrevia los dias de la vida.

Mas nada importa á nadie el sentimiento
Del alma de los dos : el hombre llora;
Sus lágrimas, pasando, enjuga el viento,
Las cuenta Dios, y el sol las evapora.

Miéntras que Honorio, sin ajeno amparo,
De sus verdugos el poder vencia
Con la paciencia, ese valor más raro
Que el valor que se llama valentía,

Sin ver, ni oir, ni respirar, ni nada,
Mataba á Palaciano el desconsuelo,
Cual mártir cuya sangre sofocada
Ni cae de alto, ni enrojece el suelo.

—«El poder, piensa Honorio, es iracundo,
Y toma los errores por maldades,
Porque jamas, artificioso el mundo,
Se aviene con las fáciles verdades.

»Lo que escribí otra vez, de nuevo escribo:
¿Qué dije á Palaciano? Lo que es cierto;
Que el sér que vive, sueña que está vivo;
Que el sér que muere, sueña que está muerto.

»¡Justicia de los hombres y naciones!
Salva Juana al frances;—pues ¡á la hoguera!
Colon descubre un mundo;—¡á las prisiones!
Da Cristo al hombre libertad;—¡que muera!»

Palaciano espiró, y el mismo dia
La dicha Honorio de morir alcanza,
Sin abjurar ni un punto su herejía
De un cierto mal de amor sin esperanza.

Cortando á aquél su duda, á éste sus sueños,
Sus ojos á los dos la muerte cierra,
Librándolos así de estos pequeños
Miserables afanes de la tierra.

Bajo una inmensa bóveda, en que habia
Un algo de solemne y misterioso,
Y en donde el pueblo á su prelado un dia
Inmóvil le escuchaba y silencioso,

En espíritu se hallan mano á mano
Con su ódio inmenso ó con su amor eterno,
Honorio, Soledad y Palaciano,
O á un tiempo el cielo, el mundo y el infierno.

Al verse los hermanos frente á frente
Ante la tumba del Obispo, alzada
Debajo de la bóveda esplendente,
Sobre espesos pilares asentada,

Inmóvil cada cual como una roca,
Hasta el furor llevando sus enojos,
Se está viendo en los dos la rabia loca,
Que hace afluir la sangre hasta los ojos.

«¡Mi hermano!» grita aquél, y éste: «¡Mi hermano!»
Y recordando su fatal destino,
Se decian Honorio y Palaciano:
—«¡Tú fuiste mi raptor!—¡Tú mi asesino!»—

Y llenos de mortal melancolía,
Cada cual de su error cogiendo el fruto,
Ven los dos su pasado, y dia á dia
Lo recuerdan, minuto por minuto.

Pensando así los dos, y esto diciendo,
De repente, ante un bello crucifijo,
Desde el fondo de un púlpito surgiendo,
Jesus el Mago apareció y les dijo :

—«¡Palaciano infeliz! álzate y anda;
Purgarás tus errores y fierezas,
Porque, en vez de matar, Cristo nos manda
Compadecer al hombre y sus flaquezas.

»Fué ¡oh pastor sin piedad y sin cordura!
Con tu hermano tu cólera terrible,
No perdonando á un alma sin ventura,
Que ama tanto, que hasta ama lo imposible.

»Para dudar, al fin, de tu creencia,
Porque él dudaba, le impusiste el yugo.
Tu celo, hecho pasion, fué vïolencia;
Y apóstol con poder, fuiste verdugo.

»Tú, que al morir, hasta la fe perdiste,
La fe predicarás á otros culpables,
Ya que dudaste, y conocer quisiste
Los caminos de Dios impenetrables.

»¡Vosotros, que sufrir en un infierno
A una madre dejais que tanto os ama!.....»
(Y al oir de su madre el nombre tierno,
Palaciano da un ¡ay! que al cielo clama,

Y Honorio, que no hay pena á que sucumba,
Oye ahora á Jesus, desencajado,
Cual Lázaro que sale de la tumba
Despues de enfermo, muerto y enterrado.)

—«Tu última vida á recorrer empieza»,—
Dice á Honorio Jesus;—«vé al sol, y luégo
El astro encontrarás de la Pereza,
Entre sangre, entre lágrimas y fuego.

»De sol en sol despues, de luna en luna,
Tu madre, que te amó sin ser querida,
Te mostrará, pasando, una por una,
Las dichosas miserias de la vida.

»Si en velar por tu bien fué descuidada,
Tú, en cambio de su amor, penar la dejas,
Cuando por tí, cual garza aprisionada,
Sufre cautiva sin pesar ni quejas.

»Tornad vuestras injurias en perdones,
Y elevando las almas como el vuelo,
Subid á Dios con santas oraciones,
Que son las alas del amor del cielo.

»Recobrad, desandando el mal camino,
Los tiernos sentimientos de la infancia,
Ya que á uno á ser raptor, y otro asesino,
Os llevó la pasion ó la ignorancia.»—

Exhortando á los dos de esta manera,
Sin apariencia de alejarse alguna,
Despareció Jesus, cual si se hubiera
Desleido en los rayos de la luna.

Palaciano y Honorio, horrorizados,
Vagan como almas por Jesus malditas,
Cual ruedan esparcidas por los prados
Las flores olvidadas y marchitas.

Y una mirada, al fin, los dos partiendo,
Indiferente el uno, el otro tierna,
A Soledad echaron, como haciendo
Una señal de despedida eterna.

Viendo partir con pena á los hermanos,
Soledad, de rodillas, reverente,
Miró al altar, gimió, cruzó las manos,
Y quedó como orando mentalmente.

Viendo Honorio entre dudas y dolores
El fulgor de los astros indeciso,
Cual si fueran los vidrios de colores
Las puertas de cristal del paraíso,

Aunque loco de amor, honrado y justo,
Del cielo contemplando la belleza,
Baja, de Dios ante el poder augusto,
Aquella alma rebelde la cabeza.

Traspone, al fin, los vidrios de colores;
Al éter insondable, audaz se lanza;
Y al pensar de su madre en los dolores,
Halla el valor, perdida la esperanza.

Ve en una faja, que el espacio puebla,
Como sombra en los cielos extendida,
Una via monótona de niebla
Encima de un abismo suspendida;

Y por ella elevándose, apresura,
Entre dolor y admiracion, el vuelo,
Sintiendo por su madre una ternura
Tan inmensa y profunda como el cielo.

ESCENA VIGÉSIMACUARTA.

EL HIMNO DE PITÁGORAS.

LUGAR DE LA ESCENA : *La bóveda estrellada.*

PERSONAJES.

HONORIO. — PAZ.

ARGUMENTO.

Armonía de la creacion. Saliendo Honorio de la catedral en busca del astro de la Pereza, donde está castigada su madre Paz por haber sido negligente en enseñarle el camino de la virtud, oye el concierto armonioso que hacen los astros girando en los espacios, conocido con el nombre de *Lira de Pitágoras.* Siguiendo la via láctea, llega Honorio al astro de la Pereza, donde encuentra á su madre.

Cuando en pos de su madre, Honorio el vuelo
Desde la augusta catedral alzaba,
Al mismo tiempo hácia la luz del cielo
La alondra, hija del sol, se levantaba,

Desparramando ante él luz y colores,
Sus abismos los cielos entreabrian,
Y á nuevos esplendores de esplendores
Ensanches de horizontes sucedian.

Midiendo en su camino paso á paso
Esa faja de brillo ceniciento,
Cual metal en fusion, que es hoy acaso
De mundos que han de ser vivo fermento,

Sigue esa láctea y misteriosa via,
Que de un solsticio al otro derramada,
A la luz de la aurora parecia
Un encaje de gasa, un aire, un nada.

Vió lo infinito, y se sintió admirado,
Ante aquel mar de espléndidos vapores,
El corazon de Honório, lacerado
Por la historia cruel de sus amores.

Mas sus celos, su amor y su esperanza
En lo más hondo de su pecho encierra,
Cuando ya casi á distinguir no alcanza
Esta nada visible de la tierra.

Y luégo vuela más, y ve, volando,
Que, entre ardores y vívidos celajes,
En libertad salpican, circulando,
De la luz y el calor los oleajes;

Y que allá en las esferas luminosas
Del claro cielo, en la region más alta,
Como el agua en cascadas espumosas,
En cascadas de luz el éter salta.

En piélagos de luces y colores,
Cree que esparcidos ó apiñados mira
Los brillos, los diamantes y las flores
De Delhy, de Golconda y Cachemira.

«¡Gloria á Dios!», en la esfera esplendorosa,
En olas de ondulante movimiento,
Vibra el éter la nota luminosa,
Como la nota musical el viento.

«¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios!» ¡Así llenaba
Del orbe todo el celestial circuito
El concierto inefable que formaba
La eterna ebullicion de lo infinito!

De pié sobre una nube luminosa,
Oir Honorio preludiar creia
Esa lira celeste que, armoniosa,
En éxtasis Pitágoras oia.

Y del espacio en la suprema altura,
Va escuchando, aunque triste, embelesado,
Ese ruido de ruidos que murmura
El infinito hervor de lo creado.

Siguiendo el curso de la láctea via,
Ve que, embriagada de ventura tanta,
La inmensa creacion, con su armonía,
Al gran poeta de los mundos canta.

Allí con voz sutil ó poderosa
La lira de Pitágoras resuena,
Como la flauta, á veces misteriosa,
Y á veces ronca como el rayo, atruena.

Hoy Honorio la música indecisa
Escucha del concierto soberano,
Como el fácil murmullo de la brisa
Que sopla al mediodía en el verano.

Ya remedan las notas encantadas
Vuelos de alas de alegres mariposas,
Ya el rumor de las yerbas agitadas
Por familias de insectos tenebrosas;

Ya fingen los planetas, circulando,
Del follaje arrastrado el sordo ruido;
Ya murmuran caricias, imitando
Dulce gorjear al rededor del nido;

Ya repiten la auras inseguras
La cancion, vagamente modulada,
De la alondra arrogante en las alturas,
Del tordo inimitable en la enramada;

Ya es de un agua invisible la corriente,
Árbol que ondea, céfiro de estío,
Cantar de ruiseñor, ruido de ambiente,
Lejana tempestad, queja de rio;

Ya el rumor de las rosas que se mecen;
Ya, á un tiempo encantadores y encantados,
Ecos de ecos de sones, que parecen
Ensueños por los astros murmurados.

Así Honorio, que vive entre quimeras,
Del infinito el vértigo sintiendo,
Va á traves del azul de las esferas
El himno de Pitágoras oyendo.

Y hasta exhalan tambien cantos benditos
Sus labios, para orar siempre cerrados,
Allí donde los mundos infinitos
Germinan cual las yerbas en los prados.

¡Santas salmodias, de esperanzas llenas!
¡Para creer en Dios con vivo celo,
No hay remedio mejor que tener penas,
Ir por el mar ó contemplar el cielo!

Como siempre á la boca del que admira,
Dios acude de Honorio á la memoria,
Y en su loor su corazon respira
Amor, respeto, bendicion y gloria.

Y al compas de los astros, halagüeño,
Busca Honorio á su madre, embebecido,
Cual si fuese feliz, en un ensueño,
Del cielo por los hálitos mecido.

De la Pereza el astro entre los soles
Rebuscan sus pupilas agrandadas,
Viendo á su paso las inmensas moles
De unas islas por almas habitadas.

Piensa en su madre al remontar la esfera.
—«¿Me esperará?—Me esperará»—se dijo;
«Que una madre amorosa siempre espera
La llegada del alma de algun hijo.»—

Avanza más y más, é inquiere amante;
Y el astro al distinguir de la Pereza,
Nadie ha visto jamas en un semblante,
Ni alegría mayor, ni más tristeza.

Y al llegar de su madre al purgatorio,
Paz se arrodilla, gime, besa el suelo,
Se alza, y prorumpe al acercarse Honorio:
—«¡Gloria á Dios en la tierra y en el cielo!»—

FIN DE LA JORNADA CUARTA.

EL DRAMA UNIVERSAL.

JORNADA QUINTA.

ESCENA VIGÉSIMAQUINTA.

EL PECADO DE LA PEREZA.

(PRIMERA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro volcanizado.*

PERSONAJES.

PAZ.—HONORIO.

ARGUMENTO.

Despues de abrazarse la madre y el hijo, Honorio, á instancia de Paz, le cuenta sus transmigraciones y su amor á Soledad. Luégo sobreviene una tempestad de viento y lava en aquel astro que es uno de los purificadores de las almas pecadoras.

Llegando al astro en que castiga el cielo
La dejadez de la pereza extrema,
Siente Honorio, al andar, que hierve el suelo,
El aire da calor, y el agua quema.

Si calientes los céfiros abrasan,
Son las sombras allí sofocadoras;
Y hasta del tiempo que se arrastra, pasan
Más lentas y monótonas las horas.

Más que el cansancio, la quietud se siente;
Y arabescos fantásticos formando,
Con un zumbido agudo y estridente,
Piden sangre los cínifes volando.

Nubes de insectos, circulando en torno,
Cubren la extensa soledad del cielo;
Toda fuente es termal, el aire un horno,
Y un nido de tarántulas el suelo.

Del uno al otro apénas les dejaba
Contemplar á placer la faz querida,
La oscuridad de plomo que formaba
La arena por el viento removida.

Paz y Honorio se abrazan, y encantados
Se vuelven á abrazar; toman asiento,
Y luégo se contemplan, ya sentados
En dos piedras de un blanco ceniciento.

Miraba á Honorio Paz como lo haria
La madre más feliz junto á una cuna;
Y —«acércate, hijo mio», —le decia,
«Y cuéntame tus penas una á una.

»Y ¡háblame mucho, pero mucho!»—dijo,
«De tí, de Soledad y Palaciano.....»—
Calló la madre, y con vergüenza el hijo
Bajó los ojos y besó su mano.

Y de Paz, cuando Honorio se prepara
La historia á referirle de sus males,
Dos lágrimas de amor ve por su cara
Rodar, como dos perlas orientales.

Despues que Honorio en el profundo abismo
De su espíritu entró, de esta manera,
Sacándola del fondo de sí mismo,
A su madre contó su vida entera.

—«Por ese amor que hasta el honor relaja», —
Dice Honorio,—«á mi hermano he secuestrado.»—
Y esto lo habló con la cabeza baja,
Cual delante de un juez habla un malvado.

Y continuó despues, enternecido,
Aun rojas de vergüenza las mejillas :
—«La hermosa Soledad siempre ha debido
Ser de un rey adorada de rodillas.

»¡Ay! ya veréis, al escuchar mi historia,
Que en muchas vidas, de amargura llenas,
Sólo está Soledad en la memoria
De tantas dichas y de tantas penas.

»Con permiso del cielo, transmigrando
Por senderos del mundo no sabidos,
Fué la ilusion á mi alma traspasando
La ternura fatal de mis sentidos.

»Tanto alegraba esta fatal ternura,
De mis vidas la rueda interminable,
Que hallaba en el amor cierta dulzura,
Áun siendo mi desdicha inagotable.

»Amando á Soledad, fuí condenado
A ser por su memoria perseguido,
Ya en los poros de un mármol encerrado,
Ya en el cuerpo de un águila embebido.

»¿Quién hubiera creido, madre mia,
En terrenal amor tanta firmeza?
¿Quién lo hubiera creido?»—repetia,
Sobre Paz inclinando la cabeza.

—«Con el fuego voraz en que áun me abraso»,—
Prosiguió Honorio,—«la seguí contento,
Por una y otra vida, paso á paso,
Desde el primero al último momento.

»Vivo ó muerto, de noche cual de dia,
Templaba mi dolor con mis amores,
Pues siempre fué en el mundo, madre mia,
Más fuerte mi pasion que mis dolores.

»Fuí mármol y cipres; luégo, subiendo,
Fuí pájaro de aliento soberano,
Para pasar despues, siempre sufriendo,
Desde el reino animal al reino humano.

»Y hombre, roca, ó cipres, siempre he seguido
Con estas ánsias para mí queridas;
Siempre acabé, de su memoria asido,
La rueda interminable de mis vidas.

»Y amaba, madre mia, de tal suerte,
Que embebido en la tumba en que ella estaba,
Aunque es tan frio el frio de la muerte,
Como una hoguera el mármol me abrasaba.

»Jamas he visto de sentir cansado
Mi triste corazon, que tantas veces
Desde mármol á espíritu ha apurado
La dicha y la desdicha hasta las heces.»—

Diciendo Honorio así, dando bramidos,
Rodó una nube lóbrega, que, impura,
Dejó, al pasar, sus rostros encendidos,
Que abrasaba tambien la calentura.

Y en medio de vapores inflamados
Cuando fin á su historia Honorio daba,
A rugir empezó por todos lados
Una atroz tempestad de viento y lava.

Soplando como cárdena humareda,
Un simoun abrasado de un desierto,
Trastornándolo todo, rueda y rueda
Sobre aquel purgatorio á cielo abierto.

Miran correr las sombras tenebrosas
Por un aire cargado de suspiros.
Rayos que forman zedas luminosas
Cruzan el cielo en angulosos giros.

Quemados ya por el volcan que abrasa,
Sintiendo uno por otro amarga pena,
Se echan los dos, miéntras el viento pasa,
Como quien va á morir, sobre la arena.

Y dice á Honorio Paz, envuelta en lava:
—«La clemencia de Dios con fe pidamos.
¡Perdónanos, Señor»,—Paz exclamaba,
«Así como nosotros perdonamos.....!»—

ESCENA VIGÉSIMASEXTA.

EL PECADO DE LA PEREZA.
(SEGUNDA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA : *Un astro volcanizado.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — LOS INDOLENTES.— LOS EGOISTAS. — PANCHO EL INDIANO.

ARGUMENTO.

Recorriendo el planeta en que se purga el pecado de la pereza, ven Honorio y Paz el castigo que se da á los indolentes y á los egoistas. Entre éstos hallan á Pancho el Indiano, quien les cuenta que habiéndose hecho rico, dejó morir á su madre indigente á la puerta de su casa, por no sacar la mano del lecho para abrirle la puerta en una noche de invierno.

Pisando Honorio y Paz con planta inquieta
Aquel suelo, que un horno parecia,
Los ámbitos recorren del planeta,
Encendido volcan, aunque no ardia.

Y por más que aquel astro enrojecido
Cruzaron con terror de arriba abajo,
No hallaron ni un lugar embellecido
Por el amor, la dicha y el trabajo.

Tenaces, á las almas indolentes
Acosan, entre horribles convulsiones,
Unas nubes de moscas relucientes,
Esparcidas por miles de millones.

Espantada por él, su madre á Honorio,
—«Pasa, hijo mio»,—le decia,—«pasa;
Que al ardor de este horrible purgatorio
Se angustia el corazon, y el pié se abrasa.»—

Hallan luégo la raza maldecida
De cuerpo sin vigor y de alma inerte,
Que teme á los pesares de la vida,
Por si pueden durar hasta la muerte;

A quienes en sus cómodas posturas,
Picando á un tiempo y susurrando á coro,
Inquietan con acerbas picaduras
Mil cínifes de luz con trompas de oro.

Y ellos de pié, la faz desencajada,
Al tórrido calor que se desploma,
Tienen con pena esa tension forzada
Que, al querer tomar vuelo, el ave toma.

Despues, con el sudor de la agonía,
Ven que no dan los cínifes reposo
A un tal Pancho el Indiano, que algun dia
Se condenó á sí mismo á ser dichoso,

El cual explica así su gran pecado,
Dando á Honorio estas cínicas razones,
En tanto que, de insectos acosado,
Se agita entre horrorosas convulsiones:

PANCHO EL INDIANO.

—«En todo tiempo, y de cualquier manera,
Despues del oro apetecí la calma;
Y al cabo de una vida aventurera,
En que perdí el honor y casi el alma,

»Rico y á todo sinsabor extraño,
Siendo mi bien el único amor mio,
Sin la fe, y con la paz de un ermitaño,
Me instalé en un pensil cercano á un rio.

»A fuerza de inquirir, mi residencia
Halló mi madre en mi feliz desierto;
Su miseria olvidaba en mi opulencia,
Suponiendo ademas que habia muerto.

»Llegó una noche del invierno fria,
Y á mi puerta llamó, pidiendo asilo:
Que era un pobre cualquiera, presumia,
Y así en el lecho me quedé tranquilo.

»Volvieron á llamar tras corto plazo;
Pero yo, para abrir al que llamaba,
Tenia al ménos que sacar un brazo
Y tender una mano hácia la aldaba.

»Ya, dando la infeliz diente con diente,
—«¡Tengo frio!»,—decia,—«¡tengo frio!»,—
Y era, en verdad, mortífero el ambiente
Que subia soplando desde el rio.

»Con frio tan glacial cayó aterida.
Yo dormia entre tanto satisfecho,
Pues no hay cosa más dulce en nuestra vida,
Que en una noche de tormenta, el lecho.

»Por no turbar la madre, resignada,
Tal vez el sueño ó la quietud del hijo,
Al umbral de la puerta acurrucada,
—«Hasta mañana aguardaré»,—se dijo.

»Y se puso á rezar, y un ¡ay! doliente
Creo escuchar, mezclado con su rezo;
Pero yo me dormí tranquilamente,
Contestando á aquel ¡ay! con un bostezo.

»El rostro entre las manos recogido,
Sobre el regazo á dormitar empieza,
Como ántes de morir, el cisne herido
Recoge entre las alas su cabeza.

»Sueña feliz su maternal locura
Que me ve, que me besa y que me toca,
Y á raudales afluye la ternura
A sus ojos, sus manos y su boca.

»Soñando moderar, ya medio muerta,
Aquel frio que helaba hasta sus huesos,
Imagina, por fin, que abro la puerta,
La cojo al vuelo y me la como á besos.

»Que una taza de leche la servia,
Soñaba en sus risueños pensamientos,
Y que luégo afanoso la encendia
Una grande fogata de sarmientos.

»Fingiendo amor en mí, siempre amorosa,
La pobre se quedó, muriendo helada,
Marchita y sin color, como la rosa
Que se queda en un búcaro olvidada.»—

Y cuando esto el Indiano iba diciendo,
Por el rostro de Paz, descolorido,
Dos arroyos de lágrimas ardiendo
Caian de sus párpados sin ruido.

—«Cuando ya con buen sol abrí la puerta»,—
Siguió el hombre,—«de lágrimas preñados,
Casi lloraron, al mirarla muerta,
Mis ojos, á llorar no acostumbrados.

»Juré en falso dèspues que no sabia
Cual fuese el nombre de la pobre aquella;
Pero ahora conozco que debia
De rodillas caer delante de ella.

»Un cura pobre, y como un ángel bueno,
Rogó por ella y la enterró en sagrado;
Pues yo, apartado del dolor ajeno,
Soy tan poco feliz, que nunca he orado.

»¡Al pensar en sus besos repetidos,
Pensó la madre fiel cuanto queria;
Soñando en mis sarmientos encendidos,
Soñaba la infeliz lo que debia!

»¡Pobre madre, que helada y delirando,
Muerta al umbral de mi feliz estancia,
Extática quedó, como escuchando
Las dulces melodías de mi infancia!

»¡A qué extremo fatal me han conducido
El oro, el egoismo y la indolencia!
Obré mal, ¿qué quereis? así he nacido,
Y el gusto es condicion de la existencia.»—

Honorio y Paz, al hombre contemplando,
En muda y noble indignacion se abrasan,
Y de ira ardiendo y de dolor llorando,
Miran gimiendo, y despreciando pasan.

ESCENA VIGÉSIMASÉPTIMA.

EL PECADO DE LA PEREZA.

(TERCERA PARTE).

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro volcanizado.*

PERSONAJES.

Honorio. — Paz. — Los extáticos. — Las virtudes estériles. — Los españoles. — Felipe IV. — Ines de Ribera.

ARGUMENTO.

Hallan Paz y Honorio á los extáticos, á las virtudes estériles, á varios españoles y á Felipe IV. — Ven despues á una mujer en medio de dos hombres, que, por herirse furiosos, involuntariamente la hieren á ella. Cuenta uno de ellos la historia de Ines de Ribera, la cual recibia á dos amantes á distintas horas de la noche: una vez se encontraron en el fondo de una atajea, por donde entraban y salian, y no pudiendo retroceder, murieron ahogados por el agua destinada á regar un jardin. Vuelven Honorio y Paz á tomar el camino de la via láctea, y continúan su viaje por los espacios.

Entre el vapor de fuego que caia,
Rendido Honorio, Paz infatigable,
Cruzando el astro van, que casi ardia,
Bajo el calor de un cielo insoportable.

Y lamentando, aunque sus piés se abrasan,
Más que la propia, la desdicha ajena,
Sufriendo al ver sufrir, inquietos pasan
De dolor en dolor, de pena en pena.

Al llegar á los sitios abrasados
De unas playas tranquilas y desiertas,
Se encuentran á los seres extasiados,
De mentes locas y de entrañas yertas;

Que, abandonados con inútil calma
A las várias delicias del reposo,
No piensan que, lo mismo que nuestra alma,
El cuerpo se corrompe estando ocioso.

Y los codos hincando en las rodillas,
Se entregan con placer á sus quimeras,
Y apoyando en sus manos las mejillas,
Se quedan sin moverse horas enteras.

Hallan despues á los que llaman buenos,
A quien la ardiente caridad no inflama,
Que nunca sienten, de indolencia llenos,
La gran virtud del que padece y ama.

Jamas la luz de ajenas alegrías
En la virtud estéril reverbera;
Que en ciertas almas, cual la nieve frias,
Ni reina el vicio, ni el amor impera.

Muestran con gesto, en la apariencia amante,
Con blando acento y corazon de roca,
Una inútil bondad en su semblante,
Que hiela lo que mira y lo que toca.

Dejando Honorio y Paz las almas ruines,
Que en vano en sueños escuchar intentan
Las cosas que los buenos serafines
A los oidos de los que aman cuentan,

Unos hidalgos ven, cuyos semblantes
Jamas revelan ni placer ni pena,
Pues piensan sólo en disipar instantes
Por la árida extension de un mar de arena.

Tan bravos infanzones, convirtiendo
A la pereza en su deidad querida,
Haciendo sólo tiempo, van haciendo
Un eterno bostezo de la vida.

Allí al ciego querer de la fortuna
Felipe IV, el español, se entrega,
Y jamas llega á tiempo á parte alguna,
Esperando una cosa que no llega.

Vasallos dignos de él le van siguiendo,
Que holgando hacen al Rey digno agasajo,
Y más que en trabajar, sufren huyendo
Del que llaman demonio del trabajo.

Cercando á una mujer de estrecha frente,
Dos hombres ven que con furor combaten;
Mas ella entre los dos sufre indolente,
Cual les dejó morir, que ellos la maten.

INES DE RIBERA.

Era Ines de Ribera, que en Granada
Tristemente fué célebre algun dia;
Tipo comun de dejadez, mezclada
Con cierta astucia subterránea y fria.

Y al ver que Honorio y Paz lloran su suerte,
—«Ésta», —uno de ellos á decir comienza,
«Arrastró nuestros cuerpos á la muerte,
Hundiendo nuestro nombre en la vergüenza.

»Habia y hay en la feraz Granada
Cierto conducto angosto y encubierto,
Por donde hallando artificial entrada
El agua del Genil, regaba un huerto.

»Por la acequia arrastrándose anhelante,
A contemplar de noche á esta señora,
Al ocultarse el sol, iba un amante,
Y otro amante despues iba á deshora.

»Chocando ¡ay Dios! cabeza con cabeza,
Una noche en la oscura cañería,
Ya sin poder retroceder, tropieza,
Con el hombre que entraba, el que salia.

»Como amantes los dos, faltos de juicio,
Se apretaban furiosos las gargantas.
¡Nunca alumbró tan bárbaro suplicio
El sol, que alumbra desventuras tantas!

»¿Qué hacia en tanto la mujer funesta?
Dejar que horrible se cumpliese el hado,
Pues áun amando á dos, siempre fué en ésta
Más grande la pereza que el cuidado.

»Ántes de ser desesperadamente
Uno por otro destrozado y muerto,
Corriendo por la acequia de repente
El agua del Genil, entró en el huerto.

»Al verse por las aguas inundados,
Y el uno contra el otro comprimidos,
Se oyeron dos gemidos sofocados.....
Mas despues no se oyeron ni gemidos.»—

Calla, se miran, y con rabia y tedio
Renuevan ambos su feroz querella,
Y al pegarse los dos, con ella en medio,
Se dan el uno al otro y dan en ella.

De la mujer funesta, pero amada,
Tiran despues con cólera homicida;
Y si á medias amó, casi arrastrada,
A medias sufre, entre los dos partida.

Mas de aquella mujer de escasa frente
Nunca la fuerza de la inercia abaten,
Pues sin ódio ni amor, sufre indolente,
Cual les dejó morir, que ellos la maten.

Los dos huyen despues, con ella en medio,
Demostrando en su bárbaro suplicio,
Ellos la rabia, el deshonor y el tedio,
Y ella la inercia, el deshonor y el vicio.

Despues Honorio y Paz, andando, andando,
Pusieron fin á su estival carrera,
Y alejados del sol, fueron dejando
De su calvario la estacion primera.

De nuevo entrando en la celeste via,
Siguen los dos ese inmortal sendero,
Ancha faja de luz, que parecia,
De soles en fusion blanco reguero.

Y más que por sus penas, fatigados
De ver un vicio aquí, y allí otro vicio,
Prosiguen su camino, condenados
A andar de precipicio en precipicio.

ESCENA VIGÉSIMAOCTAVA.

EL PECADO DE LA AVARICIA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro de oro.*

PERSONAJES.

Honorio. — Paz. — Los usureros. — Gil Gomez. — Los malos jueces. — Caton. — Creso. — Craso. — Perícles. — Los venteros de Daimiel.

ARGUMENTO.

Llegando al planeta donde se purga el pecado de la avaricia, encuentran á Júdas con los usureros; á uno que les cuenta el hurto de Gil Gomez; á los malos jueces mezclados con los ladrones; á Caton con los avaros; á Creso y Craso acompañados de los conquistadores, y á Perícles con los dilapidadores. — Ven luégo á los venteros de Daimiel, que les cuentan el robo y parricidio cometidos en su propio hijo. Despues Honorio y Paz vuelven á seguir por la via láctea su peregrinacion celeste.

Y andando más y más, miran delante
Un astro rojo relumbrar un dia,
Donde el rayo feliz de un sol levante
Próvido el oro y los diamantes cria.

Aunque allí el ánsia de apilar inquieta,
Rueda inútil la plata por el suelo:
Da fiebre de adquirir aquel planeta,
Inagotable Potosí del cielo.

La tierra el seno de metal mostraba
Por las grietas sin fin de un suelo hendido;
El agua de los rios reflejaba
Los cambiantes del oro hecho fluido.

La tierra, como el agua, al hombre ofrece
Los milagros que sueña la pobreza,
Y hasta la árida arena allí parece
Que exhala de sí misma la riqueza.

Allí, por una baja idolatría,
Está el becerro de oro hecho divino,
Y el sitio de la escena, parecia,
De la historia oriental del vellocino.

Triunfando los innobles pensamientos,
El hurto solo el corazon halaga,
Excitando en los ricos avarientos
Una hidrópica sed, que no se apaga.

En vano reclinando la cabeza,
Quiere gozar de calma la codicia;
Que aumenta el oro el ánsia de riqueza,
Y exalta la riqueza la avaricia.

Nada de Paz los ojos alegraba;
Hasta el color del campo era amarillo:
La rica arena estéril no criaba
Ni romero, ni rosas, ni tomillo.

Y ven que, de usureros circundado,
Su talla Júdas el traidor ostenta,
Crespo el cabello y de color dorado,
Con la cara tambien amarillenta.

Despues Honorio y Paz se acercan, viendo
Un avaro á quien otros perseguian,
Y á una gente que, audaz, tras de él corriendo,
—«¡Asesino de muertos!»—le decian.

GIL GOMEZ.

—«¿Quién es ese infeliz, que un torbellino
De enemigos cercais?»—Paz les pregunta;
Y uno de ellos contesta:—«Un asesino,
Que una vez cortó un dedo á una difunta.

»Es Gil Gomez, señora,»—proseguia,
«Avaro, sacristan, y valenciano,
Que por robar á una difunta un dia,
Creyendo ser ladron, fué cirujano.

»Miró á una muerta Gil llevada en coche;
La vió enterrar con sus anillos de oro,
Y al nicho el muy bribon volvió de noche,
Como vuelve el avaro á su tesoro.

»No pudiendo sacarle un grueso anillo,
El sacristan, con el mayor denuedo,
Su linterna dejó, sacó un cuchillo,
Y ¡horror! cortó de la difunta un dedo.

»Por efecto tal vez de la sangría,
Miéntras Gil, por huir, al viento pasa,
Alzándose la muerta, que vivia,
Cogió la luz y se volvió á su casa.

»Mas desde entónces Gil, lleno de miedo,
Sin que haya nada que su espanto venza,
Miéntras vive ella alegre y sin el dedo,
Él se muere de susto y de vergüenza.

»Por eso siempre y sin cesar la gente,
Por cualquiera lugar que Gil camina,
—«¡Al valiente!», —le gritan, — «¡Al valiente,
Que hace vivir los muertos que asesina!»

Ven luégo curas, jueces y doctores,
Que vendieron con sórdida avaricia,
Por oro, por favor ó por honores,
Unos gracia, otros ciencia, otros justicia.

Tirándoles al rostro su grillete,
Se vengan de los jueces los penados,
Y en ir con los marchantes de bonete,
Se juzgan los ladrones deshonrados.

El ánsia de adquirir no tiene freno;
Lo suyo y lo no suyo les desvela;
No les deja dormir el bien ajeno,
Y ansiado el propio bien, los tiene en vela.

Patricio sin valor, venal esposo,
Recogiendo y ansiando cuanto mira,
Se arrastra allí Caton el virtuoso,
Mancillando hasta el aire que respira.

Marcha Creso detrás, que fué preclaro
Por contar más tesoros que proezas,
El que avaro, y tan sólo por avaro,
Las riquezas amó por las riquezas.

Y con Craso el venal, al que proclaman
Los proscritos de Sila el gran villano,
Marchan los héroes, que á sus robos llaman,
Lo mismo allí que aquí, golpes de mano.

Y va Perícles, que lanzó á la guerra
A su patria, ocultando su codicia,
Enseñando falaz cómo en la tierra
Nació la crueldad de la avaricia.

Ven luégo dos esposos que suspiran,
Y que huyen de mirarse frente á frente,
Porque se dan los dos, cuando se miran,
El horror que da al ave la serpiente.

LOS VENTEROS DE DAIMIEL.

Suspende, al verlos, la mujer su lloro,
Y á Honorio y Paz les dice con tristeza:
—«¿Quereis en cambio de la paz el oro?
¡La paz del alma es la mayor riqueza!

»¡Yo soy»,—prosigue,—«una mujer maldita,
A quien ha vuelto de avaricia loca
La sed del oro, un monstruo que marchita
El corazon que con su mano toca.

»Pobre, con fe, y una medalla al cuello,
Fué nuestro hijo á correr tierras extrañas,
Y despues de encantarnos por lo bello,
A Flándes admiró con sus hazañas.

»Tras largo tiempo de su patria ausente,
Llegó un soldado á nuestra venta un dia;
Era el rico, era el bello, era el valiente,
Era el hijo infeliz del alma mia.

»Sin darse á conocer, de mi sigilo
Fió el caudal de que volvia dueño:
Cogí el dinero, él se durmió tranquilo;
Mas yo no pude conciliar el sueño.

»Sin conocer al hijo, y codiciosa,
Al ver en mi poder tan gran tesoro,
Sentí la tentacion vertiginosa
Que da, al alcance de la mano, el oro.

»Busqué á mi esposo, y como, mal guardada,
La miés inspira el robo y el saqueo,
Me dejó á su presencia avergonzada,
Cogiéndome en el aire un mal deseo.

»Viendo tanto oro relucir enfrente,
Nos miramos la esposa y el esposo,
Y jamas á un mirar más elocuente
Un silencio siguió más espantoso.

»En la estancia del huésped, que dormia,
Pasó despues, entre la sombra oscura,
Una escena de sangre, una agonía,
Un delirio, un horror, una locura.

»¡Cuando vi, al enterrarle, la medalla.....!»—
Aquí enmudece, en su dolor se abisma,
Y dice al hombre, que no hablaba:—«¡Calla!
Pues más que me odias tú, me ódio yo misma.»—

Y continuó despues:—«Mudos cual bronces,
Viendo al hijo del alma asesinado,
Cayó de nuestros párpados entónces
La lágrima mayor que se ha llorado.

»—Pero ¿cómo al decirte: ¡Oh madre mia!
Su voz no conociste?», exclama el padre.
Y dice la mujer:—«Porque creia
Que era otro hijo, que hablaba de otra madre.»—

Y el hombre y la mujer en sus miradas
El mutuo horror de su maldad revelan,
Y se cruzan las frases aceradas,
Y las ideas que asesinan vuelan.

Y al padre vil la madre le decia:
—«¿Te acuerdas del dogal con que le ataste?»—
—«¿Y recuerdas», —el padre respondia,
«El puñal con que atroz le asesinaste?»—

—«Fué el mismo que despues clavé en mi pecho»,
Dice ella, —«castigando mi avaricia.»—
—«Yo, ahorcándome»,—dice él,—«en mi despecho,
Con el mismo dogal me hice justicia.»—

—«¡Parricida!»—uno de otro aborrecido,
Gritan con alma de dolor transida;
Y el eco, doblemente repetido,
—«¡Parricida!»—responde,—«¡parricida!»—

Y siempre recordando al hijo muerto,
El hombre avaro y la mujer avara,
Se miran cual si un dia en un desierto
Se hallasen con un tigre cara á cara.

Y ya léjos, mirándolo hacinado,
—«¡Oro! ¡Más oro!»—la mujer decia;
Mas el hombre á su vez, desesperado,
—«Pero ¡y la paz del alma!»—respondia.

* * *

Del astro sin quietud en que, villanos,
Para robar el oro que apilaban,
El padre al hijo, el hijo á sus hermanos,
Como el buitre á su presa, se espiaban,

Odiando Honorio y Paz todos sus dones,
Con la cara de horror casi amarilla,
Se alejan de un lugar donde á montones,
Inútil para todo, el oro brilla;

Y donde, en ánsia vil, jamas se ha hallado
Ni un corazon con paz ni un sér risueño.
Lugar de los insomnios adorado,
Donde nunca á dormir se pára el sueño.

ESCENA VIGÉSIMANOVENA.

EL PECADO DE LA GULA.

LUGAR DE LA ESCENA : *Un astro despeñado.*

PERSONAJES.

PAZ.—HONORIO.—LOS GLOTONES.—UN DESTACAMENTO DE FRANCESES.

ARGUMENTO.

Un dia alcanzan á ver una especie de cometa en el que están castigados los glotones, y ven á Heliogábalo, Galba, Claudio Albino, Mitrídates, Lúculo, Vitelio, Maximino, Enrique VIII y Catalina de Lancáster. El capitan de un grupo de soldados franceses les cuenta la heroicidad de Blanca Armendáriz, quien, envenenándoles el vino, bebió y murió con ellos, matándolos á todos por ser enemigos de su patria.—Honorio y Paz ven desaparecer el cometa.

Un dia que encantados contemplaban
Esos globos inmensos de topacio,
Que en infinita profusion brillaban,
Sembrados como polvo en el espacio,

Ven que en sus curvas, ondulante y vária,
En marcha desigual, sin luz ni huella,
Describiendo una elipse cometaria,
Luce errática y nómade una estrella.

En un golfo de pálidos vapores,
Balanceando sin fin, vira en redondo,
Cual del mar se abandona á los furores
Algun barco que hace agua, al irse á fondo.

Despues de ir, ya subiendo, ya bajando,
Del cenit al nadir, marcha el cometa
De un lado al otro, en derredor girando,
Cual gira sobre el eje una veleta.

Cuanto anda en él, ó rueda ó se desliza;
Marea el movimiento como el vino;
En el suelo de arena movediza,
Donde pisan los piés, huye el camino.

Junta el cometa en su veloz carrera,
Describiendo la elipse cometaria,
Al tumbo de una innoble borrachera,
El vaiven de una danza involuntaria.

Nada tranquilo ni de pié se tiene;
Los que marchando van, marchan lo mismo
Que un hombre que se agita, y que va y viene
En un barco que rueda en un abismo.

Movidos siempre allí, sin que se muevan,
Ven Césares rodar con pié inseguro,
Que en los anillos de sus dedos llevan
El retrato del cínico Epicuro,

Como Galba, Heliogábalo y Albino,
Que presentan sus caras amarillas,
Con los labios resecos por el vino,
Jaspeadas por los besos las mejillas.

Marcha, no hallando de parar manera,
Mitrídates tambien, de rabia lleno,
Que en su estómago atroz de hambrienta fiera
Voraz desafiaba hasta el veneno.

Y amando el juego y el beber sin tino,
Y la mesa y el circo y las mujeres,
Van Lúculo, Vitelio y Maximino,
Gastados por frenéticos placeres;

Y Enrique VIII, el del impuro fuego,
Que podia beber cuanto queria;
Y Catalina de Lancáster luégo,
Que queria beber cuanto podia.

Todos, haciendo á la razon insulto,
Tentaban la justicia del destino,
Palpitando en sus labios en tumulto
La muerte, el vicio, el deshonor y el vino.

Mareados se desploman, caen, juran,
Cual en un barco por la mar perdido;
Despues como sonámbulos murmuran
Palabras desprovistas de sentido.

Y Honorio y Paz despues ven que, gritando
Un ruidoso tropel, á gran distancia,
Más y más cada vez se va acercando,
Diciendo sin cesar: —«¡Viva la Francia!»—

Y dando hácia los dos pasos inciertos,
Cual beodos que salen de una orgía,
En tanto que en sus labios entreabiertos
Una sonrisa idiota aparecia,

Salió uno al frente, que hácia Honorio anduvo,
Le saludó colérico, aunque urbano,
Con la rabia de un galo que no tuvo
La gloria de morir espada en mano.

BLANCA DE ARMENDÁRIZ.

Y el bravo capitan de aquellas gentes,
Encarándose á Honorio, así decia:
—«Llegué con este grupo de valientes
A cierto pueblo de Navarra un dia.

»Fiel á su patria, y á la fe traidora,
Para acabar con mi brigada entera,
Disfrazada y cruel, cierta señora
Se convirtió de pronto en cantinera.

»Viendo el vino y la jóven, nos rendimos
Al goce de una innoble intemperancia,
Y bebimos, bebimos y bebimos,
Exclamando al beber :—«¡Viva la Francia!»—

»Porque yo, astuto y receloso acaso,
La pregunté si el vino era un veneno,
Me miró la mujer, y apuró un vaso
Con pulso firme y corazon sereno.

»Hallándonos en guerra y en España,
Dudar debí de la mujer aquella.....
¿Quién resiste al prestigio que acompaña
A un rey si es bueno, á una mujer si es bella?

»Al vernos vacilar, ella arrogante,
—«Ya el veneno os abrasa, os turba el vino,»—
Nos dijo audaz, brillando en su semblante
La expresion infernal del asesino.

»Y mostrando, fanática, en sus ojos
Un patriótico amor y un ódio eterno,
—«¡Viva España!»—gritó con labios rojos
Como el tizon más rojo del infierno.

»Blanca, al mirar que echaban mis valientes
La mano á sus inútiles espadas,
Una risa infernal muestra en los dientes,
Y un báquico delirio en sus miradas.

»Me lancé yo á matar aquella fiera;
Mas vi su cara de color de rosa,
Y caí sin matar por vez primera,
Porque al fin soy frances, y ella era hermosa.

»Y era ademas tan brava, que aquel dia
Con risa tan gentil bebió el veneno,
Que, entreabierta, su boca parecia
Un vaso de coral de perlas lleno.

»Dispuestos ya á morir mis camaradas,
Uno jura, éste ruega, aquél suspira:
Era un cáos de frases pronunciadas,
Una vez con ternura, otras con ira.

«—¡Adios, mi eterno amor! Allá te espero.—
—¡Qué risa de mujer! ¡Maldita sea!—
—¡Desgraciado de mí, porque me muero
Sin oir las campanas de mi aldea!—

»—Nadie esta infamia sospechar podria.—
—¡Bendigamos á Dios, pues lo ha querido!—
—¿Qué dirás de nosotros, patria mia?—
—¡Quién pudiera morir donde ha nacido!»

»Dándose todos, al caer, la mano,
Se acuerdan al morir, aunque beodos,
Uno del padre, el otro del hermano,
Y de su madre y de la patria todos.

»Y al fin, entre nosotros maldecida,
Como nosotros de sufrir cansada,
Soltó tambien la carga de la vida
La mujer venenosa envenenada.»—

Calló aquí el capitan, y en tal momento,
Por la memoria del veneno herido,
Aletargado, inmóvil, soñoliento,
La cabeza inclinó, como dormido.

Y consigo despues en tierra dando,
En honda estupidez, aquella gente,
Uno á uno cayeron, imitando
El letargo brutal de la serpiente.

Y dejando aquel astro, en su camino,
Las curvas de sus órbitas borradas,
Se aleja, cual errante peregrino,
Del éter por las playas azuladas.

Honorio y Paz desde la láctea via
Lo ven que, como esquife arrebatado,
En una elipse inmensa se movia
Por las sendas del cielo extraviado.

Y se quedan los dos del cielo enfrente,
Casi sintiendo del terror el frio,
Miéntras ven el planeta enteramente
Perdido en los desiertos del vacío;

Admirando las glorias infinitas
Del Dios que reina en su inmutable asiento,
Que con letras de fuego están escritas
En la bóveda azul del firmamento.

ESCENA TRIGÉSIMA.

EL FIN DE UN MUNDO.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro moribundo.*

PERSONAJES.

PAZ.—HONORIO.—JESUS EL MAGO.—LAS ALMAS EN PENA.—PALACIANO.

ARGUMENTO.

Sorprende á Paz y á Honorio el espectáculo de la destruccion de un mundo. Quedan en el vacío una multitud de almas en pena, que van guiadas por el espíritu de Palaciano.

A la parte oriental de su camino,
Ven que un dia siniestro se descubre
Ese color oscuro y mortecino
De los últimos dias del Octubre,

Y entre una multitud de inmensas moles,
Un planeta brillar por todos lados,
En un vasto archipiélago de soles,
Por un cósmico mar desparramados.

Como al brillo de un sol que se ponia,
Sintiendo Honorio y Paz el alma inquieta,
Asisten á la bárbara agonía
De las últimas horas de un planeta.

De pronto un gran fragor, sobrecogido
Dejó hasta á Honorio, que, en su eterno duelo,
Jamas le conmovió ningun rugido
Ni del mar, ni del mundo, ni del cielo.

Y al tiempo en que del ruido desusado
La causa Honorio con afan inquiere,
Dice Jesus, pasando por su lado:
—«Cumplió su tiempo ese planeta y muere.»—

¡Oh ley universal! ¿Es que perecen,
Como el hombre, los astros en el cielo?
Despues que vegetando resplandecen,
¿Llegan tambien á una vejez de hielo?

¿Qué es ya ese mundo? Impulso que se agota,
Cósmos sutil que agonizando vaga,
De un péndulo inmortal fuerza ya rota,
Voz que se extingue, hoguera que se apaga.

Mirando el astro aquel, despavoridos,
Más les consternan, cuanto más caminan,
Los débiles, siniestros y perdidos
Resplandores de luz que lo iluminan.

Condensándose más, van adquiriendo
Las nubes un carácter despiadado,
Y toman, descendiendo, descendiendo,
Un color uniforme y aplomado.

Vertidos de los montes, descendian
Derramados sin cauces los torrentes.
Los rayos, ondulando, parecian
Unas sueltas nidadas de serpientes.

Sigue el fragor, y á un resplandor intenso
Unas llamas le siguen amarillas;
Despues se deja oir el ruido inmenso
De mares que rebasan sus orillas.

Por encima del astro, temerosas,
Variadas de color, vuelan las aves,
Cual luces de San Telmo, esplendorosas,
Que en los mástiles brillan de las naves.

Brota el follaje lánguidos gemidos;
La tierra desquiciándose crujia;
Los cuervos, arrojados de sus nidos,
Lanzan gritos furiosos de agonía.

Troncos, que caen sobre troncos muertos,
Se ven unos sobre otros hacinados,
Y son en sus guaridas y desiertos,
Los seres que devoran, devorados.

En las gredas del suelo abigarradas,
Rabiosos los reptiles se acumulan,
Y nubes de humo y polvo, condensadas,
Como inmensos murciélagos circulan.

En los bosques los árboles se agitan,
Y mezclando sus voces lastimeras,
Se confunden, se asordan y se imitan
Árboles, hombres, pájaros y fieras.

Abren los rios por los campos calles,
Traslada el mar su natural asiento,
Caen rotos los montes en los valles,
Y los valles deshechos en el viento.

Miéntras tomaba así forma gaseosa,
Honorio el pitagórico escuchaba
Una cierta elegía misteriosa
Que el mundo al deshacerse murmuraba.

Al astro, en fin, el huracan sacude,
Y hasta el centro de su eje el suelo agrieta,
Y en él á condensarse el viento acude
De todos los extremos del planeta.

Cual Etna, desde el valle hasta la cumbre,
En bárbara explosion el mundo estalla.
Va cesando el fragor, muere la lumbre,
Y apagado el volcan, el viento calla.

Extingue, derramada, el agua al fuego;
Torna el fuego las aguas en rocío;
El rocío se extiende y sube, y lúego
Humo..... vapor..... cenizas..... y ¡el vacío!

Y Honorio y Paz despues con ánsia horrible
Vieron, lanzando una postrer mirada,
Que todo quedó al fin en paz terrible,
Entrando en los abismos de la nada.

Sólo nubes de espíritus ligeras,
Ya sin los cuerpos de que fueron dueños,
Sin forma ni color, por las esferas
Cruzando van como los malos sueños.

Corren las nubes cual la densa bruma
Que alza, sonando, por la tarde el rio;
Y como nada sobre el mar la espuma,
Van las almas nadando en el vacío.

Mira la turba, en lágrimas deshecha,
La tierra muerta ya de sus dolores,
Porque en la pàtria de sus penas echa
Raíz el corazon como las flores.

Las almas que aparecen ó se esconden,
Mezclándose entre sí, vertiginosas,
Parece que preguntan y responden,
Gorjeando unas palabras misteriosas.

Luégo, acudiendo el transparente bando
Hácia el punto central de los extremos,
Cual blancas aves de la mar girando,
Se preguntan con ánsia: —«¿Adónde iremos?»—

¡Ay! no tienen los ángeles memoria
De tanta angustia y de tan hondos gritos,
Desde el dia en que Dios reinó en su gloria
En medio de vacíos infinitos.

Los espíritus, juntos ó apartados,
Van volando uno á uno y ciento á ciento,
Cual las briznas de yerba de los prados
Que se lleva una ráfaga de viento.

Entre la turba, al parecer maldita,
Paz una sombra á distinguir alcanza,
Y—«¡Es él! ¡es él!»—entusiasmada grita,
Abriendo el corazon á una esperanza.

Y en seguida la madre y el hermano,
Con vista aguda y con atento oido,
Lograron ver y oir á Palaciano
De un rebaño de espíritus seguido;

Pues del astro á los últimos reflejos
Corrió á guiar las almas lastimeras,
Como un hada que acude desde léjos,
Buscando á sus errantes compañeras.

FIN DE LA JORNADA QUINTA.

EL DRAMA UNIVERSAL.

JORNADA SEXTA.

ESCENA TRIGÉSIMAPRIMERA.

EL PECADO DE LA IMPUREZA.
(PRIMERA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA : *Un sol putrefacto.*

PERSONAJES.

Paz. — Honorio. — El Príncipe sin nombre.

ARGUMENTO.

Llegando Paz y Honorio á otro de los astros donde se purifican las almas que mueren en pecado, encuentran el lugar donde se purga el pecado de la impureza. Entre los seductores hallan un hombre perseguido por una bacante : le pregunta Honorio quién es, y le contesta que fué u.. príncipe, que, prendado de los ojos de una religiosa, la requirió de amores, y ella hizo el sacrificio de sacárselos, regalándoselos en un plato para escarmiento de sus malos deseos.

Honorio y Paz, ajenos de reposo,
Sumidos en mortal melancolía,
Llegaron á un lugar caliginoso,
Donde el demonio blasfemó algun dia.

Y en el rincon del éter más impuro,
Su inquietud aumentando y sus pesares,
Un astro vieron de color oscuro,
Del cielo entre los rojos luminares.

Cuando al planeta á su pesar llegaron,
Venciendo su pudor y casi á oscuras,
Con asco, Honorio y Paz, el suelo hollaron
Del astro de las fáciles ternuras.

De aquel lugar la calma y el contento
Los desterró el placer: ¡tierra maldita,
Donde húmedo y letal esparce el viento
Cierto fétido olor de flor marchita!

Pisando siempre el limo de los rios,
Se abren paso al andar con piés y manos,
Por bosques de hongos fétidos y umbríos,
En un suelo de charcas y pantanos.

Cegándolos, recorren á bandadas,
La atmósfera y las aguas corrompidas,
Mariposas negruzcas y pesadas,
Del hedor y la fiebre hijas queridas.

Nacen del cieno, cual los hongos crecen,
Una especie de sátiros lascivos,
Que, más bien que unos sátiros, parecen
Reptiles de oceános primitivos.

Con el ánsia del vicio sin donaire,
El gusto hasta el hastío provocando,
Se ciernen los amores en el aire,
Sus ardientes antorchas agitando.

Amores que, en su lúbrica torpeza,
Dan grima al noble amor; raza sin nombre,
Que junta la malicia á la impureza,
Mezcla de mono, de reptil y de hombre.

Con escándalo inquietos, repugnantes,
Los sátiros, á monos parecidos,
Y mezclados con ellos las bacantes,
Sucios monstruos de géneros perdidos,

Persiguen á Tenorios, que sintiendo
Una dicha sensual, pero funesta,
Gozaron sin virtud, no conociendo
Del puro amor la privacion honesta.

Y huyen ante ellos en tropel inmundo;
Pues seres ya para el placer perdidos,
Furiosos agotaron en el mundo
El placer sin amor de los sentidos.

Paz con vergüenza, Honorio pesaroso,
En un juncal que, á la siniestra mano
Crece al borde de un rio cenagoso,
Que se pierde sumido en un pantano,

Ven que á un hombre, con cínica sonrisa,
Siguiendo más impúdica que amante,
Deja colgar al soplo de la brisa
Su trenza desgreñada una bacante.

Debajo de su lúbrica mirada
Y en torno de su boca centellea
La expresion fatigosa y fatigada
Del ánsia vil, que desear desea.

Descalzo el pié, los hombros escotados,
Ni siquiera ocultaba, desceñida,
Bajo el cuello procaz, los mal velados
Misteriosos santuarios de la vida.

Llevando, como Vénus, la bacante,
La victoria del vicio en la cintura,
Mostraba al hombre en su voraz semblante
La contorsion de la sonrisa impura.

Y al jóven que implacable perseguia,
Con brazos por la fiebre descarnados,
En un plato de barro le ofrecia
Unos ojos vidriosos y apagados.

Y—«toma»—nauseabunda susurraba,
Como silba el reptil húmedo y frio;
Y el jóven, escuchándola, exclamaba:
—«¡Qué odioso, santo Dios, es el hastío!»—

EL PRÍNCIPE SIN NOMBRE.

Detuvo al hombre, hasta el furor hastiado,
Honorio, preguntándole: —«¿Quién eres?»—
—«Un hombre, contestó, que, desdichado,
Sólo amó á la mujer, en las mujeres.

»Gran Príncipe nací, y aunque comienza
Mi vida en cuna real, he sido un hombre
Que, acaso por desprecio ó por vergüenza,
Ha olvidado la historia hasta mi nombre.

»A sor Clara una vez en su convento
La requerí de amor, con un cinismo,
Que en tan santo lugar y en tal momento,
Lo audaz deshonraria al crímen mismo.

»—¿No adivinais mi amor en mi mirada?—
Murmuré irreverente á sus oidos.
¡Oh juventud, por el placer cegada,
Que no piensa en más dios que los sentidos!

—«¿Qué os gusta en mí?»—me preguntó gimiendo.
—«Vuestros ojos»,—la dije, y tristemente,
—«¡Mis pobres ojos!»,—exclamó, volviendo
Al cielo con dolor su limpia frente.

»Y de su celda hácia la puerta andando,
—«Mi respuesta aguardad»,—serena dijo;
Y en el quicio apoyada, entró besando,
Con la fe de una santa, un crucifijo.

»Al pensar ¡oh miseria de la vida!
En su talle gentil, su rostro bello,
La respuesta aguardando prometida,
Hasta se hinchaba de placer mi cuello.

»Al umbral de la puerta, á poco rato,
Destrozadas las órbitas se asoma,
Y sus ojos me ofrece en ese plato
Con tranquilo ademan, diciendo: —«Toma.»—

»¡Horror! Cruzaron por el pecho mio
La sangre al ver de tan atroz presente,
Una llama primero, y luégo un frio,
Que hasta heló de mis lágrimas la fuente.

»—Toma,—añadió; —que mi presente pueda
A tu pecho sin fe volver la calma;
Y aunque ves que mi faz sin ojos queda,
Para mirar á Dios me basta el alma.—

»Me echó el plato y partió. De espanto yerto,
Yo en tanto miro el dón que, abominable,
Dejó en mi sangre para siempre muerto
El torbellino del amor culpable.»—

La bacante despues, siguiendo al hombre,
Tiende al correr su desgreñada trenza,
Y grita, huyendo, el Príncipe sin nombre:
—«¡Maldicion en la dicha que avergüenza!»—

ESCENA TRIGÉSIMASEGUNDA.

EL PECADO DE LA IMPUREZA.
(SEGUNDA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — GERMAN DE OSORIO. — LEANDRA DE ZÚÑIGA.

ARGUMENTO.

Se encuentran un grupo guiado por Semíramis. — Conoce Paz á German de Osorio y á su prima la Condesa del Pinar. Cuenta German cómo fué su muerte, y Honorio, que la presenció convertido en águila, concluye la historia. Les anuncia una bacante la llegada de Leandra de Zúñiga, la cual revela á Paz la historia de su pasion.

En el mismo planeta, el mismo dia,
Paz y Honorio pisaban con espanto
Una tierra animal, que parecia
Polvo de muertos amasado en llanto.

Llegando á cierto valle del dominio
De esta inmunda Pentápolis de cieno,
Donde corren, sembrando el exterminio,
Aires tibios, cargados de veneno,

Ven llegar una turba, que, impudente,
Se digna presidir, yendo delante,
Semíramis, la reina del Oriente,
Mala esposa, vil madre y torpe amante.

¡Grupo infernal! El fuego que os acosa,
¡Cuán horrible placer al crímen presta!
¡Mal haya esa pasion, plaga horrorosa,
Que el santo hogar de la familia infesta!

¡Oh amor, sólo posible cuando el hombre
Ve su razon de un vértigo atacada!
¡Ántes que inmundo pronunciar tu nombre,
Quede mi lengua al paladar pegada!

GERMAN DE OSORIO.

Mirando que, con aire lastimoso,
Sobre un hombre reclina su cabeza
Una mujer, que ha sido por su esposo
Castigada en un dia de flaqueza,

—«¡Qué cuadro!—exclama Paz.—¡Su prima hermana
De German sobre el pecho se reclina!
¡Maldita sea una pasion tirana,
Que así implacable el corazon domina!»—

—¡«Muy triste ha sido y es!»,—les dice Honorio,
«Allí y aquí, vuestra ignorada suerte!
¡Condesa del Pinar! ¡German de Osorio!
¡Cuán bueno es Dios en conceder la muerte!»

—«Ya veis ¡qué horriblemente ha castigado»,—
Le contestó German,—«nuestros amores,
El sér que del infierno ha desertado,
Si es que tiene el infierno desertores!

»El dia que en el bosque, alegremente,
Del brazo de esta pobre compañera,
Buscábamos los dos, junto á una fuente,
Un sitio de una eterna primavera,

»Al final de una senda conocida,
Hollando nuestros piés cierta espesura,
Una trampa de lobos, escondida,
A los dos nos cogió por la cintura.

»De este modo tan vil tomó venganza
De su esposa y de mí, su innoble esposo.
¡Es atroz, cuando al crímen se abalanza
El corazon de un hombre poderoso!

»Para romper la trampa maldecida
Hacíamos los dos esfuerzos vanos,
Forcejeando, áun á costa de la vida,
Con los piés, con los dientes y las manos.

»Como de ella el amor era infinito,
Por mí tranquila su dolor sufria,
Miéntras, oculto aún, nuestro delito
La sombra, hermana del pudor, cubria.

»Mas cuando ya ante el sol, desde el Oriente,
La brisa matinal á andar comienza,
Temiendo ver la luz, baja la frente,
Prefiriendo la muerte á la vergüenza.

»Recordando despues á aquel marido
De ojos de lobo y barbas encarnadas,
—«¿Por qué»,—me preguntó,—«no habrá querido
Partirme el corazon á puñaladas?»—

»Y hablándome tan cerca, que sentia
De sus labios de rosa el movimiento,
Pensando en él, inquieta me decia:
—«¿Desde dónde verá nuestro tormento?»—

»Moviendo en torno y con viveza rara
Los ojos hácia un lado y otro lado,
Miéntras que piensa en él, se ve en su cara
Del más vivo pudor el encarnado.

»Y despues, abrumada de tristeza,
Sobre mi pecho con furioso anhelo
Inclinó, para ahogarse, la cabeza,
Ya fria como un témpano de hielo.

»Y se apretó á mi pecho de tal suerte,
Que el tumulto la ahogó de sus gemidos.
¡Pobre avecilla, que buscó la muerte
Suspendiendo la accion de sus sentidos!

»Por ver si activo su prision quebranta,
Vuelve á luchar mi cuerpo, y forcejea,
Y se encorva, y se baja, y se levanta,
Y se dobla, y se estira, y se cimbrea.

»Mas, aherrojado allí, frente á la amante,
Me vió la aurora del tercero dia:
¡Si fuera el corazon de oro ó diamante,
Con tanto padecer, reventaria!

»¡Los buitres ya aquel dia acompañaban
Mis horas solitarias y febriles,
Y á roer nuestros piés se incorporaban,
Del seno de la tierra, los reptiles!

»Con altivo ademan, despues, llegando
Un águila feroz desde el desierto,
Espantaba los buitres, esperando
Mi cuerpo devorar despues de muerto.»—

Calló German, y á Paz tímidamente,
—«Esa águila era yo»,—le dijo Honorio.
Y á alzar volviendo la abatida frente,
Su historia siguió así German de Osorio:

—«¡Cuántas veces mis lágrimas secaba,
Llorando por mi triste compañera,
En la toca de encaje que guardaba
Su abundante y sedosa cabellera;

»Y ¡cuántas con más miedo que despecho
Vi al águila cruzar el aire vano,
Cual ve el ave, los hijos bajo el pecho,
Cerniéndose en los aires al milano.

»Causándome, por fin, un hambre horrible
El fruto que pendia en cada rama,
Y aumentando mi sed inextinguible
Los murmullos del rio entre la grama,

»Cada vez más y más desesperado,
De cuanto allí miraba y cuanto oia,
Muerto de sed, del hambre devorado,
El tormento de Tántalo sufria.

»Al cuarto dia, cuando el sol se alzaba,
Alumbrando el horror de mi martirio,
Ya el bosque todo para mí brillaba
Con esa mate palidez del lirio.

»Al fin, ¡qué horror! me asalta furibundo,
Viendo carne á mi boca tan unida,
Ese deseo indómito del mundo,
Que quiere, terco, recobrar la vida;

»Y ¡tanto, tanto mi ansiedad provoca,
Que abrí los labios y hasta hinqué los dientes.....!»—
Y al salir estas frases de su boca,
Caian de sus ojos dos torrentes.

—«Mas, por suerte»,—siguió,—«cuando pensaba
Mi existencia alargar, ya en torno mio
El hedor del cadáver derramaba
Un gérmen de terror, de ódio y de hastío.

»¡Era tanta mi furia, que comiera,
Maldiciendo á la vez, su carne pura,
Si yo comer y maldecir pudiera
A quien debo mis horas de ventura!

»Lucia el sol, los pájaros cantaban,
Y en tanto que, aumentando mis dolores,
Las palomas torcaces se arrullaban,
Y entonaban su amor los ruiseñores,

»Me trajeron, por fin, con mano amiga,
La ventura del último tormento,
La sed, el hambre, el sueño, la fatiga,
La fiebre, el deshonor y el desaliento.

»Y me hizo recordar una campana,
Sus vagas ondas al vibrar sonoras,
Que mi madre, cual siempre, con mi hermana,
Me esperaban rezando á aquellas horas.

»Y como ésta, al morir, cubrió aquel dia
Mi pecho fiel con su cabeza amante,
Yo, cariñoso, al inclinar la mia,
Su cabeza cubrí con mi semblante!»—

Acabando German con un gemido
La historia de sus grandes amarguras,
Le dijo aquel para quien siempre han sido
Las muertes unas vidas de aventuras:

—«Oye el fin de ese amor que vais llorando:
El águila que crees que del desierto
Vino á espantar los buitres, esperando
Tu cuerpo devorar despues de muerto,

»Pudo evitar, con su ademan altivo,
Que de los buitres las feroces sañas
Te devorasen, aherrojado y vivo,
Cual nuevo Prometeo, las entrañas.

»Pero evitar no pudo que aquel dia,
Por la carne atraidos y exaltados,
Los lobos en voraz carnicería
Dejasen vuestros huesos descarnados.

»Mas no quedó de vuestro amor ni seña,
Pues sin duda del Conde los sabuesos,
Por el honor velando de su dueña,
Dieron cuenta despues de vuestros huesos.

»—¡Y adios!»,—concluye, al alejarse, Honorio;
«¡Dichoso aquel que amó y ha sido amado;
Pues, áun sufriendo así, German de Osorio,
Nunca el que ama es del todo desdichado!»

Heraldo de deshonra, y de ira ciega,
Grita despues, corriendo, una bacante:
—«En cierto lecho, esa mujer que llega,
Entró una noche madre, y salió amante.»—

Y detras unos sátiros, que aullando,
Con el rostro procaz, de barro lleno,
Se aparecen de pronto, cual brotando
De chozas fabricadas bajo el cieno,

A una mujer con manto, ajada y bella,
Fatigan, persiguiéndola lascivos,
Y ofenden su pudor en torno de ella
Con besos figurados y expresivos.

Tocan al manto á veces, y ella, altiva,
Cuando alguno sus orlas profanaba,
De la fuerza del asco, convulsiva,
El manto de sus manos arrancaba.

Y al ver que su dolor mira piadosa,
Se acerca á Paz, diciendo:—«Oye mi nombre.»—
Y viendo á Honorio, añade pudorosa,
—«Mas vén; no me oiga, por piedad, ese hombre.»—

LEANDRA DE ZÚÑIGA.

—«Fuí madre, y digna de ventura tanta,
Viuda guardé con religioso celo
Mi castidad, virginidad más santa
Que la primera castidad del cielo.

»Lisena, mi doncella, al hijo mio
Amó sin fe con la adhesion que afrenta;
Yo, mirando en Lisena amor tan frio,
Sentia una inquietud calenturienta.

»Por dinero, su amor y hasta su lecho,
Dió de Lisena el corazon liviano
A la mujer que acumuló en su pecho
La llama toda del amor humano.

»¡Ay! una noche, de razon ajena,
Al hijo de mi amor, que yo adoraba,
Otra mujer más torpe que Lisena,
De acuerdo con Lisena, le aguardaba.»—

Y aquí Leandra balbuceó, y nombrando
La noche..... el lecho..... su demencia..... el hijo.....
Poco á poco su voz debilitando,
Fué á decir no sé qué, mas no lo dijo.

Y al ver Paz que, aturdida y casi loca,
Ni ideas para hablar, ni frases halla,
Con la mano tapándole la boca,
Mirando á Honorio, la decia: —«¡Calla!»—

—«¡Sumida en el dolor, muerta de espanto»,—
Leandra murmurando proseguia,
«Envuelta entre los pliegues de este manto,
No he vuelto á ver la luz desde aquel dia!»—

Dijo, y huyó: los sátiros aullando
La siguen en su rápida carrera,
Y en torno de ella impuros circulando,
«—¡Que muera!»,—gritan con furor,—«¡que muera!»

Y lapidarla, al fin, quisieron viles;
Mas, como Dios es grande y siempre bueno,
Por más que las buscaron cual reptiles,
Ni una piedra encontraron entre el cieno.

Y al verlos, dijo Paz: —«Contempla, Honorio,
¡Como Dios, en su gracia inagotable,
No trajo ni una piedra al purgatorio
Para arrojar á la mujer culpable!»

ESCENA TRIGÉSIMATERCERA.

EL PECADO DE LA IMPUREZA.
(TERCERA PARTE).

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto.*

PERSONAJES.

PAZ.—HONORIO.—PAULA MEJÍA.

ARGUMENTO.

Hallan á las Faüstinas, á Julia, á Lucrecia Borgia y á Juana de Nápoles. Pregunta Honorio su nombre á Paula Mejía, y ésta le cuenta que, sorprendida un dia, el marido obligó al amante á que pagase sus favores con un escudo, el cual, despues de horadado, le colgó su marido al cuello.

Andando con pavor y sentimiento
Por sitios sin color, de luz escasos,
De una tierra arcillosa el pavimento
El ruido amortiguaba de sus pasos.

No cruza sér alguno, sin que enferme,
De sus marismas la region desierta;
Y el triste que en sus páramos se duerme,
Con la fiebre en las venas se despierta.

Y al llegar á la pútrida hondonada
De una rambla arenisca y pantanosa,
Donde crecen la palma enamorada
Y la adelfa risueña y alevosa,

Hallan mujeres de ojos centellantes,
Bocas grandes, y espesas cabelleras,
Con labios rojos, gruesos, palpitantes,
Altas de pechos y anchas de caderas;

Y ven que allí, donde purgar se siente,
Del satisfecho amor la horrible plaga,
Corre impregnado el bochornoso ambiente
De un cierto olor de almizcle, que empalaga.

La boca sin carmin, cárdeno el cuello,
Marchando las impuras Faüstinas,
Los rostros enlodados, y el cabello
Cual monstruos de cavernas submarinas,

Mueven aún, con presuncion de hermosas,
Los ojos ya apagados y sombríos,
Y al verlas todavía deseosas,
En vez de ardor, se sienten calofrios.

De Julia, hija de Augusto, se presenta,
De fango llena, la imperial figura;
Si hoy triste, descarnada y macilenta,
Radiante en otro tiempo de hermosura.

Pensando en el pasado, áun bebe ansiosa
El dejo de sus lúbricos amores,
Porque es sólo una planta venenosa,
Cuando ha dado el placer todas sus flores:

Tras de ese amor, que en el placer empieza,
Y acaba en el desprecio y el hastío,
No faltó á su vejez ni una bajeza,
Ni hambre, ni sed, ni desnudez, ni frio.

Aunque á muchos despues, por el semblante,
Paz y Honorio, pasando, conocian,
De ofrecerles el bálsamo irritante
De consuelos vulgares se abstenian.

Vil como ella, á la Borgia sanguinaria
La muerte le infiltraba en el aliento,
Invisible Locusta, una malaria,
Que el veneno esparcia por el viento.

Del grupo de unos sátiros furiosos
Huye Juana de Nápoles, hastiada.....
No vi jamas en ojos más hermosos,
Más audaz ni más firme una mirada.

Desconsolada Paz, y triste Honorio,
Llorando á solas ven una belleza
En el sitio peor de un territorio
Donde reinan la fiebre y la tristeza.

Y—«¿Quién eres?»—preguntan á la dama,
Que en el lugar del astro más oscuro
Brillaba, cual la flor sobre una rama
Que ha tocado, al pasar, un aire impuro.

Ella al sentir colgada por delante
Una moneda taladrada al cuello,
Procurando ocultarla, en su semblante
Del más negro pesar llevaba el sello.

PAULA MEJÍA.

—«Fuí por mi esposo sorprendida, un dia
Que mis deberes olvidé de esposa»,—
Respondió á Paz, al fin, Paula Mejía,
Encendida su faz como una rosa.

—«Págala bien»,—de palidez cubierto,
El marido cruel dijo al amante,
En cuyos brazos ¡ay! debí haber muerto,
Ciega de amor, perdida y palpitante.

—«O al punto»,—continuó con rabia fiera,
«Te parto el corazon con esta daga,
O un escudo la das, de igual manera
Que á una mozuela de cuartel se paga.»

»¡Ay! el amante obedeció al marido;
Aquél, infame, y éste, rencoroso.
Así, no muerta, deshonrada he sido
Entre un amante vil y un fiero esposo.

»Y despues el marido deshonrado,
Con un frio rencor, que áun me horripila,
De una cinta, el escudo taladrado,
A mi cuello colgó como una esquila.»—

Y Paz echó de ver que, esto diciendo,
El escudo fatal Paula ocultaba,
Y á la pobre mujer compadeciendo,
Lloró tambien, al verla que lloraba.

—«¿Por qué no me mató piadosamente,
De aquel amante vil entre los brazos?»,—
Gritaba en ese estado en que la frente
Hacerse quiere, al parecer, pedazos.

Calla; su rostro con las manos tapa,
Y así de nuevo á sollozar comienza,
Y un llanto por entre ellas se le escapa,
De rabia, de terror y de vergüenza.

Despues de andar de un lado al otro lado,
Se paró, miró al cielo, abrió la boca,
Aspiró el aire, y luégo de aspirado,
Gritó y se echó á reir: ¡estaba loca!

Y en la rabia y la pena que sentia,
Unas veces riendo, otras llorando,
A solas se quedó Paula Mejía
Una voz sin palabras murmurando.

ESCENA TRIGÉSIMACUARTA.

EL PECADO DE LA IMPUREZA.

(CUARTA PARTE).

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto.*

PERSONAJES.

PAZ.—HONORIO.—TERESINA DE LA PEÑA.

ARGUMENTO.

Siguiendo su viaje por el astro putrefacto, encuentran á las coquetas y despues á Cleopatra guiando á várias mujeres.—Ve Honorio á Teresina de la Peña, la amante de un amigo suyo, y ésta le cuenta cómo el deseo de venganza la precipitó en el crímen.

Los devotos de Vénus y Cupido,
Despues de una existencia divertida,
Respirando aquel aire corrompido,
Beben la muerte en lo que da la vida.

De pólen impregnados, los ambientes
Van cargados de lúbricos vapores;
A sus piés se deslizan las serpientes,
Y la fiebre se oculta entre las flores.

Las aguas estancadas agitando
De los pútridos charcos, se desatan
Unos vientos que, tibios revolando,
Enferman tanto allí, que casi matan.

Imitando en su cuerpo, que cimbrea,
Con gesto blando y corazon de acero,
La cintura de Vénus Citerea,
Que hizo perder el juicio al mundo entero,

Y juntando á la gracia de su talle
La eterna risa que á su labio asoma,
Las coquetas hallaron en un valle
De flores sin color y sin aroma.

Inútiles deseos excitando,
Cuerpos nobles con almas corrompidas,
Fingen amor por vanidad, ansiando
Más bien ser admiradas que queridas.

¿Por qué, injustos los cielos, no han querido
O darles sentimiento ó continencia
A esos pérfidos séres, que han sabido
Guardar la castidad sin la inocencia?

¡Bien haya el fuego eterno, si os alcanza
A las que á tantos, con glacial falsía,
Llevasteis, de esperanza en esperanza,
Engañados un dia y otro dia!

¡Cuántos por ellas, con verdad se mueren,
Y las comedias de virtud adoran
De esas falsas que lloran cuando quieren,
Y mienten ademas siempre que lloran!

Lo mismo allí que aquí, marchando arteras
Por caminos sin luz, cual los reptiles,
Las ven hasta con asco las rameras,
Nobles almas tal vez en cuerpos viles.

Bella y gentil, tras de mujeres tales,
La reina Cleopatra resplandece,
Ostentando en su rostro las señales
Del placer no escaseado, que embrutece.

Un áspid la mató; mas se asegura
Que, hiriendo el áspid, la mató el despecho,
Pues cuentan que su sangre era tan pura,
Que el áspid reventó sobre su pecho.

Perdida el alma, ajada la materia,
Ménos que ella tal vez, siguen, livianas,
Las hijas de la infamia y la miseria,
Madres del vicio, y de la peste hermanas.

Confunden con bostezos sus gemidos,
Sintiendo la embriaguez de la fatiga,
Porque Dios, del amor de los sentidos,
Hastiándonos de goces, nos castiga.

Hallando á una mujer viva y pequeña,
De vida no muy buena, y mala fama,
—«¡La pobre Teresina de la Peña!.....»,—
Con ternura y dolor Honorio exclama.

TERESINA DE LA PEÑA.

—«¿Sois?....»,—fué á decirla; y rápida y concisa,
—«La misma soy»,—le interrumpió la sombra;
Y él hablando despacio, ella de prisa,
Ni él la dice quién es, ni ella se nombra.

—«Hasta el crímen por él precipitada.....»,—
La triste jóven á decir comienza:
Y al decir *él*, por la emocion turbada,
Se puso colorada de vergüenza.

—«La virtud aprendiendo de corrida»,—
Siguió, de rabia y sentimiento roja,
«Despues de abierto el libro de la vida,
Lo he leido hasta el fin hoja por hoja.

»Como el camino abandoné derecho,
Porque á otra se entregó, de celos llena
Yo, despues, por vengarme, en mi despecho,
—«La vida corta», – dije,—«pero buena.»—

»Ciega en mi rabia, y en mis goces fria,
Marchita ya de mi virtud la palma,
Sin hallar el amor que á él le tenia,
Al placer me entregué con toda el alma.

»Aunque doté de artificial ventura,
Tejiendo el hilo del placer, á tantos,
El tierno amor sobre mi vida impura
Ni una vez ha arrojado sus encantos.

»Y es que, á pesar de mi cruel despecho,
Mi ardiente corazon sólo á él queria,
Y siendo para él, áun en mi pecho
La fuente del candor renaceria.

»¡Perdida ya una vez, aunque demente
Me lancé á una feroz incontinencia,
No hallé dicha ni paz, pues solamente
Nos consuela de todo la inocencia!»—

Y mordiendo algo, en sueños, con la boca,
Batiendo con los puños las rodillas,
Una especie sintió de rabia loca,
Que hizo llegar la sangre á sus mejillas.

Despues hácia el tropel de innoble fama
Corriendo la mujer viva y pequeña,
Con ternura y dolor Honorio exclama:
—«¡La pobre Teresina de la Peña!.....»—

Y —«¡adios!» —la dice; y rápida y concisa,
—«¡Adios, adios!»—le respondió la sombra;
Y él hablando despacio, ella de prisa,
Ni él la dice quién es, ni ella se nombra.

Y añade Honorio con viril coraje:
—«¡A cuántas, como á tí, traen los celos
A este astro de fatal libertinaje,
Pudridero maldito de los cielos!»—

ESCENA TRIGÉSIMAQUINTA.

EL PECADO DE LA IMPUREZA.

(QUINTA PARTE).

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto.*

PERSONAJES.

PAZ.—HONORIO.—LOS MARQUESES DE VALVERDE.

ARGUMENTO.

Acabando de recorrer el astro putrefacto, se encuentran otros viciosos; y despues de ver pasar á las Celestinas, cierto hombrecillo les cuenta que un Marqués de Valverde, para castigar la desenvoltura de su mujer, hizo colocar el retrato de ella, con el vestido remangado, en el frontispicio de su casa.—Exclamaciones de Paz y Honorio, al abandonar el astro donde purgan los impuros sus pecados.

Cruzando aquella tierra corrompida,
Siguen hallando los perdidos seres,
Que creen que Dios les concedió la vida
Para agotar en ella los placeres.

Sobre sus tardos miembros, cuyos bríos
Agotaron los reumas y los años,
Resbaladizos, húmedos y frios,
Ven con pena correr bichos extraños,

Los audaces, que llevan en la frente
La expresion de los goces vïolentos,
Y que impuros revuelven en la mente
Toda suerte de inmundos pensamientos.

Y ven á los que, en falso enamorados,
Convirtiendo el deseo en un suplicio,
De su inútil amor desesperados,
No sintiendo pasion, sueñan el vicio.

Van en pos de ellos, en tropel impuro,
En demencias de goces delirando,
Hasta el tierno respeto, el amor puro,
Con sus necios caprichos deshonrando,

Los Catones, Adrianos y Alcibiades,
Que, apurando el deseo hasta las heces,
En sus gustos, banquetes y amistades,
Hace el desórden del placer las veces.

Mercurios sin honor, raza maldita,
A quien mi lengua por pudor no nombra,
Pues con su aliento la virtud marchita,
Como el árbol que mata con su sombra,

Siguen detras las que al amor brindaron
Con la copa que encanta y que envenena;
Traficantes de amor, que comerciaron
Por cuenta propia y con delicia ajena.

De pronto, de entre un corro de mujeres
Saliendo un hombre ruin, que causa hastío,
Y un grupo señalando de tres seres,
Que de verlos no más se siente frio,

Cuenta de ellos la historia vergonzosa,
Mirando, miéntras habla, al matrimonio,
Con ojeadas de sátiro á la esposa,
Y al hombre con sonrisas de demonio.

LOS MARQUESES DE VALVÉRDE.

—«Se alzó en Valladolid un edificio,
De Fabio Nelli en la plazuela un dia,
Y desnudo, en el ancho frontispicio,
El cuerpo de la dueña se veia.

»Creyó, haciendo la impúdica escultura,
Este Marqués celoso y delirante,
Vil castigar la vil desenvoltura
De esa adúltera esposa y del amante.

»Ciego, al llenar á su mujer de lodo,
No ve el Marqués que su deshonra sella,
Publicando el imbécil de este modo
La infamia de él y la vergüenza de ella.

»Y ¿qué direis del escultor impío?
No supo, al retratarla, el miserable,
Que si el mundo perdona un extravío,
Siempre es con la bajeza inexorable.

»Éste fué el escultor que hizo el retrato,
Ése el marido fué, la mujer ésa:
¿Cuál tuvo de los tres, ménos recato,
El artista, el marqués, ó la marquesa?»—

Corriendo uno detras, y otro delante,
Sigue el marido á la mujer perjura,
Y detras de los dos marcha jadeante,
Cargado el escultor con la escultura.

Y—«¡malvado!»—al Marqués, ya arrepentido,
Dice el artista, de furor cegado;
—«¡Malvada!»,—á la mujer grita el marido,
Y le responde la mujer: —«¡Malvado!»—

Y el esposo á la esposa por la falda
La agarra airado, cuando huir procura,
Miéntras, fiero, al marido por la espalda
Le pega el escultor con la escultura.

Y deshonrando al grupo sin decoro,
Miéntras la infame procesion seguia,
Se deshonra tambien, silbando á coro,
Un pueblo más infame todavía.

El putrefacto sol por fin dejando,
Arrebatada Paz de un santo celo,
—«¡Dichosos!»,—exclamó, la vista alzando,
«Los que aman sólo lo que aprueba el cielo!»—

Y al dejar aquel astro maldecido,
Estas frases sobre él Honorio lanza:
—«¡Cuán infelices son, pues no han sentido
La dicha del amor sin esperanza!

»¡Nunca el sol con sus rayos esplendentes,
Astro de maldicion, tu fango dore!
¡Dios quiera, abrevadero de serpientes,
Que un diluvio de rayos te evapore!»—

ESCENA TRIGÉSIMASEXTA.

LAS ALMAS EN PENA.

LUGAR DE LA ESCENA : *De los cielos á la tierra.*

PERSONAJES.

JESUS EL MAGO. — SOLEDAD. — PAZ. — HONORIO. — PALACIANO. — LAS ALMAS EN PENA.

ARGUMENTO.

Hallan en los espacios las almas en pena del mundo extinguido, que, guiadas por Palaciano, buscan en vano la tierra, adonde deben ir á acabar las vidas comenzadas, así como muchas almas del globo terráqueo van á algunos astros á purgar sus pecados. Palaciano, al pasar, las guia hácia donde está su madre. Encuentro de Paz, de Soledad, de Honorio y Palaciano. — Nueva aparicion y exhortacion de Jesus el Mago. Viendo Soledad que las almas vacilaban sobre el camino que debian seguir, arroja delante de Palaciano un puñado de luz, que sirve á las almas de guía. Al separarse, suspiran los cuatro, cuyos suspiros, confundidos, servirán, andando el tiempo, para la creacion de otro mundo.

Son tan inmensos los humanos duelos,
Que hasta en el éter, con mortal quebranto,
Más allá de los cielos de los cielos,
Siempre ojos se han de hallar que bañe el llanto.

Ya vimos con dolor de qué manera
Aquel rebaño de almas que ántes iba
Siguiendo á Palaciano, cual si fuera
Guiado por un hada compasiva,

Para acabar la vida comenzada,
El mundo van buscando, y, anhelantes,
Sin encontrar la tierra deseada,
De un sol al otro sol vagan errantes.

Con Paz y Honorio, Soledad, inquieta,
Ve la miriada de almas, que, perdida,
Muriendo ántes de tiempo en su planeta,
Va hácia la tierra á concluir la vida.

El intenso dolor de la locura
La grande turba de las almas siente,
Y da vueltas y vueltas, y murmura
Como un mar que susurra eternamente.

Ya imitan, cuando en grupos se adelantan
Por la vaga extension del firmamento,
El monótono ruido que levantan
Los árboles movidos por el viento;

Ya á nubes de follajes se parecen,
Que un deshecho huracan mueve con ruido;
Ya á tórtolas pajizas, que se mecen,
Piando en la enramada en que han nacido.

Con la inmensa atraccion de un pecho que ama,
Hácia Paz las conduce Palaciano,
Como las aves que el Bracmita llama
A comer cariñosas á su mano.

Y á Paz y á Honorio, circulando errantes,
Las tristes almas con amor rodean;
Y cual pájaros giran que, anhelantes,
En torno de un festin revolotean.

Aquél con altivez, éste sumiso,
Al hallarse un hermano y otro hermano,
Se ven ante su madre de improviso,
Honorio en pié, de hinojos Palaciano.

Ya juntos, de su madre en la presencia,
Honorio y Palaciano, aunque sin ira,
Están con la glacial indiferencia
Del que ve más allá de lo que mira.

Como un grupo de luz, entre ellos cae
Jesus de pronto, y prorumpió: —«¡Victoria!
¡Consagremos al Dios que aquí nos trae,
Amor, respeto, bendicion y gloria!»—

Escucha alegre Paz aquel acento,
Que del espacio en el azul retumba,
Y miéntras oye Palaciano atento,
Tan mudo Honorio está como una tumba.

—«¡Salud!»—siguió Jesus—«á aquel que guia
Por buen camino á la perdida gente,
Aunque ha olvidado un dia, un solo dia,
Que es posible obrar mal, siendo inocente.

»¡Esperad y sufrid! y cuando os halle
Tocados por la fe, que á Dios le pido,
Os llamaré de Josafat al valle,
Y en tanto no olvideis que no os olvido.

»Seguid sufriendo, y en el nombre santo
De Cristo, nuestro Dios, tended el vuelo;
La caridad os guie, y entre tanto
Os bendigo en la tierra y en el cielo.»—

Hallándose unos de otros frente á frente,
Estas palabras de Jesus oyendo,
Suspiraron los cuatro tristemente,
Los ojos, con el alma, á Dios volviendo.

Y en mutuo adios, tendiéndose la mano,
Cada cual al partir de nuevo gime;
Altivo Honorio, débil Palaciano,
Paz cariñosa, y Soledad sublime.

Las almas, esparcidas ó agrupadas,
Se revuelven cual pálidas neblinas,
Como andan por la atmósfera, á bandadas,
En Octubre, al partir, las golondrinas.

Al verlas vacilar, siempre amorosa,
Sonrió Soledad, tendió su mano,
Un puñado de luz cogió, y piadosa,
Delante lo arrojó de Palaciano.

Y por el cielo azul despues cayendo
La luz como si fuera un aerolito,
Delante de las almas fué midiendo
Con un hilo sutil el infinito.

Y es que el globo de llama, al desprenderse,
Cual ovillo de luz se deshacia,
Y á las almas en pena, al deshacerse,
El hilo iba sirviéndoles de guía.

Enternecida Paz, mirando al hijo
Que á las almas guiaba, en su embeleso,
—«¡Adios! ¡Adios!»,— á Palaciano dijo,
Dándole, amante, en cada adios un beso.

Suspendiendo las almas sus congojas,
Volaron hácia el mundo á toda prisa,
Ya sueltas, ya en monton, como las hojas
Que se esparcen llevadas por la brisa.

Por gracia de Jesus, cuando gimieron,
Juntos los ayes, en revuelto giro,
Se acercaron, se unieron, y se hicieron
De los cuatro suspiros un suspiro.

Y en uno todos con amor mezclados,
Los bendijo Jesus á su partida,
Porque fuesen, un dia condensados,
De un mundo que será, gérmen y vida.

Y así corriendo, y entrañando unidos
La fe, la duda, la bondad, los celos,
Cruzaron desde entónces confundidos,
Como una tromba de pasion, los cielos.

Siguiendo Soledad al triste bando,
Por si errante algun alma se perdia,
Un punto con el dedo señalando,
—«¡Por allí!.....»,—con el gesto les decia.

Del coro de las almas vagabundo,
Con perfecta humildad, con fe cristiana,
Cada cual baja á ser acá en el mundo
Una mezquina criatura humana.

Ya ven Honorio y Paz despavoridas
A las almas en pena allá á lo léjos,
Que áun cruzan el espacio confundidas
Entre ténues y pálidos reflejos;

Y que, conforme de los cielos huyen,
Por el vapor que los espacios puebla,
Se deslizan sutiles, como fluyen
Los rayos de la luz entre la niebla.

Para acabar las comenzadas vidas,
Buscan las almas su postrer calvario,
Y van, por Palaciano conducidas,
De la tierra al infierno temporario.

Parte Jesus: el cielo está sombrío;
Siguen las almas su camino incierto;
Se alejan Paz y Honorio, y el vacío
Hasta de sombras se quedó desierto.

FIN DE LA JORNADA SEXTA.

EL DRAMA UNIVERSAL.

JORNADA SEPTIMA.

ESCENA TRIGÉSIMASÉPTIMA.

EL PECADO DE LA ENVIDIA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro paradisíaco.*

PERSONAJES.

PAZ.—HONORIO.—LEONOR DE NAVARRA.

ARGUMENTO.

Llegan Paz y Honorio á un árido planeta, que tiene en el centro un paraíso, donde los envidiosos ven todo lo que envidian. Despues de dejar á los maldicientes y á los calumniadores, hallan entre los grandes envidiosos á Leonor de Navarra, que les cuenta cómo mató á su hermana Blanca, celosa de los derechos de ésta al trono de Navarra.—Despues Honorio ve la imágen de su hermano, á quien envidió algun dia ser el prometido de Soledad, y huye despavorido de aquel astro.

Hallando Honorio y Paz males y males,
Corren, sintiendo duelos sobre duelos,
Los astros de los vicios capitales,
Calvarios de las tierras de los cielos.

Un dia que, entre vagas nebulosas,
En su calvario sideral pasaron,
Los grupos de unas islas misteriosas,
De un celeste archipiélago, encontraron,

Y en una de ellas con sorpresa miran
Un claro eden, en derredor sombrío,
Y en medio de un infierno, un cielo admiran,
Perdido en las regiones del vacío.

El delicioso eden hallan cercado
De las áridas gredas de un desierto,
Y fuera del oásis encantado,
Parece al rededor que todo ha muerto.

Gozaba el alma allí paz y alegría,
No envidiosa jamas, siempre envidiada;
Con su eterna verdura, parecia
De aquel eden la muerte desterrada.

En tan santo pensil los corazones
Descansaban en paz, sin ánsia alguna,
Pues brillaban en él todos los dones
Del amor, de la gloria y la fortuna.

De lo alto del Himeto perfumado
Mirando el astro en derredor, se advierte
Un árido país, tan desolado
Cual lo están los dominios de la muerte.

Fuera, el rencor, el deshonor, la ira;
Dentro, el amor y el religioso anhelo:
Para castigo, el que envidioso admira,
Ve cuanto envidia, en un dichoso cielo.

Del linde del eden, siempre apacible,
Aparta de él las envidiosas gentes
Un cercado de cáctus, que, terrible,
Se llena, andando el tiempo, de serpientes;

Y en torno, cual si fuesen rencorosos
Vampiros, por sus tumbas vomitados,
Contemplan el eden, los envidiosos,
En que gozan sin fin los envidiados.

Amarilla de cólera, la gente
Maldice el bien ajeno hasta el delirio:
Se envidia todo allí; tan solamente
De la gloria no envidian el martirio.

Los maldicientes, con mirada fiera,
Con ojos de rencor, que baña el llanto,
Se entregan rencorosos, por afuera,
Del mal hablar al delicioso encanto.

Y otros, que ven que su calumnia mata,
Al herir á traicion, sienten con ira
La bárbara alegría del pirata
Cuando una vela en lontananza mira.

Entre aquellos que, viles envidiando,
A fuerza de esperar, se desesperan,
Y que pasan la vida contemplando
Cuánto tardan las muertes que se esperan,

Llevando del rencor los atributos,
Los ojos sin candor, verde la cara,
Van, por la envidia pálidos y enjutos,
Sila, César, Caín y Trastamara.

Tambien, furiosa, en recorrer se afana
De aquel eden por la region externa,
La que ha dado, envidiosa de su hermana,
Por un mes de reinar, la vida eterna.

—«¿Qué buscais?»—dijo Paz; y separando
La vista, con espanto, de los cielos,
Esta historia Leonor le fué contando,
De ambicion abrasada, envidia y celos :

LEONOR DE NAVARRA.

—«Yo soy de Foix la criminal Condesa,
Reina que fuí de la Navarra un dia,
Señora del Bearne y gran Duquesa
De Montblanc, de Nemours y de Gandía.

»Muerto por órden de Don Juan, su padre,
Cárlos, mi hermano, Príncipe de Viana,
Para subir al trono de mi madre,
Me estorbaba despues Blanca, mi hermana.

»Ciega una vez, con envidioso encono,
Hice que Blanca acompañase á Cárlos;
Estos que impiden que se suba á un trono,
No acaban de morir, y hay que matarlos.

»Guardé esa vez con criminal bajeza,
Disfrazada de Ines, de Blanca el sueño,
Como esconde el esclavo la cabeza
Al ir, astuto, á asesinar al dueño.

»Despertó, tuvo sed, me miró ansiosa,
La dí á beber....., y al verla envenenada,
La ilusion me asaltó, vertiginosa,
De ser muerta con ella y enterrada.

»Luégo, dudando, prorumpió inocente:
—«El aire es de Leonor, de Ines el manto.....»—
Yo, al ver que me miraba fijamente,
Volviendo el rostro, encanecí de espanto.

—»Sintiendo el fuego que en su pecho ardia,
Con voz de madre, á un tiempo, y soberana,
Sacudiéndome el brazo, me decia:
—«¿Sois Ines de Aguilar, ó sois mi hermana?

»¿Qué importa, ingrata, que tu rostro vea,
Si te doy el perdon, que á Dios le pido?
Me has muerto, Ines, Leonor, ó la que sea,
Y es fácil mi perdon, mas no tu olvido.

»¡Cuánto sopor en mis entrañas vierte
Este licor con que la fiebre amanso!
Por él, gracias á tí, tendré la muerte.....
Digo, Ines ó Leonor, tendré el descanso.

»¡Hondo el letargo es de mi vida dueño:
Pídele á Dios, cuando espirar me veas,
La gloria para mí, para tí el sueño,
Y adios, Ines, Leonor, ó la que seas!!» —

»Yo, como el vil que mata de rodillas,
Del veneno las huellas contemplaba,
Y de Blanca el aliento mis mejillas,
Como erupcion volcánica, abrasaba.

»Oí luégo un gemido pavoroso,
Que el término anunciaba de sus males:
No harian un rumor más espantoso,
Al partirse, las losas sepulcrales.

»Con furia tal mi brazo asió, espirando,
Que la atraje, al huir, cayendo al suelo.
Quise escapar, mas la llevé arrastrando.....
¡Es un horrible vengador el cielo!

»¡Roí, con el sudor de la agonía,
Uno á uno sus dedos, inclemente!.....
En cambio, á mí tambien, desde aquel dia,
Me roe el corazon una serpiente!

»¡Oh goces del reinar! ¡Qué ajena estaba
De pensar ni temer tan viles cosas,
Mi alegre jardinera, que miraba
Cuál se abria el capullo de las rosas!

»Así, muriendo resignada y pura,
Blanca su cárcel por el cielo deja;
Yo al fin de aquella noche de tortura,
Miré á un espejo, y me encontré ya vieja.

»Y todo ¿para qué? Mirad», —decia,
«Mirad la causa de mi eterno llanto.»—
Y lanzaba hácia el cielo, que se abria,
Una mirada de rencor y espanto.

Abrasada Leonor de envidia y celos,
Mira de Blanca la inmortal belleza,
Y que brilla cual reina allá en los cielos,
Coronada de soles la cabeza.

Cuanto es de Blanca el triunfo esplendoroso,
Tanto Leonor con sus rencores lidia;
Pues siempre en aquel cielo el envidioso
Ve lo que teme, y teme lo que envidia.

Al mirar que de Blanca el pié divino
Sobre un trono de estrellas se apoyaba,
Y que su frente un cerco peregrino
De cabezas de arcángeles rodeaba,

Por no verla, Leonor huye, lanzando
No sé qué frases de rencor su boca,
Y mira de reojo al cielo, alzando
El rostro descompuesto de una loca.

Huye, y huyendo, embotan sus sentidos,
Retumbando confusos á su lado,
Todos los ecos de terror oidos
Desde el dia en que Abel fué asesinado.

—«¿Y mi posteridad?..... ¡Dios iracundo»,—
Grita, huyendo, Leonor,—«así lo quiere:
La raza de Caín, desde que hay mundo,
Nace, asesina, se deshonra y muere!»—

Miéntras con ojos por la envidia hundidos,
Verde en lo interno y árido en lo externo,
Los envidiosos ven entristecidos
Aquel eden cercado de un infierno,

Miraba Honorio al cielo, y anhelante,
Hallando en él tambien lo que temia,
Al ver no sé qué cosa, en su semblante
Un no sé qué siniestro se veia.

Era su horror más grande que el mostrado
Por la vil que, entre envidias y entre enconos,
Aprendió, en quince dias de reinado,
Cuánta es la futileza de los tronos.

Cuando los ojos en el cielo abisma
Honorio, por prodigio sobrehumano,
Ve, cual si fuese en su conciencia misma,
La prision y el secuestro de su hermano.

Y halla en su pecho, que jamas reposa,
Todas las cosas fúnebres y extrañas
Que hace engendrar la envidia rencorosa
Cuando tuerce fatal nuestras entrañas;

Y corre, y corre más, siempre diciendo :
—«¡Huyamos de este sitio, madre mia!.....»—
Y á su madre arrastraba, huyendo..... huyendo.....
Con el glacial sudor de la agonía.

ESCENA TRIGÉSIMAOCTAVA.

EL PECADO DE LA IRA.

(PRIMERA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *El cadáver de un astro.*

PERSONAJES.

PAZ.—HONORIO.—PILAR MONTESA.

ARGUMENTO.

Siguen hallando Paz y Honorio los astros que son los purgatorios de las almas. Llegan á aquel en que se purga el pecado de la ira, y encuentran á los homicidas, entre los que descuella Neron. Hallan despues á Pilar Montesa, la cual les dice, que despues de haber sido abandonada por su amante, que se arrepintió y confesó sus pecados, la volvió á solicitar, y fingiendo ella admitir de nuevo sus obsequios, lo asesinó para que no volviese otra vez á dejar su amor por el amor del cielo. El amante asesinado creyendo que van al purgatorio las almas de los que, áun habiendo sido grandes pecadores, han amado y padecido mucho, marcha tras ella rezando para pedir á Dios el perdon de sus pecados.

Por la region del cielo esplendorosa
Dirigen Paz y Honorio sus pisadas,
Guiados por la senda luminosa
Que forman las estrellas agrupadas.

Van de un planeta al otro, contemplando
Cómo sigue un tormento á otro tormento,
Y cuál se va sin término ensanchando,
Como un mar sin orilla, el firmamento.

Con más ó ménos luz, y siempre bellas,
En un cielo, ya fúlgido, ya umbrío,
La interminable multitud de estrellas,
Como arena arrojadas al vacío,

Del cielo las profundas soledades
Poblaban, ya remotas, ya cercanas,
Y en unas y otras ven humanidades
De nuestra triste humanidad hermanas.

Un dia, entre tinieblas sepultado,
Á toda vida y movimiento ajeno,
Ven un astro en el cielo, abandonado
Como el fósil de un sol, de espectros lleno.

Un crepúsculo eterno lo alumbraba,
Y en sus antros sin fin, de luz escasos,
Un silencio tan fúnebre reinaba,
Que ni el ruido se oia de los pasos.

¡Osario universal! ¡Astro sombrío!
Desespera la paz que allí se anida.
Masa inerte, que flota en el vacío,
Privada de la luz y de la vida.

Cayendo á plomo, entumecido, el viento,
En aquella region de espectros llena,
Los gemidos de rabia y sentimiento
Se pierden en un aire que no suena.

En su fiebre normal, de aquellas gentes
El ánsia de matar es su esperanza;
Rechinando de cólera los dientes,
No piensan en más dios que en la venganza.

Mascando el aire y vomitando injurias,
Su propia rabia es su mayor martirio,
Y escoltándolos siempre, cual tres furias,
Van el rencor, la fiebre y el delirio.

Con el pecho más duro que una roca,
Cual huye de lobeznos la manada,
Va un grupo de asesinos, por la boca
Arrojando una espuma ensangrentada.

Exasperado allí, todo homicida
Ve en el astro sin luz, dormido ó muerto,
Su pasion vïolenta, enardecida
Por la calma mortal de aquel desierto.

En medio de la fúnebre manada
Despunta de Neron la gentileza,
Como animal feroz, al cual por nada
Se le sube la sangre á la cabeza.

Cuando mascar el aire los veia,
Como el que sed y calentura siente,
Mirando á Honorio, Paz le repetia:
—«Odia el crímen; perdona al delincuente.....»—

Ven luégo una mujer que á cada instante,
Lanzando en derredor una mirada,
Derramaba, feroz, sobre su amante
La luz de una espantosa llamarada,

Y porque Paz á la mujer provoca
La causa á referir de sus enojos,
Les muestra una expresion de furia loca,
Que enrojece hasta el blanco de sus ojos.

PILAR MONTESA.

Y así luégo sus iras y sus penas
Les refiere Pilar con arrogancia:
—«Yo empecé á amar á este hombre cuando apénas
Salia de los juegos de la infancia.

»Él, única ilusion de mis sentidos,
Yo, la sola esperanza de su pecho,
En cuerpo y alma para siempre unidos,
Fué un sueño nuestra vida, el mundo un lecho.

»Andando el tiempo, sin pasion alguna,
A este hombre, indigno de las ansias mias,
Ya la ilusion le pareció importuna,
Como odioso el deber en otros dias.

»Huyendo poco á poco de mi lado,
Con ninguna pasion y mucho celo,
Cobarde, arrepentido y confesado,
Dejó mi amor por el amor del cielo.

»Ignoraba que hubiese, el alma mia,
Más Dios que su pasion, pues de tal modo
Adoraba á este infame, que creia
Que un puro amor es religion y es todo.

»Pasó el tiempo, y de nuevo arrepentido,
Ya con mucha pasion y poco celo,
A mis piés confesándose rendido,
Por volver á mi amor dejó el del cielo.

»En la cita feliz del primer dia,
Al mirarle de nuevo condenado,
Y al ver que, contemplándome, sentia
Ese horrible placer que da el pecado,

»Desenvaino un puñal, beso su frente,
Le parto el corazon, y así le digo:
—Sé mio, y no de Dios, eternamente,
Hoy, que estás mal con Dios y bien conmigo.—

»Y acabando tambien mi inútil vida,
Nos unió para siempre el sueño eterno:
No me llevó él á un cielo arrepentida,
Mas vine yo con él á un mismo infierno.

—«¡Súfreme aquí, por mi desprecio honrado,
Amante desleal, cristiano impío!
Ni perdono, ni olvido que has dejado
Por el amor de Dios el amor mio.»—

Dice, y con ojos de furor devora
Al objeto infeliz de sus amores,
Y alejándose altiva y seductora,
Marcha gentil como quien pisa flores.

Y dice el hombre á Paz: —«La desdichada
No sabe amar sin fiebre; y ten en cuenta
Que al hacer lo que ha dicho, fué arrastrada
Por la furia de amar, que la atormenta.

»Me asesinó; mas en aquel instante
La cegaron su amor y su fiereza:
Estaba triste, y en el alma amante,
¿Quién sabe á lo que arrastra la tristeza?

»Pero, como han de ser, cuando han sufrido,
Los que han amado mucho, perdonados,
Voy rezando tras ella, arrepentido,
En justa expiacion de sus pecados.»—

Y miéntras, de ella en pos, él la seguia,
Llorando de ella y de él los muchos duelos,
—¡*Padre nuestro*, — mirándola, decia, —
Que estás,—siguió, alejándose,—*en los cielos!!!*—

ESCENA TRIGÉSIMANOVENA.

EL PECADO DE LA IRA.

(SEGUNDA PARTE.)

LUGAR DE LA ESCENA: *El cadáver de un astro.*

PERSONAJES.

PAZ.—HONORIO.—LA MARQUESA DE ASTORGA.—DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO.

ARGUMENTO.

Siguiendo su marcha por el purgatorio de la ira, se encuentran entre los celosos á la Marquesa de Astorga, la cual dió de comer á su marido el corazon de una amante; y despues á D. Fernando Ruiz de Castro, Gobernador de Toledo, que hallando una noche en su jardin al Conde D. Vela hablando á solas con Fortuna, dama de su mujer Estefanía, creyendo que era ésta, mató al Conde, subió al cuarto de Estefanía, y aunque la halló dormida, pensando que fingia el sueño, la asesinó. Aparece Fortuna disfrazada con el traje de Estefanía, y despues de confesar á Castro que su mujer es inocente, y que la culpable es ella, se arroja al rio Tajo.

Cuando los dos, sin luces ni senderos,
Por aquel sol fosilizado andaban,
Bajo el pié de los pálidos viajeros
Los huesos de los muertos resbalaban.

Creyendo encontrar hombres, hallan fieras
En el planeta aquel, que parecia
Un cadáver perdido en las esferas,
En medio de una atmósfera sombría.

En vano es que se mire, y el gemido
Se fia en vano de la peña al hueco;
Vagando allí sin claridad ni ruido,
Quieren ver, y no hay luz; si hablan, no hay eco.

Sobre el planeta, ó muerto ó moribundo,
El sueño ó insomnio los fantasmas velan,
Cual sobre el mar del Norte tremebundo,
Imperturbables, las gaviotas vuelan.

Persiguiendo á sus viles asesinos,
Gimiendo de ira, y de furor inquietos,
Blanquear se ve por todos los caminos,
Como un rastro confuso de esqueletos.

Marchan tambien aquellos que furiosos
Quieren morir, pero morir matando;
Los que aman mucho y bien, y que, celosos,
De ganas de llorar van reventando,

Y sus penas, ó ciertas ó soñadas,
Agrandan con su loco pensamiento,
Llenando sus mejillas inflamadas
Con lágrimas de rabia y sentimiento.

LA MARQUESA DE ASTORGA.

Dando un grito de celos espantoso,
Dice una dama á Paz: —«¿Tienes marido?
Arrancado por mí, fué por mi esposo
El corazon de otra mujer comido.

»¡Sí! castigué su proceder villano,»—
Siguió diciendo la ofendida esposa,
«Sirviendo á mi marido por mi mano
El corazon de una rival dichosa.

»Dispuse un gran festin: y, ¡oh! ¡qué contentos
Mis huéspedes cantaban y reian!
Y yo ¡cuánto gozaba al ver que, hambrientos,
De mi rival el corazon comian!

—«¿Es bueno ese manjar? ¿Está sabroso?»—
Con fingida bondad dije al villano;
Y con bondad fingida el falso esposo,
—«Como hecho», —contestó, —«por esa mano.»—

—«¡Toma el postre!»,—añadí, y eché, terrible,
Ante él, rodando, la cabeza de ella.
¡No hay un placer, como el placer horrible
De ver tan fea á una rival tan bella!

»¡Oh! ¡qué gesto!»,—añadió,—«¡qué extraño gesto
Presentaba aquel rostro ensangrentado!»—
Y la infeliz reia, al decir esto,
Como rie el dolor desesperado.

—«¡Al ver aquellas caras espantadas»,—
La Marquesa siguió,—«libre de penas,
No arrastrando ya puntas aceradas,
Dulce la sangre circuló en mis venas!

»Despues, loca de atar, en un convento,
Tras del tumulto aquel, busqué un asilo;
Y, aunque ya estaba de sospecha exento,
No vivió en él mi corazon tranquilo,

»Pues no logró alcanzar la suerte mia
El ver completa la venganza aquella:
¡Si de ella el corazon vi que él comia,
No pude ver el de él comido de ella!

»No; nada basta á una mujer celosa
Cuando ama y odia y de vengarse trata.
Para saciar su rabia es poca cosa
Matar y hacer comer lo que se mata.»—

Acongojada Paz cuando esto oia,
Al oido de Honorio hablando quedo,
—«¡Partamos, hijo mio!»,— le decia,
«Que esta pobre mujer me causa miedo!»—

Vieron despues á un hombre que, llorando,
Partia de dolor los corazones,
Y que llegó hácia ellos murmurando,
Como el loco que reza imprecaciones;

Y—«¿cuál es tu pesar?»—tambien gimiendo
Le pregunta al fin Paz, transida el alma.
Miró el de Castro, y contestó diciendo,
Con el tono aparente de la calma:

DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO.

—«Mi esposa Estefanía, que está en gloria,
Fué del Séptimo Alfonso hija querida;
Desde hoy sabréis, al escuchar su historia,
Que hay desgracias sin fin en nuestra vida.

»Yo la maté celoso; y si, remiso,
No me maté tambien la noche aquella,
Fué por matar despues, si era preciso,
A todo el que, cual yo, dudase de ella.

»Cierto Conde Don Vela á Estefanía
La profesó un amor que ella ignoraba;
Y Fortuna, una dama que tenia,
Al Don Vela, á su vez, idolatraba.

»Por las noches Fortuna, artificiosa,
Miéntras que su ama se entregaba al sueño,
Disfrazada y fingiéndose mi esposa,
Hacia al Conde de sus gracias dueño.

»En mi parque, una noche, hácia una umbría,
Llegar vi á una mujer, y á un hombre á poco;
Luégo, el nombre al oir de Estefanía,
¡Ay! yo pensé que me volvia loco.

»Torno á escuchar de Estefanía el nombre:
Por vengarme mejor, mi rabia aplazo;
Mas vi despues á la mujer y al hombre
Confundirse los dos en un abrazo,

»Y—¡en guardia!—grito al hombre; él se prepara,
Le acoso airado, y con valor me acosa,
Y miéntras mato al Vela cara á cara,
Huye la infame que creí mi esposa.

»Dejo allí al Conde, atravesado el pecho,
Y persiguiendo á la mujer que huia,
Vi á la luz de una lámpara, en su lecho,
Dormida dulcemente á Estefanía.

»Aquel sueño de paz juzgo fingido;
La despierto, me ve, me echa sus brazos,
Y con mi daga, entre ellos oprimido,
Hice, feroz, su corazon pedazos.

—«¿Me matas?»—dijo, y contesté:—«¡De celos!»
—«¡Loco!»—gritó; y al ver que me abrazaba,
—«¡Cuál te amaba!»—exclamé; y ella á los cielos
Miró, y dijo al morir:—«¡Cuánto me amaba!»—

»Sentí luégo una puerta que se abria,
Y al resplandor de la naciente luna,
Con el traje salió de Estefanía,
Cual siniestra sonámbula, Fortuna.

—«¡Bárbaro!»—dijo;—«la mujer que ha huido
No es tu esposa feliz, que muere amada;
¡Yo soy quien, disfrazada, he recogido
El precio vil de una pasion robada!

»Perdona, Castro, la demencia mia;
Te dejo honrado, aunque de angustia lleno;
Y pues muere entre sangre Estefanía,
Es muy justo que yo muera entre el cieno.»—

»Y así diciendo, del balcon abajo
Se echó Fortuna de cabeza al rio,
Y al ruido que hizo, al recibirla, el Tajo,
Bañó todo mi cuerpo un sudor frio.»—

Era de Castro la amargura tanta,
Que al furor reemplazando la tristeza,
Ronca la voz y seca la garganta,
Cayó sobre su pecho su cabeza.

Y concluyó: —«¿No es cierto que debia
Matarme yo tambien la noche aquella?
Mas, si faltase yo, ¿quién mataria
Al que dudase de mi honor y el de ella?»—

Viendo Honorio que Castro sepultaba
Entre sus manos la abatida frente,
Imitando á su madre, murmuraba:
—«Odia el crímen; perdona al delincuente.»—

ESCENA CUADRAGÉSIMA.

EL PECADO DE LA SOBERBIA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Una estrella nebulosa.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — ISABEL DE INGLATERRA.

ARGUMENTO.

En el astro donde purgan sus pecados los soberbios, ven que un ángel, al pasar, se cubre el rostro para no ver á Saul, á Jérjes y al Rey Poro. En el fin de un promontorio, que se adelanta hácia el vacío, hallan á una mujer que les cuenta el fin de los soberbios, despreciados por Dios y por los hombres. Pregunta Paz á la mujer su nombre, y le dice que es Isabel de Inglaterra, y les refiere la historia del anillo que, en prueba de amor, dió al Conde de Essex, el cual, condenado á muerte, se lo remitió, en prueba de sumision, por su enemiga la Condesa de Nottinghan, quien lo guardó, en vez de entregarlo; y concluye diciendo que, creyéndose despreciada, le dejó morir en un cadalso.

Los astros y los astros explorando,
Que pueblan á millones el vacío,
Desde el sol hasta Urano, van pasando
De un tórrido calor á un grande frio.

Y hasta ver si por último consiguen
El fin hallar de los humanos duelos,
Por el camino de las almas siguen,
En busca de otros astros, á otros cielos.

Y ven que Dios, con paternal constancia,
Fecundados por rayos estelares,
Esparce en el espacio, en abundancia,
Los mundos habitados á millares.

En un dia de luto, al fin hallando
Una oscura region, que el sol olvida,
Cuando ya casi casi iban llegando
Al confin del imperio de la vida,

Allí donde, si un astro adorna el cielo,
Cercándolo el vapor, se espesa y llueve,
Y luégo que á la tierra enfria el hielo,
Sobre el hielo despues cae la nieve,

La estrella vieron, nebulosa y fria,
En donde Dios á la ambicion destierra,
Rodeada de esa atmósfera sombría
De los meses más tristes de la tierra.

Y miran con horror que, sepultados
De aquel planeta entre el brumoso velo,
Sufriendo los soberbios, olvidados,
El desden y la cólera del cielo,

Se mueven con afan, y sus figuras
Apénas en las sombras se bosquejan,
Entre el claro vapor de las oscuras
Tinieblas, que se ven, y ver no dejan.

Por más que los soberbios se movian,
A una angustia febril abandonados,
Sus siluetas, vagando, parecian
Contornos de fantasmas anublados.

Solos allí, sin público y sin gloria,
Se olvidan ellos mismos de sus nombres,
Entregadas su fama y su memoria
Al desprecio de Dios y de los hombres.

Con tal desden el cielo los miraba,
Que ante Saül y Jérjes y el Rey Poro,
Por no verlos, un ángel que pasaba,
Cubrió su rostro con sus alas de oro.

Y Honorio, contemplando la tortura
Que sufren estas almas orgullosas,
—«¿Qué son,—se preguntaba,—á tanta altura,
Los grandes hombres y las grandes cosas?»—

Vieron despues que una mujer se hallaba
Sentada en lo más alto y lo más frio
Del pico de una roca, que formaba
El fin de un promontorio en el vacío.

Y audaz, una respuesta previniendo
Al ver llegar á entrambos, altanera,
Sin ponerse de pié, y el rostro irguiendo,
Les dijo á Honorio y Paz de esta manera:

—«Rodeados siempre de perpétuo olvido,
Traer á este lugar, al cielo plugo,
A cuantos reyes fueron y han vivido
Sentados en el trono del verdugo.

»En su fiebre de ruidos y de honores,
Nadie los oye aquí, nadie los nombra,
No siendo, en este limbo de vapores,
Ni siquiera seguidos de su sombra.

»Como hijos del favor, á alzarse prueban,
Cual Don Rodrigo Calderon, del suelo,
Muchas vanas cabezas, que se elevan,
Como la espiga sin granar, al cielo.

»Vanos como él, y de la propia suerte,
Alzan otros su frente coronada,
Ministros implacables de la muerte,
Asquerosos andamios de la nada.

»Quien no tuvo jamas, ni dió, reposo,
Si grande algunas veces, siempre fiero,
Aquí marcha, Alejandro el poderoso,
De reyes y de pueblos carcelero:

»Venciendo el infeliz, tomó por gloria,
De la tierra las glorias movedizas,
Y el mundo fué llenando con su historia,
Para dejar detras sangre y cenizas.

»No hallan aquí, cual fúnebres estelas,
Los que el mundo pasaron á degüello,
Los mármoles, los templos y las telas,
Despreciables espectros de lo bello.

»En vano, en sus inútiles afanes,
Fueron, haciendo ó deshaciendo leyes,
Los pueblos erupciones de volcanes,
Y los palacios cárceles de reyes;

»Que ésta es la gloria y el honor que espera
A esos pobres verdugos coronados,
Que han podido pasar la vida entera
Delante de sí mismos prosternados.

»¡Soberbia inútil! Cuando Dios se enoja,
Pone en el fiel, con lúgubre misterio,
Un gran imperio, á veces, y una hoja,
Y pesa más la hoja que el imperio.

»Haciendo al cielo y á la tierra injurias,
No han llegado á saber los miserables
Que son tan sólo del amor las furias
Las únicas soberbias perdonables.» —

Y Paz notó que, al recordar, celosa,
Las furias del amor abandonado,
Mucho más humillada que furiosa,
Pasó su faz del rojo hasta el morado.

ISABEL DE INGLATERRA.

—«Pues ¿quién eres?»—la dice; y responde ella,
Clavando las palabras en su frente:
—«Soy la vestal que apellidaron bella,
Sentada sobre el trono de Occidente.

»Yo dí un anillo á un hombre; el alma mia
Ignora si, tal vez enamorada,
A aquel hombre adoró más que debia
En mi rango de vírgen coronada.

—«Toma», —le dije; —«aunque tu amor me ofenda,
Y te acose la envidia, vive cierto
Que siempre has de encontrar, con esta prenda,
Mi corazon á la piedad abierto.»—

»Como á veces infiel se rebelaba,
Fué á muerte el hombre condenado un dia,
Y por más que yo amante lo aguardaba,
El anillo fatal no aparecia.

»Dudé una vez y dos; por vez tercera
El fallo irreparable fué firmado,
Y á su altivez correspondí tan fiera,
Que el fallo, por mi mal, fué ejecutado.

»Para mí, en su prision, la prenda amada
Dió á una mujer que se fingió su amiga;
Mas se guardó el anillo la malvada.
¡Que Dios, cual la maldigo, la maldiga!

»Yo, que esperaba con tan mala suerte
Su entera sumision y su ternura,
Me creí despreciada y le dí muerte;
Mas él murió creyéndome perjura.

»De dolor expiré como una loca,
Con la memoria en él, la fe en el cielo,
Puesto inmóvil el índice en la boca
Y clavados los ojos en el suelo.

»Como sueño aquí tanto, y no acostumbro,
A levantar del suelo la cabeza,
Siempre el anillo ante mis piés columbro
Maniática de amor y de tristeza.

»Echo á veces á andar, y me estremece
El ruido que al pisar hace mi planta,
Pues rechina una cosa que parece
La prenda de mi amor que se quebranta.

»Más veces triturar, se me figura,
Que rayos tiene el sol, y el mar arenas,
Este anillo ideal, la flor más pura
Que engalana la tumba de mis penas.

»Por eso, aquí sentada, y evitando
De anillos que se quiebran los chasquidos,
Vivo, inmóvil y noble, profesando
La fe de mis amores extinguidos.»—

Calló Isabel; y pensativa y tierna,
Volvió á abismarse en su mortal reposo,
Pensando así labrar su vida eterna
Con ruinas de un pasado doloroso;

Y presa de su inmenso desvarío,
Sentada se quedó sobre la roca,
Con la vista clavada en el vacío,
Y lívida la faz como una loca.

ESCENA CUADRAGÉSIMAPRIMERA.

LA CREACION DE UN MUNDO.

LUGAR DE LA ESCENA: *En un vacío del cielo.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — ADAN Y EVA EN EL PARAÍSO.

ARGUMENTO.

Los cuatro suspiros que exhalaron, al despedirse, Paz, Honorio, Soledad y Palaciano, cuando éste último iba guiando las almas en pena hácia el globo terráqueo, cayeron en un vacío que dejó el planeta que se extinguió, y de ellos vieron Paz y Honorio que se empezó á formar un nuevo mundo. Ven al primer hombre y á la primera mujer, cuyo beso oculta aquel mundo, girando sobre sí por la primera vez.

Es, de la vida en el revuelto giro,
Toda cosa que muere transformada;
No se pierde en los aires ni un suspiro,
Ni el átomo más vil se hunde en la nada.

Desde el suspiro aquel que, en cierto instante,
Exhalaron con alma congojosa,
Humilde Palaciano, Honorio amante,
Sublime Soledad, Paz cariñosa,

Derramando, al pasar, estos gemidos
La fe, la duda, la bondad, los celos,
Cruzaron, desde entónces confundidos,
Como una tromba de pasion, los cielos.

Voló un dia esta tromba desalada
Hácia un rincon de un cielo devastado,
Y cayó en la region mal ocupada
Por restos de un planeta destrozado.

De aquellos ayes la revuelta suma,
Que un mundo entero de pasion encierra,
Condensándose está, como una bruma
Que va formando una ilusion de tierra.

En torno de la vaga nebulosa
Ven, del cielo en la parte devastada,
Que nace germinando alguna cosa,
Cual si brotase un algo de la nada.

De estos cuatro suspiros condensados,
De amor y de dolor gérmen fecundo,
Honorio y Paz, contritos y admirados,
Ven el alma brotar de un nuevo mundo.

Girando en confusion vertiginosa
Del éter las corrientes verdaderas,
Ya anuncia la mezquina nebulosa
Un mundo en formacion en las esferas.

La etérea masa, por el mundo entero,
Como sangre impalpable, difundida,
Vaga, sin forma y sin color, primero,
Vibra despues, radiante y con medida.

El átomo del globo no formado,
Que vaga misterioso entre vapores,
Poco despues, en gota condensado,
Descompondrá la luz y los colores;

Y círculos inmensos describiendo,
De sér en sér caminará escondido,
De un volcan en la cúspide luciendo,
Ya de un mar en el seno sumergido;

Será fuerza despues, y luégo vida,
Y lágrima tal vez más adelante,
Que rodará, en un alma confundida,
Emblema de dolor, por un semblante.

Por su fuerza inicial ya van creciendo
En un lago de luz, pero áun inerte,
Las olas de la vida, que, corriendo,
Irán por entre flores á la muerte.

Honorio y Paz con claridad perciben
Cuál se van agrandando y agrandando
Los círculos y líneas que describen,
Los átomos en torno circulando;

Y cómo, oscuro, claro ó purpurino,
El color va subiendo del ambiente,
Desde el mate del polo blanquecino,
Al rojo de los trópicos ardiente.

Advierten que, entre pálidos albores,
El éter que inactivo se columbra,
Dispersando la luz y los colores,
Se mueve y da calor, vibra y alumbra;

Y que del gérmen cósmico saliendo,
Nace una ola, y circulando crece,
Y se espacia, y el círculo, creciendo,
A fuerza de crecer, se desvanece.

Y luégo que la luz forma colores,
Se adorna el cielo de flotantes gasas,
Despues nace el ambiente..... los vapores.....
Niebla..... átomos..... moléculas..... y masas.

Así en sitios del cielo devastados,
Hirviendo en una atmósfera sombría,
De estos cuatro suspiros condensados
Un mundo nuevo á rebrotar volvia;

Y así cada suspiro vagaroso,
Uno en otro embebiéndose, se inflama,
Y se hace, con el roce, luminoso,
Y vibra más y más..... y brota llama.

Con sus rayos de luz, prestos ó tardos,
Va mostrando, ya rápidos, ya lentos,
El íris sus colores, blancos, pardos,
Rojos, anaranjados, cenicientos.

De rumores y luz lleno el ambiente,
Vibra el éter con fuerza, y nace el dia;
Suena el aire con tiempo, y dulcemente
Encanta nuestras almas la armonía;

Y en torno de la esfera melodiosa,
Honorio el pitagórico escuchaba
Que una cierta plegaria misteriosa,
El mundo, al rehacerse, murmuraba.

Nace, vibra, se espacia y resplandece
La luz que el foco candescente encierra,
Y por fin, condensándose, aparece
Entre tierras celestes otra tierra.

Ya de los ayes al calor se agita
El mundo estremecido hasta en su base,
Y bulle más, y de placer palpita,
Cual si el soplo de Dios sobre él pasase.

En pródiga expansion multiplicaba
Sus ruidos y su esencia de hora en hora,
El mundo que, naciente, ya empezaba
A blanquear con los rayos de la aurora.

Como al brotar los árboles crecian,
Lo que en toda una edad, cada minuto,
Las gallardas palmeras extendian
Sus altas ramas, su dorado fruto.

Lentamente formándose, engalana
Aquella tierra embrionaria y bella,
Sombra de tarde, brillo de mañana,
Canto de alondra, resplandor de estrella.

De flor en flor, tendiendo alas amigas,
El aire, columpiándose, circula,
Y agitando la miés, de las espigas,
Cual rio de oro, el oleaje ondula.

Y vieron, cuando el mundo ya alumbraban
Los rayos áun informes de la aurora,
Que, uno de otro prendados, se admiraban
Dos seres de inocencia encantadora.

Y mientras Paz y Honorio están mirando,
Por vez primera, en tan supremo instante,
La tierra entumecida, despertando,
Rodó sobre sus ejes de diamante;

Y el hombre y la mujer, en su embeleso,
Por verse se acercaron de manera.....
Pero el mundo ocultó su primer beso,
Girando sobre sí por vez primera.

ESCENA CUADRAGÉSIMASEGUNDA

EL PRIMER IDILIO DEL MUNDO.

LUGAR DE LA ESCENA : *Un astro embrionario.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — EVA EN EL PARAISO.

ARGUMENTO.

Hallan á la primera mujer de aquel mundo primitivo, llorando junto á una fuente. La mujer les cuenta que despues del primer beso de su primer amor, llora el abandono de su amante. Paz la aconseja la resignacion. La jóven escucha distraida, y creyendo que oye la voz de su amante, deja solos á Paz y á Honorio, los cuales abandonan aquel mundo de inocencia.

Del primer dia en la primera hora,
Ya de las aves despertando el coro,
En el aire los rayos de la aurora
Jugando van cual mariposas de oro.

Tibios perfumes de deleite y vida
Despierta el sol, y el céfiro levanta
De los bosques la esencia indefinida,
Que no embriaga jamas, y siempre encanta.

¡Salve, oh region del cielo poderosa,
Donde la planta, el pájaro y el viento,
Diciendo siempre están alguna cosa
A la luna y al sol y al firmamento!

¡Cuánta dicha al nacer! ¡Cuánta ternura!
¡Todo á agitarse de placer convida.....
Colores, fuentes, árboles, frescura,
Alas, impulso, movimiento y vida!

Las aves, á la luz de la alborada,
Sus metálicos timbres dan al viento;
Es el aire una fiesta continuada,
Y es la tierra la patria del contento.

Llenos de amor, rodeados de bellezas,
Paz y Honorio caminan admirando
Los cánticos, las gracias, las ternezas,
Que entre el mundo y el sol se están cruzando.

Y ven, andando más, que, tristemente,
A las luces primeras de la aurora,
La primera mujer, junto á una fuente,
En aquel mundo primitivo llora.

¡Oh esperanza humanal, siempre fallida!
¡Son las dichas de amor tan inseguras,
Que en el primer idilio de la vida
Ya el corazon se abreva de amarguras!

Aunque la causa de su mal no sabe,
Se queja la infeliz de ésa manera
Con que se queja, abandonada, el ave
En su nido de amor, sin compañera.

Es la primer mujer de aire sencillo;
Tan rubia como el sol, de blanca frente;
Huele á rosas su mano, el pié á tomillo,
Y su cútis al agua de la fuente.

Paz el camino hácia la jóven toma,
Y acude de sus penas al reclamo,
Como lleva en su pico la paloma,
Al mundo que ha nacido, el verde ramo.

—«¿Qué haces aquí?»—la dice, y su respuesta
La niña aplaza, espera, mira, indaga,
Y agrandando los ojos, le contesta:
—«Coger flores y amar; ¿qué quieres que haga?»—

Y la mujer, sin nombre todavía,
Que sólo sabe hablar de sus amores,
Y que ya, sin amor, sólo sabía
Hacer muchas caricias á las flores,

—«Lo que eres»,—dice,—«y lo que soy ignoro.»—
Y miéntras Paz sus dudas satisface,
Vivaz prosigue, suspendiendo el lloro,
Ingenua como el dia en que se nace:

—«¿Quién me ha dado la vida que yo tengo?
¿Quién te dió á tí la vida que tú tienes?
¿Quién soy yo? ¿Dónde voy? ¿De dónde vengo?
¿Quién eres? ¿Dónde vas? ¿De dónde vienes?

»Yo, al verme aquí traida de improviso,
Me parezco á mí misma, enamorada,
Recuerdo de algun otro paraíso,
De que el alma algun dia fué arrojada.»—

Y Paz, de esta manera contestando
A aquel sér tan gentil y candoroso,
Parecia una madre contemplando
Cómo duerme en la cuna un niño hermoso:

—«Aquí nos trajo un viento de la vida:
Y el Dios que hizo esa bóveda estrellada,
Con su mano, que beso agradecida,
Nos sacó del abismo de la nada.»—

Calló Paz, y la jóven, en su empeño
De aclarar la fatal incertidumbre
De ese dolor tan grande, aunque pequeño,
Que causa la primera pesadumbre,

Torna á hablar de su mal, vuelve á su lloro,
Deja caer las rosas de su falda,
Y para hablar á Paz, sus bucles de oro,
Con un aire de cisne, echó á la espalda.

De este modo contaba el primer dia
De sus amores los primeros duelos,
Y como era tan niña todavía,
Áun hablaba el lenguaje de los cielos;

Y al contar los dolores de la ausencia,
¡Qué bondad! ¡cuántas frases seductoras!
¡Cómo siempre el candor de la inocencia
Rebosa sobre todo á todas horas!.....

—«Soñando yo en un sér»,—tierna decia,
«De mis sentidos y de mi alma dueño,
Hallé el sér á mi lado el mismo dia,
Pasando á realidad mi dulce sueño.

»Miré al campo y al sol; mas no vi cosa
Que igualase á aquel sér en el encanto:
¡Qué estatura! ¡Qué fuerza prodigiosa!
Yo estaba muda de placer y espanto.

»Afable alguna vez, y otras terrible,
Por el aire imperial de su persona,
A mí me pareció que, aunque invisible,
Llevaba en su cabeza una corona.

»Miéntras mi pecho subyugado siente
La inefable bondad de sus maneras,
Es tan bravo y gentil, que, humildemente,
Temiendo á su valor, huyen las fieras.»—

Habla así la mujer, y en tal instante,
Con su entusiasmo y su nativa gracia,
Parecia, encantada de su amante,
Un niño que sonrie á una desgracia.

—«Acercándose á mí»,—prosiguió hablando,
«En medio de mis puras alegrías,
Sin saber cómo, ni por qué, ni cuándo,
Sus manos se juntaron con las mias.

»Despues, por las ocultas enramadas
Buscando nuestras almas el reposo,
Como buscan dos aves asustadas
Un nido solitario y silencioso,

»Una enramada hallamos aquel dia,
Tan misteriosa, plácida y oscura,
Que, más que una enramada, parecia
Una choza de flores y verdura;

»Y allí, más encendida que una rosa,
En medio de una dulce confianza,
Avergonzada, trémula, dichosa,
El fruto coseché de mi esperanza.»—

Y cuando esto sus labios proferian,
De extática embriaguez el rostro lleno,
Moviéndose, menguaban y crecian
Las líneas circulares de su seno.

Y despues, renovando su memoria
El único recuerdo que tenía,
Sigue así de su amor la larga historia,
Sin saber que ha nacido en aquel dia:

—«Desde el rapto feliz de aquel momento,
Por causas mil, á mi razon extrañas,
Con supremo placer germinar siento
Otro amor áun más grande en mis entrañas.»—

Y del amor que en sus entrañas siente,
Brotando un pensamiento repentino,
Sin comprenderlo bien, naturalmente,
Se puso su semblante purpurino.

Y Paz, miéntras la jóven meditaba,
Por qué amaba á otro sér más que á su amante,
Le hablaba con los ojos, y brillaba
Una risa de madre en su semblante:

—«Cuando Dios lo bendice santamente»,—
Paz le responde,—«nuestro amor gozado,
Amando el porvenir más que el presente,
Despues de ser placer, pasa á cuidado.»

—«¿Por qué me deja sola?»,—con tristeza
La jóven exclamaba; y proseguia,
Teniendo siempre vuelta la cabeza
Por el lado en que Adan marchado habia:

—«¿Qué amor le apartará de mis amores?
Sin duda embargarán su pensamiento
Los árboles, las fuentes y las flores,
Tal vez el sol, acaso el firmamento.»—

Contando así sus penas de aquel dia,
Con santas frases, de ternura llenas,
Su rostro el más hermoso parecia
Que entristeció el dolor desde que hay penas.

Y añadió, separando de su frente
De sus cabellos la dorada aureola:
—«¿Por qué me dejará junto á esta fuente,
Condenada á la pena de estar sola?»—

—«Escucha»,—dijo Paz;—«verás cual templa
Ese dolor tan tierno y tan profundo
Lo que vas á saber; oye, y contempla
Algun cuento de allá del otro mundo.

»Es un gérmen allí de desventura,
El que casto imagine el pensamiento
Mil edenes de luz y de frescura
Que construye el amor hasta en el viento.

»Son las dichas, exentas de cuidados,
De nuestra alma ilusiones engañosas;
La fe, la duda y el amor, mezclados,
Son el fondo entrañable de las cosas.

»Cuando algun dia, como ahora, quedes
Abandonada del amor querido,
¡Dichosa, al ménos, tú, si entónces puedes
Algunas flores recoger de olvido!»—

—«¿Con que no es el amor toda la vida?»,—
La jóven le pregunta, y con presteza
Suspira, frunce el ceño, y distraida
Inclina lentamente la cabeza.

Paz prosigue: —«De bienes y de males
Pagando tu pasion largo tributo,
Cual todos los amores terrenales,
Tendrá dias de sol y horas de luto.

»¡Ay! y si sola para siempre quedas,
Tu corazon entónces, lacerado,
No podrá ni vivir, como no puedas
Enterrar entre flores lo pasado.

»La ilusion del amor es ser eterno.....»—
Y esto oyendo la jóven, afligida,
—«Pues ¡qué!»,—exclamó con el candor más tierno,
«¿Hay más que un solo amor en nuestra vida?»—

Paz, sin oir, siguió: —«Si es tu destino
Que vivas con amor sin ser amada,
Paso á paso, hasta el fin de tu camino,
Andando irás con el deber cargada.»—

Y viéndola escuchar todas las brisas,
Sigue Paz: —«Haga el Dios de los amores
Vuelvas á hallar sus labios con sonrisas,
Tornes á ver sus ojos con fulgores.

»Y si fuese tu amor abandonado,
Quiera aliviar, piadoso, tus pesares
Aquel que en los espacios ha sembrado
Los grupos de planetas á millares.»—

Sin oir estas frases elocuentes,
La niña, atenta á una esperanza vana,
Muestra el blanco azulado de sus dientes,
Su hermosa boca de color de grana;

Y—«¡adios!»—grita de pronto;—«oigo la brisa,
Que repite su voz junto á aquel monte:
Me voy, porque mi gloria es su sonrisa,
Las huellas de sus piés son mi horizonte.»—

Y alma sencilla entre las más sencillas,
Porque sueña en la voz del sér amado,
Se agolpa, encantador, á sus meijllas,
Del pudor virginal el encarnado.

Y corriendo fantástica y ligera
Detras de aquel amor, su única gloria,
—«Me voy, me voy», — les dice; —«que me espera.
¡El cielo os haga dulce mi memoria!»—

Y á los labios de Paz lleva la frente,
La cual un beso y dos sobre ella imprime;
Despues á Honorio la acercó, inocente,
Con jovial expresion casta y sublime;

Más viendo que éste, con glacial tibieza,
De besar se excusó su frente hermosa,
Ella volvió, afrentada, la cabeza,
Por no sé qué malicia candorosa;

Y corriendo hácia el monte desde el valle,
Con agitados piés y ojos febriles,
En el rostro mostraba, y en el talle,
Una explosion de gracias infantiles.

Y la causa buscando de sus penas,
Desapareció, cruzando la campiña,
Con aquel pié que llenaria apénas
El hueco de la mano de una niña.

—«¿Por qué»—pregunta Paz—«no la has besado,
Turbando en ella del candor la calma?
¿No conoces que así la has enseñado
A pensar en el mal, hijo del alma!»—

De rojo las mejillas encendidas,
Honorio contestó con triste acento:
—«¡Solamente una vez, en tantas vidas,
A una mujer besé de pensamiento!»—

Quedóse, hablando así, meditabundo,
La madre le miró con indulgencia:
Y uno y otro dejaron aquel mundo
De amor, de admiracion y de inocencia.

FIN DE LA JORNADA SÉPTIMA.

EL DRAMA UNIVERSAL.

JORNADA OCTAVA.

ESCENA CUADRAGÉSIMATERCERA.

LA CONVERSION DE LAS HADAS.

LUGAR DE LA ESCENA: *El jardin de José de Arimathea.*

PERSONAJES.

JESUS EL MAGO. — HONORIO. — PILATO. — EL GUARDA DEL SEPULCRO DE CRISTO. — HADAS, NINFAS, DRUIDESAS, SÍLFIDES, HECHICERAS, Y TODOS LOS GENIOS REPRESENTANTES DE LAS ANTIGUAS RELIGIONES.

ARGUMENTO.

Se hallan Jesus el Mago y Honorio en el sitio del jardin de José de Arimathea; Jesus hace retroceder el tiempo hasta la noche del primer Viérnes Santo.

Ve Honorio dos hombres, uno guardando el sepulcro de Jesucristo, que era el mismo soldado que se quedó con la túnica de Jesus el Mago en el acto de la prision de Cristo, y el otro era Pilato, que, saliendo de Jerusalen desesperado, distraia su dolor vagando por los campos. Viendo una vez el guarda del sepulcro que el Pretor se revuelca en el suelo, cree que tiene frio, y le echa encima la túnica de Jesus el Mago.

Al sentirse cubierto con la túnica, Pilato, por efecto de un prodigio, ve lo invisible, y mira lleno de espíritus alados el huerto de José de Arimathea.

Las hadas y todos los genios de las antiguas religiones acuden al rededor de Jesus el Mago para que los bautice. Se adelanta la ninfa Egeria, y le dice que desde el momento en que murió Cristo, los dioses del Olimpo desaparecieron del espacio, y por más que los fueron buscando de planeta en planeta, no los encontraron.

Jesus el Mago sube al cielo, y al volver á la tierra, viene seguido de un reguero de luz, con el cual baña y purifica, bautizándolos, á todos aquellos espíritus, que, convertidos ya al Cristianismo, ven sus antiguos dogmas purificados y fundidos en el dogma nuevo, y se arrodillan al rededor del sepulcro de Jesucristo.

Pilato se levanta horrorizado, y recuperando su túnica Jesus el Mago, vuelve el Pretor á dejar de ver lo invisible, y se dirige á Jerusalen, pensando en lo horrible de su culpa.

Ya el sol, para morir, se reclinaba
Al opuesto confin de Galilea;
Y cerca del Calvario, en donde estaba
El jardin de José de Arimathea,

Jesus, en prueba de cariño, toca,
De un valle estrecho en el oscuro flanco,
Un sepulcro tallado en una roca,
Que amenaza caer en un barranco.

—«Tu madre á ver sufrir te ha conducido»,—
Dice á Honorio Jesus,—«de una á otra esfera,
Y ya tu corazon, compadecido,
Al alma humana dió la vuelta entera.

»Has visto el mal del vicio; pero ahora,
En rápido y vistoso panorama,
Ya que acabas de ver cuanto se llora,
Vas á saber, Honorio, cuánto se ama.»—

Y—«vuelve»—dice al tiempo; el que, obediente,
Atras sus alas sobre sí repliega,
Y ante ellos vuelve su inmortal corriente
Como un vapor que turba y que no ciega.

Viendo Honorio un fulgor, que de una gasa
Parecia el fantástico diseño,
Mira en un rio de vapor que pasa,
Retroceder la historia como un sueño;

Y por tocarlo bien, tiende su mano;
Mas, sin romper de su ilusion el prisma,
Cogiendo nada más que el aire vano,
Su mano se cerró sobre sí misma.

Y volver hácia atras, rápido, vieron
A ese tiempo que corre hácia adelante,
Y á la voz de Jesus retrocedieron
Quince siglos y más como un instante.

Tornóse el tiempo con premura tanta,
Que fué llegando, en óptica ilusoria,
Hasta esa fecha misteriosa y santa
Que es el punto brillante de la historia.

Parándose, al llegar, aquella urdimbre
Que la luz en los céfiros tejia,
Jesus con su voz, clara como el timbre
De una lámina de oro, proseguia:

—«Aquí, como verás, bajo esta losa,
Despues que muerto fué por los malvados,
El cuerpo sacratísimo reposa
Del que vino á purgar nuestros pecados.

»En mágica ilusion, de Cristo en nombre,
Hice al tiempo volver, para que veas
La pasion y la muerte del Dios hombre
En hechos que serán sombras de ideas.»—

Y á Honorio en el jardin se le aparecen,
Tranquilo el uno, el otro taciturno,
Dos hombres á los lados, que parecen
Fantasmas, hijos del vapor nocturno.

Guarda á Cristo el soldado á quien, temiendo
De la prision en el momento aciago,
Dejó en sus manos, con presteza huyendo,
Su túnica sutil, Jesus el Mago.

Era el otro Pilato, el que, transido,
Si no su sien, su corazon, de espinas,
Vagaba por los campos, aburrido
De las cosas humanas y divinas.

En el tronco apoyado de una higuera,
Oye silbar el viento del invierno,
Y sufre, cual si en vida se sintiera
Condenado á las penas del infierno.

Las ramas de la higuera, que caian
Como espectros, moviéndose flexibles,
En torno de él parece que gemian,
Cual protestas de seres invisibles.

No halla Pilato á su dolor consuelo;
Son sus ojos, de lágrimas dos fuentes,
Y una vez, revolcándose en el suelo,
Hace con ira rechinar sus dientes.

Buscó el guarda al Pretor, y como viera
Que de frio tal vez se estremecia,
Echó sobre él la túnica ligera
Que del Mago Jesus tomado habia.

Cayó, blanca cual capa de granizo,
Sobre el Pretor, la túnica flexible,
Y haciéndole el efecto de un hechizo,
Pilato, sin soñar, vió lo invisible.

La vista en torno con horror pasea,
Y delante, y detras, y á todos lados,
Ve el huerto de José de Arimathea
Lleno todo de espíritus alados,

Que uno tras otro hácia Jesus avanza,
Y en torno de él, uno tras otro, hacia
Un círculo de sombras, que una danza
De espíritus de muertos parecia.

Ve Pilato girar luces espesas,
Cual almas de sus tumbas escapadas:
Son las ninfas, las magas, las druidesas,
Las sílfides, los genios y las hadas,

Que buscan con afan al Dios que ha muerto,
Y en el dia más triste de la vida
Giran, llenando, pálidas, el huerto
De una aurora boreal desconocida.

Del círculo de sombras que giraba
Salió gentil, y atravesó la bruma,
Y así al Mago Jesus despues le hablaba
La ninfa Egeria, que inspiraba á Numa:

—«¿Es cierto que, del cielo desterrados»,—
A decir comenzó la ninfa Egeria,
«Van á ser nuestros dioses reemplazados
Por un Dios redentor de la miseria?

»Hoy, llevando á los dioses nuestros votos .
A las cumbres del cielo inaccesibles,
Sirviendo á nuestras almas de pilotos
Magnéticas corrientes invisibles,

»No encontramos ni un dios; nubes y viento
Sólo en los campos del Elíseo habia.
¡Ya es el espacio del Olimpo asiento,
Atmósfera sin sol, oscura y fria!

»¿Así de nuestro olimpo la belleza
Pasará cual la luz de un meteoro,
Ante un Dios sin orgullo ni riqueza,
Que no viste la púrpura y el oro?

»Decid quién es, para adorar su nombre,
Ya que el Olimpo, de piedad exhausto,
En santa expiacion mataba al hombre,
Y él ofrece su vida en holocausto.

»Cuando desiertos los espacios vimos,
Sílfides, hadas, ninfas y hechiceras,
Buscando nuestros dioses, emprendimos
Una larga excursion por las esferas.

—«¿Dónde están nuestros dioses»—preguntando
Un hada tras de otra hada iba afligida,
De planeta en planeta, continuando
La escala esplendorosa de la vida.

—«¡Pasaron por aquí!»,—nos contestaban,
Añadiendo dolores á dolores,
Los hijos de los astros, que variaban
En magnitud, en formas y en colores.

—«¿Dónde están?»,—preguntábamos inquietas,
De astro en astro llevando nuestros duelos,
É indiferentes viendo á los planetas
Girar por los abismos de los cielos.

»Y cual ellos tambien indiferentes,
—«¡Pasaron por aquí!»,—nos contestaban
En cada nueva poblacion las gentes
De los miles de soles que giraban.

»Y al ver que aire, y solo aire, se volvian
Los viejos dogmas, las antiguas leyes,
Las ninfas y las hadas repetian:
—«¡Nuestros dioses se van; se irán los reyes!»—

»Volando por el éter impalpable,
Nuestros ojos y oidos siempre hallaron,
El azul de los cielos inmutable,
La eterna voz de —«¡Por aquí pasaron!»—

»Sólo en un sol que nuestros ojos vieron,
De gloriosos espíritus morada,
—«¡Les mandó caminar»,—nos respondieron,
«La eterna voluntad hácia la nada!»—

»Estas palabras, con dolor oidas
Donde tienen su fin todas las cosas,
Y encontrándonos solas y perdidas
Del cielo en las tinieblas luminosas,

»Del hado inexorable la dureza
Lamentando, de pena traspasadas,
Nos volvimos, lanzando con tristeza
Al Olimpo las últimas miradas.

»Para siempre el Elíseo abandonamos,
Y hácia Roma despues tendiendo el vuelo,
En sueños á Tiberio le contamos
Que será Rey del mundo, el Dios del cielo.

»Mas, al soñar, Tiberio no ha creido
Que el cetro de los Césares se quiebre
Por un Rey tan humilde, que ha nacido
Entre el asno y el buey en un pesebre.

—»¡Bautízanos, Jesus! ¡Ay! ¿Qué nos queda,
Si hoy nuestra humilde conversion rechazas,
Al sonar este—¡Sálvese el que pueda!
De Césares, de dioses y de razas?»—

Hasta el último término del cielo
Lanzándose Jesus apresurado,
De nuevo tornó á abrir, bajando el vuelo,
Otra rendija de oro en el nublado;

Y un rastro de una insólita blancura
Dejando por los sitios que cruzaba,
De las nubes, brotó, por la abertura
Una llama tan viva, que cegaba;

Y á aquellas almas buenas, que sirvieron
A los dioses sin Dios del gentilismo,
Y que ángeles no son porque murieron
Sin recibir las aguas del bautismo,

En rica profusion, Jesus el Mago
Un bautismo de luz echa sobre ellas,
Luz que, esparcida por el aire vago,
Parece que la ciernen las estrellas.

Y el buen Jesus, —«¡Os dejo bautizadas
En el nombre de Dios!»,—les fué diciendo,
Las manos con amor hácia las hadas,
Como en señal de bendicion, tendiendo.

Y al bautizarlas de su Dios en nombre,
Les decia Jesus de esta manera:
—«No adoraréis ni el ídolo, ni el hombre,
Ni el mármol, ni el metal, ni la madera.»—

Purificando así las vivas llamas,
Las ciencias, la moral, las religiones,
Los Talmudes, los Druidas y los Brahmas,
Los Sócrates, los Numas y Platones,

En dogmas de piedad se transformaron
Los viejos dogmas del Elíseo, impíos,
Y en la cristiana religion entraron,
Lo mismo que entran en la mar los rios.

Tal número, despues, de ninfas y hadas
A la tumba de Cristo descendia,
Que, al volver hácia el mundo bautizadas,
Una lluvia de estrellas parecia.

Ve Pilato, despues, que á Cristo adoran,
Besan el suelo y con bondad se humillan;
Por los que hacen el mal rezan y lloran,
Y en torno del sepulcro se arrodillan.

Y luégo de su túnica ligera
Tira Jesus con mano imperceptible,
Y ya no ve Pilato aquello que era
Para ellos sólo y para Dios visible.

Cuando Jesus su túnica retira,
Pilato halla el jardin solo y umbrío;
Piensa que es sueño, y cuando en torno mira,
Sólo encuentra el silencio y el vacío.

Y se aleja, y su culpa recordando,
Le oyeron suspirar Jesus y Honorio,
Los fieros ojos con furor clavando
En las grises murallas del pretorio.

¡La culpa, horrible madre de la muerte,
Que con nosotros duerme y nos abraza,
Que el sueño en pesadilla nos convierte,
Y al cuello con furor se nos enlaza;

Que se alza, al vernos, cual vision maldita,
Y siempre el paso, al escapar, nos cierra;
Que late en nuestra sangre, y que nos grita
De todos los extremos de la tierra!

Esto Pilato con horror pensando,
Tornó á Jerusalen, y alta la frente,
A la inicua ciudad, de cuando en cuando,
Lanzaba unas miradas de serpiente.

ESCENA CUADRAGÉSIMACUARTA.

EL SANTO ADVENIMIENTO.

LUGAR DE LA ESCENA: *El seno de Abrahan.*

PERSONAJES.

El Cristo. — Los Ángeles. — Jesus el Mago. — Honorio. — Los primeros Padres. — Los dioses del Olimpo. — La diosa Roma. — Los Césares.

ARGUMENTO.

Vuelve Jesus el Mago á hablar á Honorio. Cae la piedra de la entrada del sepulcro de Cristo; sale éste; manda á Jesus que le siga, y á una señal suya se abre la tierra, y Jesus y Honorio le acompañan en su bajada á los lugares inferiores. Saca el Cristo del seno de Abrahan á los que esperaban su santo advenimiento.

Cuando llegaron al borde de la nada, que separaba el seno de Abrahan de los infiernos, se detuvieron viendo caer en la nada á todos

los dioses del Olimpo y á todos los ídolos de las antiguas religiones. Se hunden en la nada Júpiter, Vénus, Marte, Baco, Diana, Cibéles y la diosa Roma. Despues de disueltos en la nada el Olimpo y el antiguo mundo, á una señal de Cristo continúan los justos, en pos de él, su viaje por los infiernos.

Jesus de nuevo, por la noche, *toca,*
Del valle estrecho en el oscuro flanco,
El sepulcro tallado en una roca
Que amenaza caer en un barranco;

Y—«*tu madre*»,—siguió, —«*te ha conducido,*
Honorio, á ver sufrir de una á otra esfera,
Y ya tu corazon, compadecido,
Al alma humana dió la vuelta entera.

»*Has visto el mal del vicio; pero ahora,*
En rápido y vistoso panorama,
Ya que acabas de ver cuanto se llora,
Vas á saber, Honorio, cuánto se ama.

»*Aquí, como verás, bajo esta losa,*
Despues que muerto fué por los malvados,
El cuerpo sacratísimo reposa
Del que vino á purgar nuestros pecados.»—

Y cayendo la piedra de la entrada,
Salió de ella el que todo lo redime,
Mostrando en su ademan y en su mirada
Alguna cosa mística y sublime.

Y—«¡Vén!»,—dice á Jesus.—«¡Ven!»—repetia;
Y siguieron los dos, de espanto yertos,
Al mártir que murió, y al tercer dia,
Resucitó por fin de entre los muertos.

Busca á los justos que Abrahan encierra,
Piadoso el Cristo, con su amor innato,
Y la mano tendiendo hácia la tierra,
Ve un abismo entreabierto á su mandato;

Y entra resuelto, con la fe que cabe
En quien lleva el amor hasta el delirio,
Como un Dios de bondad, que sólo sabe
Buscar la expiacion por el martirio.

Trasponiendo, por fin, la luz del cielo,
En la infernal mansion entran con pena;
Y en el campo despues cantó el mochuelo,
La víbora silbó, y aulló la hiena.

Seguido de los dos, Cristo la entrada
Traspasó del recinto tenebroso,
Y allí, tras su agonía prolongada,
Un suplicio sufrió más horroroso;

Pues, con nueva bondad, más grandes penas
A padecer se expone, voluntario,
Su corazon, convaleciente apénas
De la muerte afrentosa del Calvario.

Cuando ya al seno de Abrahan llegaba,
Ve el Cristo el centro del primer infierno,
A una sombría luz, que recordaba
Una puesta de sol en el invierno.

El noble pueblo de los justos deja
El seno oscuro en que aguardó paciente,
Y hace un ruido, al salir, que se asemeja
A la sorda cascada de un torrente.

Miran al Cristo, de indulgencia lleno,
Los padres que, esperando su venida,
De Abrahan aguardaban en el seno,
Ya borrados del libro de la vida.

Por verle Honorio bien, tiene, encantado
En los ojos de Adan los ojos fijos,
Porque por Eva su alma ha condenado,
Y el alma de los hijos de sus hijos.

Sale Noé, quien á sus nietos guia,
De la prole de Adan raza segunda;
Y el fundador de la nacion judía,
Jacob, que ha visto á Dios; Raquel, fecunda.

Luégo, mostrando el brillo soberano
Del óvalo perfecto de su cara,
A dar gracias al Cristo, por la mano
Lleva al dócil Isaac la buena Sara.

Y sale Aaron, pontífice primero,
Tras de Moisés, el dictador de leyes;
Con Samuel, de los jueces el postrero,
Va Saúl, el primero de los reyes.

A su pueblo David sale encantando,
Por santo y fuerte y músico y profeta;
Y en pos de él, á los grandes admirando,
El sabio Salomon, rey y poeta.

Tras Dios, cumpliendo su inmortal destino,
Tiende el grupo de espíritus el vuelo,
Como el humo en columnas, blanquecino,
Sube, ondulando, á la region del cielo.

La nada hallan, por fin, despavoridos,
Pálida encima y negra en lo más hondo,
Que es en lo alto una tromba de gemidos,
Y un pantano de lágrimas el fondo.

De espesas nieblas sin color cercada,
Como á una luz de moribunda luna,
Ven el hondo circuito de la nada,
De esta tierra mortal sepulcro y cuna.

Parecia aquel sitio de misterio,
De parda luz, de vientos inactivos,
El hueco del lugar de un cementerio
Dejado por los muertos y los vivos.

Cuando hácia el borde de la nada avanza,
A la prole de Adan un ruido aterra
Tan hondo, que, al sonar en lontananza,
Su helado corazon abrió la tierra.

Y al gran rumor que hasta al infierno asorda,
Contemplan con horror que, moribundo,
Cual un mar que bramando se desborda,
Se va hundiendo en la nada el viejo mundo.

Cayendo aquellas ruinas sobrehumanas,
Tal espanto á los ángeles causaron,
Que del viejo Abrahan las pocas canas
En el cráneo amarillo se erizaron.

Y á aquella luz, que ver les permitia
Alguna forma vaga en las tinieblas,
Miraron que el Olimpo descendia
De la nada á perderse entre las nieblas;

Pues grande en vicios, y en virtud exiguo,
Rotas, al fin, de la piedad las vallas,
Da el Cristo la batalla al mundo antiguo,
Que al reino dará fin de las batallas.

Y así, cuando el Olimpo descendia,
Mirándole caer, meditabundo,
—«*Sic transit gloria mundi!*»,—prorumpia;
¡Así pasa la gloria de este mundo!

Del Elíseo, ántes claro y hoy sombrío,
La turba de los dioses desterrada,
Cayendo desde el cielo en el vacío,
Del vacío, despues, cae en la nada.

Y al ver Cristo caer tan grandes cosas
Del más alto lugar hasta el más bajo,
Costaba á sus pupilas amorosas,
El contener las lágrimas, trabajo.

Caminando imperioso y decisivo
El Júpiter olímpico, á la nada,
Al abismo cayó, pisando altivo
Al águila de rayos coronada.

Y aumentando con gritos plañideros
Aquel sublime horror de los horrores,
Se sumen en la nada, los primeros,
Los dioses de los cielos superiores.

Y llega Vénus, y la nada enciende,
Cual la luz misteriosa de una estrella;
Y al rodar por sus ámbitos, se extiende
Un perfume que dice: —«¡Es ella! ¡es ella!»—

Con cierta fatuidad imperturbable
Hunde Marte, cayendo en el abismo,
El poder de la fuerza miserable,
De la guerra el glorioso vandalismo.

En lo hondo de la fúnebre laguna,
Dioses y diosas con terror oian
Cuál sonaban en ella una por una
Las lágrimas de sangre que vertian.

Y despues, arrastrado como todo,
Entre dioses y Césares y cosas,
Desciende Baco, músico y beodo,
Coronado de pámpanos y rosas.

Y hundiéndose tambien, tras él ondula
Un tropel de bacantes, nauseabundo,
Manchadas con el néctar que circula,
Donde quiera que hay fiestas, en el mundo.

Con Diana, que, muerta entre lebreles,
Enterneció una vez los corazones,
Se hundió la fria imágen de Cibéles
En su carro arrastrado por leones.

Y entre héroes y mujeres y beodos,
Con su inmenso poder, que al mundo doma,
Del viejo Olimpo entre los dioses todos,
Cayó una diosa más, la diosa Roma;

Esa diosa que echó sobre el imperio
La inmensa losa de la paz romana,
Que hoy ignora, al dormir bajo Tiberio,
Bajo qué rey despertará mañana.

¡Que muera, pues, y que con ella espire
La razon sin razon de la victoria!
¡Que se hunda ahí, para que al fin respire,
Cansado el mundo ya de tanta gloria!

De este modo al imperio y á los hados,
Y al viejo Elíseo y al antiguo infierno,
En quietud insufrible sepultados,
A todos los fué uniendo el sueño eterno.

Un dios tras otro hácia el no ser avanza,
Y con ellos despues, la nada encierra
La vanidad, la ira, la venganza,
La esclavitud, las castas y la guerra.

Para siempre extinguiéndose, y envueltos
De gotas de astros en la inmensa lluvia,
Caen pueblos y Césares, disueltos
En aquel mar de mundos que diluvia.

Y con ellos, los ídolos caian
Del galo, el indo, el griego y el romano,
En las pardas tinieblas que se hundian,
Como el fango que se hunde en un pantano.

Se oyó, al fin, de la nada en el vacío
Un grito general, áspero y fuerte..... —
Despues ¡silencio, lobreguez y frio,
Noche, reposo, soledad y muerte!

Vagando, no del todo evaporados,
Circulan, áun dispersos, por la esfera
Los átomos de mundos destrozados.....
Mas despues, ni los átomos siquiera.

Así, desde el reinado de Tiberio,
No dejando más huellas que sus nombres,
Fueron sólo el Olimpo y el imperio
Un eco en la memoria de los hombres.

Y el Cristo, ante los justos, olvidando
Del mundo antiguo el funeral destino,
La mano en el vacío adelantando,
—«¡Vamos!»,—dice, y prosiguen su camino.

ESCENA CUADRAGÉSIMAQUINTA.

DESCENDIÓ Á LOS INFIERNOS.

LUGAR DE LA ESCENA: *In inferis.*

PERSONAJES.

El Cristo. — Los Ángeles — Jesus el Mago. — Los santos padres. — Honorio. — Los niños del Limbo. — Los condenados.

ARGUMENTO.

Siguen su camino el Redentor y los que le esperaban en el Seno de Abrahan, y salen de la nada.

Llegan al Limbo, y los niños cercan al Cristo pidiéndole que los salve. El Hijo envia un ángel al Padre á implorar de su miserieordia que le permita redimirlos, como al hombre, con otra nueva crucificacion; pero el ángel vuelve, y de órden del Padre le manda continuar su camino. Crucifixion moral del Cristo por no poder redimir á los niños que murieron sin bautismo.

Pasan cerca del verdadero infierno, donde el Rico Avariento, en nombre de los condenados, pide al Cristo que los redima en el infierno, como al hombre en la tierra. Nueva crucifixion moral de Jesucristo. Saliendo del infierno, se abraza á la cruz en que fué crucificado, como

si fuese un lugar de descanso, hallando más intolerable el dolor moral que el mal físico.

Ruego del inmenso amor del Hijo á la infinita justicia del Padre. La vida del hombre es una verdadera expiacion de sus culpas y pecados.

Cuando detras del Redentor seguian,
Formando líneas de ondulantes eses,
Las sombras de los justos parecian
Una larga alameda de cipreses.

De la nada cruzando el hondo abismo,
Gime el Cristo al andar, de trecho en trecho,
Y hablando va como consigo mismo,
Con los brazos cruzados sobre el pecho.

Hallando al fin de una penosa via,
Entre un vapor como la sombra leve,
El limbo de los niños, que tenía
El color blanquecino de la nieve,

Miran cercar al Redentor divino
A los niños, cual pálidas y huecas,
Llevadas por la brisa en torbellino,
Amarillentas van las hojas secas.

Sigue Cristo á los niños contemplando
Con alma tierna, de dolor partida;
Y los niños le ven, como mirando
La primera esperanza de la vida.

Con inmensa bondad, piensa el Ungido
En juntar un tormento á otro tormento,
De las hondas heridas que ha sufrido,
Ensangrentado aún su pensamiento.

Y tanto la orfandad, el Cristo siente,
De los niños, que imploran de rodillas,
Que el sudor que corria por su frente
Inundó sus escuálidas mejillas.

—«¡Bendíganos!», —dice uno, —«el que bendice.»
—«¡Redímenos!», —grita otro; y el Dios santo,
—«Vé al cielo y ruega al Padre», —á un ángel dice,
«Que los pueda salvar ó me dé llanto.» —

Lleva el mensaje á la mansion divina
De aquel que es siempre del amor espejo,
El Angel, que tras sí, cuando camina,
Va dejando una luz como un reflejo.

De este modo aquel mártir voluntario,
Que ayer su sangre por el hombre vierte,
Comienza de su espíritu el calvario,
Dolor moral, crucifixion sin muerte.

Aguarda al ángel con profundo anhelo;
Alza sus brazos cárdenos y enjutos,
Y al Padre suplicando, mira al cielo,
Devorando unos siglos de minutos.

Mas pronto por los aires, rutilante,
Volviendo triste el ángel mensajero,
Le dice de rodillas:—«¡Adelante!
La justicia de Dios es lo primero.

»¡No quieras redimir lo irredimible,
Ni olvide tu alma, á perdonar propicia,
Que es el Dios del perdon el Dios terrible,
Grande en bondad é inmenso en su justicia!

»Quiere sólo, Señor, lo que ha querido
Tu eterno Padre y nuestro Dios augusto,
Porque siempre ha de ser, como ya ha sido,
Miéntras Dios sea Dios, lo justo justo.»—

Los ojos levantando á las estrellas
Con profundo dolor Cristo, obediente,
Cruzó las manos, saludó con ellas,
Y prosiguió marchando tristemente.

Al mirar que los justos se alejaban,
A sus madres llamando sin consuelo,
Los niños de rodillas exclamaban:
—«¡No hay piedad en la tierra ni en el cielo!»—

—«¡Señor, Señor!»,—el ángel le decia,
«¡No dejes que te abata la tristeza!»—
Pero el Cristo, al andar, no se atrevia
A volver, por no verlos, la cabeza.

Despues, como la boca de un gran horno,
El infierno mayor ven entreabierto,
Y sienten, al pasar, un gran bochorno,
Cual un viento de fuego del desierto.

Viendo el Cristo aquel antro tan horrible,
La fuente de sus lágrimas se agota,
Y al ver tanto dolor irredimible,
Paladeaba el martirio gota á gota.

Y allí los condenados acudieron,
Y en torno de ellos, con inmenso ruido,
Tantos fantasmas con dolor rugieron,
Que hasta de Job se estremeció el oido.

Cuando al Cristo la turba á ver alcanza,
Ciega, á pedir su redencion se alienta,
Allí donde ni un rayo de esperanza
Ilumina una cara amarillenta.

Y al ver todos que el célebre Avariento
Imploraba del Cristo la ternura,
Casi casi gustaron un momento
Una calma en su inmensa desventura.

—«¡Redímenos, Señor!»,—gritan en masa,
En bronco acento, las malditas gentes,
«Ya que abre tu poder, por donde pasa,
De amor y de bondad plácidas fuentes.»—

Y los ángeles dicen,—«¡Adelante!»—
Mitigando piadosos sus quebrantos,
Miéntras Cristo mostraba en su semblante
La sublime tristeza de los santos.

De su moral crucifixion rendido,
El Cristo respondió con labio inerte:
—«Yo no os traigo el perdon; el vuestro os pido»;—
Y pálido siguió como la muerte.

Para escapar de la legion maldita,
Mirando al Cristo, de valor escaso,
Jesus el Mago ante el maestro grita:
—«¡Abrid de Dios á la justicia paso!»—

Del dia en que nacieron blasfemaban,
Y el seno maldecian de su madre;
Y rumiando su cólera, gritaban:
—«¡Ni Jesucristo es Dios, ni Dios es Padre!»—

Y Jesucristo Dios, cuando esto oia,
Hácia un lado volvia la cabeza,
Pues más que ver sufrir, sufrir querria,
Prefiriendo el dolor á la tristeza.

Despues el Cristo, de sufrir cansado,
Sustraido al desprecio y al insulto,
Fué andando, por los ángeles cercado,
Entre su inmensa irradiacion oculto.

Su sed de sacrificios no saciada,
Cristo, entre tanto, con dolor se abisma
En la paciencia, esa virtud amada,
Que saca la ventura de sí misma.

Marchando hácia la luz de las estrellas,
Las almas tras su Dios, con paso lento,
Andando fueron, sin dejar más huellas
Que las aves que cruzan por el viento.

Cuando, al salir el Cristo, en su agonía,
Miró del cielo hácia el azul sombrío,
Vuelto á su Padre celestial, decia:
—«¿Dónde estarán las lágrimas, Dios mio?»—

Saliendo el Redentor tres veces santo
De la negra mansion, al sol cerrada,
Por el ajeno mal sufria tanto,
Que ya no padecia casi nada.

Y no pudiendo hallar ni dar consuelo,
Dijo al pié de la cruz el que, afligido,
Sintió despues, hasta en el mismo cielo,
El peso de un dolor desconocido:

—«No castigues, mi Dios, deten tu mano.
La culpa lleva en sí su propio azote.
Es de sí mismo el corazon humano
La víctima, el altar y el sacerdote.

»Vuelve á mis hombros, celestial madero.
¿Dónde hay carga mayor que la existencia?
El peso de la cruz es bien ligero
Ante el peso moral de la conciencia.

»Ayer, por redimir almas perdidas,
Dejé la vida en tí crucificado;
Mas hoy, sin redimir, gastó mil vidas
Mi corazon, de angustia gangrenado.»—

Rogando al Padre así, baja la frente;
Y el que muerte en la cruz sufrió con calma,
Hoy á su pié cayendo, llora y siente,
Tras la pasion del cuerpo, la del alma.

En torno de él, con aire funerario,
Tanto número de ángeles veia,
Que con sus blancas alas, el calvario
Cubierto por la nieve parecia.

Y á un fulgor de la luna mortecino,
Despues hácia el sepulcro caminaba,
Y un arcángel, mostrándole el camino,
Como se guia á un niño, le guiaba.

Y al fin, con el dolor de otra agonía,
A su tumba volvió desfalleciente,
El que ocupó, saliendo al tercer dia,
La diestra de Dios Padre eternamente.

ESCENA CUADRAGÉSIMASEXTA.

MARÍA DE BETHANIA.

LUGAR DE LA ESCENA: *La tumba de Lázaro.*

PERSONAJES.

MARÍA DE BETHANIA.—JESUS EL MAGO.—HONORIO.

ARGUMENTO.

Muestra Jesus el Mago á Honorio los sitios por donde llevaron preso á Cristo. Luégo le conduce al sepulcro de Lázaro, donde dejó dormida á María de Bethania. La despierta Jesus el Mago, y vuelve á hacer andar al tiempo que habia hecho retroceder hasta la noche del primer Viérnes Santo. Viendo pasar el tiempo, va leyendo María la historia, y ve la muerte de Cristo, despues á los Evangelistas, luégo á los apóstoles, los mártires, los santos, los doctores y los héroes cristianos. Ve tambien los hechos de Jesus el Mago. Suena la trompeta del juicio, á que son llamados los personajes del poema, y Honorio sigue á Jesus el Mago y á María de Bethania hácia el valle de Josafat.

Dice á Honorio Jesus, enternecido:
—«*Allí dejé la túnica escapando,*
Y porque Dios piadoso lo ha querido,
Me sobrevivo á mí, ya sé hasta cuándo.

»Premiando allí mi religioso celo,
Me dijo el Redentor:—«*Presente ó ausente,*
Sígueme por la tierra y por el cielo,
Invisible ó visible, eternamente.»—

»Encontrando, al volver, á mi adorada
Allá rendida al sueño, por mi mano
La traje aquí, dormida y encantada,
A la tumba de Lázaro, su hermano.

»Yo adoraba á María, cariñoso,
Y ella á mi fe correspondia, tierna,
Con ese amor del corazon piadoso,
Que es en la vida una costumbre eterna.»—

Y apartando la roca de la entrada,
Jesus y Honorio hallaron, aquel dia,
Dormida, al mismo tiempo y encantada,
En la tumba de Lázaro, á María.

Sordo, en el hueco de la peña rota,
Ni lleva un són el viento ni lo trae,
Miéntras rezuma en él la eterna gota,
Que amenaza caer, pero no cae.

Como dentro de una ánfora de arcilla,
Sentada en el sepulcro de su hermano,
Con el codo apoyado en la rodilla,
Y la barba en la palma de la mano,

A María, soñando, recostada,
Con el rostro encontraron descubierto,
Tan fresca como el agua presentada
Por un ángel á Agar en el desierto.

Cubria, como espléndido tocado,
Una gasa rayada su cabeza,
Cuyo extremo, cayendo por un lado,
Aumentaba, si cabe, su belleza.

—«¡Despiértate! ¡Despiértate, María!»,—
Jesus le dijo, y á su voz amada,
Se despertó la jóven, que dormia,
Por más de quince siglos encantada.

Ella siempre apacible, y él risueño,
Lo mismo que una hermana y un hermano,
Como si fuese al despertar de un sueño,
Se cogieron entrambos de la mano.

De su boca, despues, medio entreabierta,
Roja como la flor de la granada,
Viendo á Honorio en penumbra hácia la puerta,
Lanzó un suspiro de paloma ahogada.

Miéntras Jesus la mira, satisfecho,
Al fuego de sus púdicos amores,
De ella, ondulante, el agitado pecho,
Mueve el collar de piedras de colores.

Como el tiempo obediente, y semejante
A una niebla que sombras proyectaba,
Fantástico, hácia atras y hácia adelante,
Cual un rio de luz, se deslizaba;

A la voz de Jesus, dulce é imperiosa,
Volvió á marchar el tiempo detenido,
Y jamas, al volar, la mariposa
Los céfiros cruzó con ménos ruido.

—«¡Andad!»,—siguió Jesus, y vió María,
Concentrándose el tiempo y la distancia,
Una faja de niebla, que corria
Tan vaga como un sueño de la infancia.

Renovando despues, sin dejar huella,
De todo lo pasado la memoria,
Corriendo el tiempo por ante ellos y ella,
Como un lienzo sutil pasó la historia.

Honorio con encanto la escuchaba;
Sonreia Jesus, miéntras María,
Mirando aquella gasa que pasaba,
Cual si fuese sonámbula, decia :

—«El que da al cojo piés, al sordo oidos,
Al malo bendicion, luz al que espera,
Que aboga por los seres afligidos,
Y á todos los culpables regenera,

»Muere en la cruz, siendo del pobre hermano,
Del enfermo salud, del ciego dia,
Tutor del niño, apoyo del anciano,
Guardian del loco, y del imbécil guía.»—

Viendo á Dios redimir, con pena tanta,
A todo humano sér que débil peca,
La voz se le anudaba en la garganta,
Y tenía la boca ardiente y seca.

Nombra despues las cosas y los hombres
En un éxtasis plácido ó terrible,
Y de ellos parecia que los nombres
Le dictaba un espíritu invisible:

—«¡Mateo! ¡Márcos! ¡Lúcas! ya ilumina
A los pueblos gentiles vuestra ciencia,
Y siembra Juan la fraternal doctrina
Que inspira la equidad y la clemencia.»—

Continuando su espíritu, embebido
En el encanto aquel, de su alma dueño,
Esto añade, entre frases sin sentido,
Cual respondiendo al diálogo de un sueño:

—«¡Venciendo siempre con la paz la guerra,
Con diligente pié, con fuerte mano,
Pedro y Pablo ya borran de la tierra
La pisada indeleble del romano!.....»—

Y murmuraba así distintamente,
Expresando su amor ó sus enojos,
Palabras que veia con la mente,
Coloquios que escuchaba con los ojos:

—«¡El gran mártir Estéban! ¡Y Lucía,
Cuya alma admira y cuya voz encanta!
¡É Inés, y Eulalia, y Úrsula!»,—seguia,
«¡Un ángel! ¡una mártir! ¡una santa!.....»—

Y al ver que cruzan por el aire vano,
De mártires y vírgenes los coros,
Del corazon detiene, con la mano,
Los latidos profundos y sonoros.

—«¡Ved á Tomás, tan sabio como honesto,
Angélico doctor!»,—siguió, encantada;
Y miraba con ánsia, al decir esto,
Un objeto invisible su mirada.

Conforme el lienzo aquel, una por una,
Las glorias todas al pasar bosqueja,
La rueda ve girar de la fortuna,
Que levanta, derriba, toma y deja.

La sangre inútil que vertió la gloria,
Con ojos por la pena entristecidos,
Ve en el lienzo pintado de la historia,
Donde están vencedores y vencidos;

Y al mirar tan atroz carnicería,
Sintiendo una evangélica tristeza,
—«¡Hé aquí la gloria!»,—prorumpió María,
É inclinó pensativa la cabeza.

Y continuó despues:—«Allí mostrando,
En cuerpo juvenil, ánimo fuerte,
Va la de Arco á los héroes enseñando
Que honra la vida el despreciar la muerte.»—

Y al vago curso de la gasa aquella,
Viendo, admirada, de Jesus el celo,
Sus hechos fué leyendo á traves de ella,
Cual detras de una luz se mira un velo.

Y—«¡Bien, Jesus!»,—decia, entusiasmada,
María de Bethania;—«no lo dudes:
Excepto el obrar bien, no importa nada;
Pasa la gloria y quedan las virtudes.

»Y, pues, sembraste la virtud sin gloria,
Diste el favor, y se ocultó tu mano,
Mereces bien de mi alma, de la historia,
De tí, de Dios y el corazon humano.

»Que vertieses semillas de consuelo
Sobre el trono del sol, Cristo dispuso,
Desde el gran dia en que entre tierra y cielo
La sangre de Jesus Dios interpuso.»—

Fué encantada y feliz, viendo aquel dia
Doctores, santos, héroes y ermitaños,
Y en óptica ilusion vivió María,
En un dia, la vida de mil años.

Llegando aquí, las rocas se cuartean
A un gran rumor tan lúgubre y tan fuerte,
Que en la cueva en que están, revolotean
Los siniestros terrores de la muerte.

Al escuchar Jesus tan claro indicio
De algun caso inaudito, sobrehumano,
—«¡María!»,—prorumpió,—«vamos á juicio,
Nosotros, Paz, Honorio y Palaciano.

»¡Feliz pues muero! ¡Sígueme, María!»—
Y detras de Jesus María avanza.
—«¡Ánimo, Honorio, y vamos!»,—proseguia;
«¡Con la ayuda de Dios todo se alcanza!»—

Dando á Honorio la fe que en ellos arde,
Se acercan al Cedron con pié seguro,
Ya envueltos por la bruma de la tarde,
Bruma de perla de color oscuro.

En pos de ellos Honorio caminando,
De la tarde á los últimos fulgores,
Paso á paso los sigue recordando
Las culpas de sus vidas anteriores;

Pues piensa ver la eléctrica hermosura,
Ceñida en torno de la verde palma,
De aquella que ama con feroz ternura,
Con la fe de la carne y la del alma.

Cuando su cuerpo columbrar creia,
Se ahogaba de placer, sintiendo estrecho
Aquel hueco espacioso que tenía,
Latiendo el corazon, dentro del pecho.

Nunca Honorio temió; mas cuando enfrente
Del Dios del cielo y de sus culpas se halla,
Le inquieta ese cuidado que se siente
La víspera de un dia de batalla.

Cuando en pos de Jesus iba María,
Del valle angosto hácia el recinto santo,
Una niebla de luz los envolvia,
Que, pareciendo un sueño, era un encanto.

ESCENA CUADRAGÉSIMASÉPTIMA.

LA ÚLTIMA CUENTA.

LUGAR DE LA ESCENA: *El valle de Josafat.*

PERSONAJES.

PAZ. — HONORIO. — SOLEDAD. — JESUS EL MAGO. — MARÍA DE BETHANIA.

ARGUMENTO.

Llamados á juicio Soledad, Paz, Honorio y Palaciano, los que murieron aquel dia acuden tambien al valle de Josafat al oir la trompeta del ángel. Éste los invita á presentarse al Juez Supremo para ser juzgados; pero todos se niegan á presentarse á Dios voluntariamente y huyen espantados. Al entrar Honorio en el valle ve á Soledad, que llega en espíritu y sin el cuerpo que un dia aniquiló ella misma transformada en rayo. Se lamenta Honorio de verla convertida en espíritu puro; y entónces Satanas se le aparece y arroja sobre él el rayo impregnado en las cenizas de Soledad, y recogido por él en el infierno, á donde bajan todos los rayos que caen del cielo, para estrellarse sobre la frente de Satanas. — Exaltacion y fuga de Honorio, hasta que cae rendido cerca del huerto de Gethsemaní.

Miéntras reinaba una quietud completa,
Llamando á Paz, á Honorio y Palaciano,
El ruido se escuchó de una trompeta,
Espantoso, inaudito, sobrehumano.

Jesus el Mago y la ideal María
Con ellos van tambien, cuando los llama
De Josafat al valle, en aquel dia,
El Dios que sufre, que perdona y que ama.

Creyendo el juicio universal llegado,
Grupos de muertos al Cedron sombrío
Acuden por un lado y otro lado,
Como van los arroyos hácia un rio.

Vuelta hácia el suelo la fulgente espada,
De una sublime palidez cubierto,
Un ángel, colocándose á la entrada,
Dejó de par en par el valle abierto.

Van los muertos llegando uno por uno,
Su larga cuenta á liquidar postrera;
Mas no entra allí con voluntad ninguno,
Por más que el ángel dice: —«Éntre el que quiera.»—

Nadie al Cedron con voluntad desciende
Para saber, en su terrible imperio,
La postrera verdad, que el hombre aprende
En la hora del último misterio.

Los muertos con terror ven de soslayo
Aquel Dios que penetra el pensamiento,
Que parte el universo con un rayo,
Y su polvo infeliz siembra en el viento.

Espanta á su razon, siempre turbada,
La justicia tan justa como tierna,
Que da, en cambio del dón de una nonada,
El dón feliz de una ventura eterna.

De aquel valle, á que tantos acudian,
Campo final de las humanas glorias,
Las faldas de los montes parecian
Barrancos de cenizas y de escorias.

Cayendo de un impío y de otro impío,
Se ve, de su terror presagio cierto,
Bajar por el Cedron de llanto un rio,
Que á perderse despues corre al mar Muerto.

Para emprender sin miedo aquella entrada,
No hay limpio corazon ni pecho fuerte;
Pues, al aspecto del Cedron, son nada
Estos hondos terrores de la muerte :

¡El rayo que destroza, cuando brilla,
El techo paternal siempre adorable!
¡La corriente que arrastra la barquilla
A un escollo del mar inevitable!....

¡La gota con más hiel de nuestro llanto!
¡El incendio voraz que en torno estalla!
¡El insomnio que sigue á un gran espanto!
¡La hora que precede á una batalla!....

¡Lo que inventa un cerebro delirante!
¡La decepcion de una esperanza cierta!
¡El bandido que acosa al caminante,
Que con la punta del puñal despierta!....

¡Punto negro que anuncia la borrasca!
¡Pavoroso reptil que silba fiero!
¡El hielo frágil que, al romperse, chasca
Bajo el peso del pié de algun viajero!....

¡El espectro del pálido asesino!
¡El lobo que olfateándonos aúlla!
¡Fiero el leon que ruge en un camino!
¡El tigre vil que en el juncal maúlla!....

¡Pena imprevista que de horror nos hiela!
¡Sierpe que oculta se desliza y mata!
¡La nave que es llevada á toda vela
Al borde de una inmensa catarata!....

¡El cercano volcan que ondea inquieto!
¡El último ¡ay! de la postrer tortura!
¡La vista de un fantasma en esqueleto
En medio de una ardiente calentura!....

¡Los muertos que, al pasar, dejan los rios!
¡La inundacion que arrastra las cabañas!
¡Cuanto causa en la sangre escalofrios,
Cuanto tuerce y destroza las entrañas!....

¡Más que todo esto, el corazon asusta,
Al llegar á su trono de esplendores,
La justicia tan tierna como justa
Del que vino á salvar los pecadores!

El ángel de la entrada inútilmente,
Cual Moisés á la zarza, les decia:
—«¡Dios está ahí!»;—pues hasta el más valiente,
De miedo de dar cuenta, se volvia.

—«¡Dios está ahí!»,—con faz de moribundo,
Temiendo del Señor á la presencia,
Va diciendo éste á aquél....., y es que en el mundo
Es un juez implacable la conciencia.

Cuando su voz los ecos repetian,
Era tal su temor, que á voz en grito,
Bajando las cabezas prorumpian:
—«¡Desplomaos, montañas de granito!»—

Temiendo oir una fatal sentencia,
Ninguno para entrar la planta mueve;
Que la cuenta final de la existencia
Nadie con Dios á liquidar se atreve.

Y es que tal vez más hondo que ese valle
Es de nuestra alma el insondable abismo,
Pues no hay un solo sér que en calma se halle
Frente á frente de Dios y de sí mismo.

De horror sobrecogidos, y sintiendo
El torcedor que parte las entrañas,
Van huyendo del valle y repitiendo:
—«Caed sobre nosotros, ¡oh montañas!»—

Y con ellos tambien, despavoridas,
Al ver tanto terror, huyen algunas
De esas almas que, estando arrepentidas,
Son buenas como niños en las cunas.

¿Qué falta eterna, original, se encierra
Del corazon en el profundo abismo?
¡Dios de amor! ¡Dios de amor! ¿no hay en la tierra
Un hombre que esté en paz consigo mismo?

Vió Honorio á Palaciano que llegaba
Y hácia el valle con fe marchó derecho;
Y al ver que Paz, guiándole, pasaba,
Quiso saltar su corazon del pecho.

Pasó María, y á Jesus el Mago
Viendo Honorio tambien, gritó afligido:
—«Tenía en este mar en que naufrago
Una tabla á que asirme, y la he perdido.»—

Despues, como una estrella, por Oriente
Ve á Soledad hermosa apareciendo;
Y miéntras él la mira indiferente,
Ella le ve llorando y sonriendo;

Y al presentir Honorio que venía
De su martirio á recibir la palma,
Prorumpió con más tedio que agonía:
—«¡No me queda ya de ella más que el alma!»—

Viendo acercarse con mortal desmayo
Su espíritu sutil como el vacío,
—«¡Destruido aquel dia por el rayo,
Viene sin cuerpo!»,—dice, y ¡siente frio!

—«¡Oh sol sin luz!»,—entre angustiado y fiero,
Viendo el alma sin cuerpo, se decia.
—«¡No quiero en mí su espíritu; yo quiero
Esconder en su cuerpo el alma mia!

»¡Hoy, sin carne es su frente inmaculada
De aquel cielo de amor, astro remoto!
¡Ya es la sola adorable y adorada,
Bella flor sin aroma, espejo roto!»—

De Satanas surgiendo la figura
Del fondo del abismo de repente,
De Honorio al lado con horror fulgura,
Cual brilla del volcan la lava ardiente:

—«¡Gloria»,—dice,—«al que en honda simpatía
Oye entre goces de placer febriles
La pasion tempestuosa que oyó un dia
Rugir en sus ensueños juveniles!

»Desde que yo, con el infierno en guerra,
Perdí, rebelde al cielo, la batalla,
Todo rayo de Dios cae en la tierra,
Baja, y al fin, sobre mi frente estalla.

»De tu carnal pasion prendado un dia,
Te recogí este rayo en el infierno,
Que aniquiló aquel sér que es todavía
Tu incurable dolor, tu amor eterno.

»En cambio de este dón, vén á ser mio:
Toma, y bendice de tu amor la estrella,
Sabiendo que es el rayo que te envio,
Fuego impregnado en las cenizas de ella.»—

Del rayo á los siniestros resplandores,
Arde el alma de Honorio, conmovida,
Renovándose en ella los ardores
Del grande amor de su primera vida;

Y cuando de él en torno el rayo luce,
En su semblante, con feroz ternura,
Una dicha espantosa se trasluce,
Elevada hasta el grado de locura.

—«¡Esto es sentir! ¡Esto es sentir!»,—decia,
Tal vez lleno de horror, pero contento,
Pues era de aquella alma, un tanto impía,
La tempestad de amor, propio elemento.

Y por su amor febril arrebatado,
Corria ciego, inquieto, vagabundo,
Preguntando por ella, enamorado,
A todos los rumores de este mundo.

Miró á Jerusalen al occidente;
Más de ella huyó sin direccion alguna,
Y del Cedron atravesó el torrente
A los pálidos rayos de la luna.

—«¡Esto es sentir!»,—arrebatado y ciego,
Grita con voz por la emocion turbada.
—«¡Este insomnio, este vértigo, este fuego,
Son de la vida la embriaguez sagrada!»—

Y de todas sus vidas anteriores
Sintiendo el rapto, el fuego y la osadía,
Hasta el *huerto*, corrió, *de los Dolores*,
Y á la *cueva*, llegó, *de la Agonía*.

Y aturdido entre dichas y pesares,
Cada vez más febril, más tumultuario,
De la santa Pasion por los lugares,
De su inmenso dolor siguió el Calvario;

Y hácia el sitio en que allá, del horizonte
La esfera azul el Olivete cierra,
Al Este del Cedron y al pié del monte,
Honorio paró al fin, cayendo en tierra.

Y al gozar en sù insomnio vïolento
Todo el placer de su pasion mundana,
Quemándole el oido con su aliento,
Le dijo Satanas: —«¡Hasta mañana!»—

ESCENA CUADRAGÉSIMAOCTAVA.

EL PODER DE UNA LÁGRIMA.

LUGAR DE LA ESCENA: *El monte Olivete.*

PERSONAJES.

JESUS EL MAGO. — MARÍA DE BETHANIA. — PAZ. — HONORIO. — SOLEDAD. — PALACIANO Y COROS DE ÁNGELES.

ARGUMENTO.

Honorio vuelve en sí y se dirige hácia el monte Olivete. Ve subir al cielo, entre coros de ángeles, á María de Bethania, á Jesus el Mago, á Paz y á Palaciano. Al ver á Soledad convertida en espíritu puro, echa de ménos su forma carnal; y recordando que la tierra es la depositaria de su cuerpo, la besa enternecido, prefiriéndola al cielo. Se abre la boca del infierno para recibirle. Jesus el Mago le invita á mirar hácia el cielo para que vea el dolor de su madre. Ésta derrama una lágrima de dolor; Soledad la recoge, vuela hácia Honorio, y la deja caer sobre su frente. Honorio se siente arrepentido al contacto del llanto de su madre: Derrama él otra lágrima, á cuyo contacto se cierra la boca del infierno, y Honorio, descargando en la lágrima el peso de sus pecados, sube al cielo en compañía de su madre.

Cuando al soplar restaurador del viento
Honorio vuelve en sí, brilla la aurora,
Y todavía, aunque de fiebre exento,
La nostalgia del mundo le devora.

Despues que al Sur, sin guía ni reposo,
Dejando el valle del Cedron, camina,
Subiendo el sol del Asia esplendoroso,
Ya dora el cielo azul de Palestina.

Llevando hácia el desierto sus cuidados,
Dejó á Jerusalen, y vió delante
Los misteriosos montes azulados
Que se iban aplanando hácia Levante.

Ve del monte Olivete hácia la altura,
De viñas festoneadas sus laderas;
Verdadera maceta de verdura,
De olivos, de granados y de higueras.

Aunque es inmenso su dolor, camina
Con la altivez del corazon culpable,
Al cual áun deja la bondad divina
Presentir su sentencia favorable.

Desde la falda del sagrado monte
Ve á Jesus, de María acompañado,
De Palaciano y Paz, y el horizonte
De guirnaldas de arcángeles cuajado.

Cruzan en grupo las etéreas salas,
Como hiende las olas la barquilla,
Que apénas deja ver sus blancas alas
A aquellos que se quedan en la orilla.

El íris muestra en alternado brillo
La hermosa escala del color completa,
El rojo, el naranjado, el amarillo,
El verde, azul, añil y violeta.

Brilla del íris el divino efluvio,
Cual símbolo de union y de esperanza,
Que es siempre, desde el dia del diluvio,
Entre la tierra y Dios lazo de alianza.

Rodeados ya de esta inmortal diadema,
Ven todos que, por Dios glorificados,
Del íris en la cúspide suprema,
—«Estáis»,—dice un letrero,—«perdonados.»—

Cuando al cielo apacibles ascendian,
Honorio los veia tristemente,
Que uno de otro seguidos, parecian
Blanco surco de luz al sol de Oriente.

Mira al grupo, y de pronto enternecido,
Entre ellos ver á Soledad alcanza,
Que áun lo contempla, el corazon henchido
De fe, de caridad y de esperanza.

Y al ver á Soledad, cuya belleza
Fué la causa dichosa de sus males,
La ebullicion sintiendo en su cabeza
De todos los pecados capitales,

—«¿Por qué»,—dice,—«á ese trono de esplendores
Quiere arrastrarme su inmortal anhelo,
Si, cual son invencibles, mis amores
Lo vencen todo, hasta el amor al cielo?

»¡Vedla adornada con la eterna palma,
Hoy sin encanto, aunque cual ántes bella;
Espíritu sin voz, alma sin alma.....
Su sér no es ese sér, ella no es ella!

»Daria, en mi profundo desconsuelo,
Por su cuerpo mortal su alma divina!
¿Qué culpa tengo yo, si áun frente al cielo
La nostalgia del mundo me domina?

»¡No quiero ser sin el amor salvado!
Prefiero á aquella vida esta existencia,
Pues respiro en la tierra que ha pisado
Un no sé qué de su divina esencia.

»¡Del mundo por los márgenes floridos
Su cuerpo quiero ver, ó vivo ó muerto,
Pues, sin verla y tocarla, mis sentidos
El paraíso encontrarán desierto!

»¡Oyendo de los ángeles el coro,
Que ornan el cerco de su eterna palma,
Yo la adoro sin fin; pero la adoro
Con la fe de la carne y la del alma!

»¡Dejad que al seno de la tierra unido
Por mi febril pasion, renuncie al cielo,
Y por mi goce terrenal vencido,
Pues su polvo está en él, que bese el suelo!.....»—

Y lo besó, y en el instante mismo,
En la falda del monte calcinado,
De Honorio ante los piés se abrió un abismo,
Cual la boca de un cráter apagado.

Ciego y carnal, para aspirar furioso
El fuego impuro de su amor eterno,
Se asoma al subterráneo tenebroso
Que sirve de vestíbulo al infierno.

Y aspirando el amor que da la muerte,
Hasta á mirar al cielo se resiste.....
Pero Honorio, dichoso con su suerte,
En medio de su dicha estaba triste.

Como á su genio natural se junta
El ardor infernal de sus sentidos,
No mirando á su madre, en él despunta
La altivez de los ángeles caidos.

Entristeciendo el general contento,
Cual negro nubarron en claro dia,
Sólo de Honorio el inmortal tormento
Este cuadro de gloria oscurecia.

¡Silencio general! Despues cruzando,
Cual fantasma invisible, por la esfera,
Jesus el Mago murmuró, pasando:
—«Prepara tu alma, Honorio; el cielo espera.»—

Al ver que pertinaz no se arrepiente,
Cual perfumes del cielo, hácia el impío
Las miradas de todos santamente
Cayeron á manera de rocío.

Y Jesus,—«arrepiéntete»,—seguia,
—«¡Vuelve el alma hácia Dios, álzate y vamos;
No olvides en la tierra»,—proseguia,
«A aquellos que en el cielo te esperamos!»—

Y continuó Jesus:—«¡Ántes que amases
Con el ardor de tan furioso anhelo,
Tu madre te enseñó que levantases
Las manos y los ojos hácia el cielo!»—

Y elevando los ojos, obediente,
Sin esperanza ni humildad alguna,
De su madre brillar miró la frente,
Como una estrella encima de su cuna.

Lo ve la madre, y en sus ojos bellos,
El sol afortunado de aquel dia
Ve cuajarse una lágrima, que en ellos
Un hermoso diamante parecia.

Recogiendo en la copa de sus palmas
La rica perla que la madre llora,
Soledad, con encanto de las almas,
Robándole sus alas á la aurora,

Se alejó, y sobre Honorio impenitente,
Cariñosa y gentil detuvo el vuelo,
La lágrima soltó, cayó en su frente,
Brotando en ella de fulgor un cielo.

Y un —¡ay!,—sintiendo indefinible encanto,
De pecador arrepentido lanza,
Y diviniza su dolor el llanto,
Mezclándolo á aquel ¡ay! que á Dios alcanza.

Y otra lágrima, amarga cual la muerte,
Resíduo del amor que le oprimia,
Vierte Honorio tambien, y en ella vierte
La nostalgia del mundo que sentia.

Y Satanas, al pecador buscando,
Sube, se espanta, baja, el cráter cierra,
Y la lágrima ahoga, rebramando
En su encendido corazon la tierra.

Cruzando el antro del profundo averno,
La lágrima de Honorio ardiente avanza,
Y raya de la puerta del infierno
El—«Dejad al entrar toda esperanza!»—

Ve luégo Honorio que sus miembros flotan,
Sin el peso fatal de sus pecados,
Por el azul donde los mundos brotan,
Como brotan las flores en los prados.

Con su piadosa fe, miéntras subia,
Amante á Honorio Soledad guiaba,
Cual si fuese la estrella que algun dia
En un establo de Belen brillaba.

De entrambos hijos, con amor, sus manos
Las tiernas manos de la madre enlazan,
Y con mútuo cariño los hermanos,
Dándose el beso de verdad, se abrazan.

Cuando en medio de angélicas bellezas
Una niebla de luz los envolvia,
De Honorio y Palaciano en las cabezas
Paz gozosa las manos imponia.

Ya aliviado del peso del pecado,
Honorio sube al celestial asiento,
Por su hermano y su madre idolatrado,
Agradecido á Dios, de sí contento.

Desde la tierra hasta la eterna lumbre,
Ascendiendo tambien, miéntras subian,
A las plantas de Paz allá en la cumbre,
Como dos rios de ángeles, se unian.

La triste Soledad, ahora risueña,
Ángel de paz, divino mensajero,
Conforme van andando, les enseña
De las luces el mundo verdadero.

¡Salud, ciudad celeste, edificada
Sobre esferas de vivos resplandores,
Deshecha á cada instante, y renovada
Entre un cáos informe de colores!

¡Jerusalen de luz, donde parecen
Las gasas de vapor, muros brillantes,
En la cual entre soles nacen, crecen,
Cúpulas de oro y puertas de diamantes!

¡Cuyos arcos y bóvedas agotan
Los brillos todos de la luz del dia,
Que lucen, mueren, y de nuevo brotan
Bajo formas más ricas todavía!

¡Allí mora el gran Dios, de que están llenos
Los mundos y los cielos superiores;
El que enseña á los malos á ser buenos,
Y á los buenos enseña á ser mejores!

¡El que ama al triste, y el que al débil guia;
El que cuida á las almas perdonadas,
El que cambia la injuria en simpatía,
Devolviendo á la vaina las espadas!

¡El fuerte, á quien no hay llanto que no ablande!
¡El Dios que pone con bondad su mano
Entre el pobre y la cólera del grande,
Entre el pueblo y la espada del tirano!

Y cuando el grupo de ángeles se abisma
Allá por las regiones inflamadas,
Y cual manchas de luz en la luz misma,
Ya iban en Dios las almas engolfadas,

Dice el Mago Jesus, que va delante,
Con la mano hácia Dios siempre tendida,
Para enseñarle á Honorio la brillante
Ciudad, en los espacios encendida:

—«¡Mira el *por qué y el cómo embelesado,*
Hácia tí y Soledad, tendí mi vuelo;
Poema que, en la tierra comenzado,
Acaba, al fin, cantándose en el cielo!»—

FIN DEL DRAMA UNIVERSAL.